

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



¡BIENVENIDO A ESPAÑA!

Donde está Pedro  
está la Iglesia

La sangre  
de los mártires  
transforma  
el mundo

Biografía de John  
Henry Newman

El movimiento  
de Oxford

Fe y razón  
en Newman



Confío en que, con la ayuda del Altísimo y la protección maternal de la Virgen María, este encuentro siga resonando como un canto gozoso del amor, de la vida y de la fe compartida con las familias, ayudando al mundo de hoy a comprender que la alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer establecen un vínculo permanente, es un gran bien para toda la humanidad.

Año LXVII- Núm. 951  
Octubre 2010

BENEDICTO XVI (aeropuerto de Manises, 9 de julio de 2006)

## Sumario

Ante la visita del Papa a España. Donde está Pedro está la Iglesia <i>Josep M. Mundet Gifre</i>	3
Meditación del Papa durante la primera Congregación General del Sínodo de los Obispos para Oriente Medio	4
Biografía de John Henry Newman <i>Daniel Iglesias Grèzes</i>	7
Discurso de Su Santidad Benedicto XVI durante la celebración de la vigilia de oración por la beatificación del cardenal John Henry Newman	12
Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la misa de la beatificación de John Henry Newman	14
El Movimiento de Oxford <i>Gerardo Manresa Presas</i>	16
«Apología pro vita sua»: el camino hacia la Verdad <i>Jorge Soley Climent</i>	21
Autoridad y conciencia en la «Carta al duque de Norfolk» <i>Balbina Polavieja</i>	25
El cardenal Newman habla a los jóvenes sobre el Rosario	29
El «syllabus» de Newman	30
Fe y razón en Newman <i>Laura Indart</i>	32
La Universidad católica en la mente de Newman <i>José M.<sup>a</sup> Alsina Roca</i>	35
La retractación de Newman vista por Balmes	36
Santo Tomás Moro eligió servir primero a Dios. Discurso de Su Santidad Benedicto XVI en el Parlamento británico	37
Contemplando la vida de Cristo. El lago de Genesaret <i>Ramón Gelpí</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>a</sup>  
Redacción: 93 317 47 33  
Administración y fax: 93 317 80 94  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@telefonica.net](mailto:regnat@telefonica.net)

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

## RAZÓN DEL NÚMERO

**C**UATRO años después de su primera venida a España, Su Santidad Benedicto XVI vuelve a nuestra patria en un viaje apostólico con dos objetivos muy concretos: clausurar en Santiago de Compostela el Año Santo compostelano y consagrar en Barcelona como basílica el templo expiatorio de la Sagrada Familia. Pero una visita del Papa siempre trasciende sus objetivos específicos porque con él nos llega la presencia del Vicario de Cristo en la tierra. Y esta sociedad, cada vez más laicizada, más alejada de la fe y de la moral, tiene necesidad de su presencia y de sus palabras. Recordaba el mismo Papa el pasado 11 de octubre, dirigiéndose al Sínodo de los Obispos para el Oriente Medio, que «vacilan los fundamentos interiores, los fundamentos morales y religiosos, la fe de la que se sigue el modo recto de vivir». En esta ocasión, en un mensaje lleno de connotaciones de teología de la historia –un texto que ha merecido mucha atención y que nuestros lectores encontrarán en la página 4– Benedicto XVI reafirmaba el valor de la humildad y de la sencillez y decía que la sabiduría verdadera de la fe sencilla es la fuerza de la Iglesia. Es el mensaje de santa Teresita del Niño Jesús y que Costa y Llobera expresó en sentidos versos. Con este espíritu de sencillez debemos acoger la visita del Papa, para que nos sirva plenamente de confortación de nuestra fe. En fin, tendremos oportunidad, Dios mediante, de referirnos a este viaje en nuestro próximo número.

Otro reciente viaje del Papa, éste a la Gran Bretaña, fue ocasión para la beatificación de John Henry Newman. A él dedicamos la mayor parte de las páginas de este número de octubre. Los artículos y los textos del propio Newman revelan a un hombre de una fe profunda, una fe que se va liberando paulatinamente, paso a paso, de las servidumbres impuestas por la pertenencia a la Iglesia de Inglaterra. Y una fe que debió superar, como ocurre en muchas conversiones, un entorno lleno de incomprendimientos y hasta de hostilidad.

Pero, en el abandono de la Iglesia de Inglaterra, tan formal en su apariencia pero tan alejada de la fe de Cristo, Newman no estaba solo. A su alrededor, e influidos por él, otros se plantearon la idoneidad de la fe anglicana hasta formar el que se llamó Movimiento de Oxford y que llevó a muchos de sus miembros a entrar en la Iglesia católica. Los frutos del Movimiento no acabaron con la muerte de Newman, sino que se alargaron muchos años más: recordemos la conversión de Robert H. Benson, hijo del arzobispo de Canterbury, de Gilbert K. Chesterton, y muchos otros, que vivieron del espíritu de este Movimiento.

Por todo ello, la beatificación de Newman adquiere un significado especial, en razón de la publicación, en noviembre del año pasado, de la constitución apostólica *Anglicanorum coetibus* (vid. nuestro número de diciembre de 2009), que ponía los medios para que grupos de anglicanos que no admiten el neoliberalismo y el espíritu mundano de su Iglesia, inspirados por el nuevo beato, puedan reintegrarse en la Iglesia católica. Desde el cielo, el nuevo beato será el mejor abogado en este proceso ecuménico, tan esperanzador.

## Donde está Pedro está la Iglesia

Los próximos días España recibirá la visita de Su Santidad el papa Benedicto XVI. Primero en Santiago de Compostela y después en Barcelona, los católicos tendremos ocasión de testimoniarle nuestra adhesión incondicional como cabeza de la Iglesia. Pero la adhesión de los católicos al Papa no es ni debe ser un acto de simple cortesía o de vasallaje humano a quien preside una institución milenaria reconocida. Los católicos vemos en el Papa mucho más; vemos en él al sucesor de Pedro, aquel que recibió del Hijo de Dios la promesa de la asistencia perpetua del Espíritu Santo: «Tú eres Pedro...». Por eso, en el Papa vemos a aquel que nos confirma en la fe, que nos garantiza con su magisterio la fidelidad al mensaje salvífico.

En estos tiempos de desorientación España necesita hacer un acto de acatamiento ante su autoridad suprema que disipe las nubes de tempestad que a veces parecen cubrir el cielo y amenazar la nave de la Iglesia. El Concilio Vaticano I lo expresó con diáfana claridad y para todos los tiempos: «Y ya que las puertas del infierno, para derribar, si fuera posible, a la Iglesia, se levantan por doquier contra su fundamento divinamente dispuesto con un odio que crece día a día, juzgamos necesario, con la aprobación del Sagrado Concilio, y para la protección, defensa y crecimiento del rebaño católico, proponer para ser creída y sostenida por todos los fieles, según la antigua y constante fe de la Iglesia universal, la doctrina acerca de la institución, perpetuidad y naturaleza del sagrado primado apostólico, del cual depende la fortaleza y solidez de la Iglesia toda; y proscribir y condenar los errores contrarios, tan dañinos para el rebaño del Señor» (constitución dogmática *Pastor aeternus*).

El recientemente beatificado cardenal Newman puede ayudarnos en la tarea de tomar conciencia del valor del Primado de Pedro. Newman «peregrinó» del anglicanismo a la Iglesia católica en un lento camino durante el cual tuvo que superar diversos escollos: uno de ellos fue precisamente aceptar aquel primado sobre la Iglesia universal y pasar de una Iglesia prácticamente acéfala a otra puesta toda ella bajo la autoridad y guía de un solo hombre. Y cuando, ya plenamente «integrado» en el seno de la Iglesia católica y consagrado obispo, asiste al Concilio Vaticano I, se alinea con los que consideran inoportuno definir como dogma de fe la infalibilidad del Papa cuando habla *ex cathedra*, seguramente pensando que sería un obstáculo para que otros siguieran el camino que él había recorrido. Por eso tiene

mayor valor su defensa del Primado contenida en la *Carta al duque de Norfolk*. Allí argumenta con rigor y método en defensa de la infalibilidad; allí supera la supuesta dificultad de compaginar esta infalibilidad con la obligación de seguir los dictados de la conciencia. Newman, el exanglicano, el intelectual, el teólogo, el eclesiástico de prestigio universal, demuestra un amor inmenso a la verdad y hacia la figura del Papa.

La fe en Jesucristo no puede mantenerse plenamente sin la fe en la Iglesia, que es columna y fundamento de la verdad, y el mandato de obedecerla tiene valor para todos los hombres y para todos los tiempos; y la fe en la Iglesia no puede mantenerse sin la fe en el Papa. San Ambrosio acuñó la frase que lo resume: «Ubi Petrus ibi Ecclesia»; donde está Pedro está la Iglesia. Y Benedicto XVI decía en la homilía de la fiesta de san Pedro y san Pablo de este año: «El ministerio petrino es garantía de libertad en el sentido de la plena adhesión a la verdad, a la auténtica tradición, para que el Pueblo de Dios sea preservado de errores referidos a la fe y a la moral».

Benedicto XVI viene a España, como antes vino su antecesor Juan Pablo II, como Papa, como pastor supremo, y escucharemos con devoción sus palabras. En Santiago de Compostela, con motivo del Año Jubilar compostelano, y en Barcelona para consagrar el templo de la Sagrada Familia, veremos en él al sucesor de Pedro.

CRISTIANDAD fue fundada en 1944 bajo el pontificado de Pío XII. Desde entonces, fiel a las consignas de su fundador, el padre Orlandis, se ha esforzado por ver en aquél y en sus sucesores siempre al Papa por encima de las personas pero, sobre todo, por encima o a través del «ruido» mediático, de las visiones mundanas y políticas y de las campañas que con diversos pretextos, a veces farisaicamente comprometidos, esconden la inquina contra quien fue puesto al frente de la Iglesia.

Con este espíritu y con ocasión de esta visita inminente de Su Santidad el papa Benedicto XVI, le reiteramos nuestra filial adhesión y le auguramos una fecunda estancia entre nosotros. Que sus palabras nos confirmen en la fe; que en Santiago y en Barcelona se sienta confortado por las oraciones y la presencia de los fieles católicos.

JOSEP M. MUNDET GIFRE  
Director

# La sangre de los mártires transforma el mundo

## *Meditación del Papa durante la primera Congregación General en el Sínodo de los Obispos para Oriente Medio*

Lunes, 11 de octubre de 2010

Queridos hermanos y hermanas,

El 11 de octubre de 1962, hace treinta y ocho años, el papa Juan XXIII inauguraba el Concilio Vaticano II. Se celebraba entonces el 11 de octubre la fiesta de la Maternidad divina de María y, con este gesto, con esta fecha, el papa Juan quería confiar todo el Concilio a las manos maternales, al corazón maternal de Nuestra Señora. También nosotros comenzamos el 11 de octubre, también nosotros queremos confiar este sínodo, con todos sus problemas, con todos sus desafíos, con todas sus esperanzas, al corazón maternal de Nuestra Señora, de la Madre de Dios.

Pío XI, en 1930, había introducido esta fiesta, mil seiscientos años después del Concilio de Éfeso, el cual había legitimado, para María, el título de *Theotókos, Dei Genitrix*. En esta gran palabra *Dei Genitrix, Theotókos*, el Concilio de Éfeso había resumido toda la doctrina de Cristo, de María, toda la doctrina de la redención. Y así vale la pena reflexionar un poco, un momento, sobre lo que habla el Concilio de Éfeso, de lo que habla este día.

En realidad, *Theotókos* es un título audaz. Una mujer es Madre de Dios. Se podría decir: ¿cómo es posible? Dios es eterno, es el Creador. Nosotros somos criaturas, estamos en el tiempo: ¿cómo podría una persona humana ser Madre de Dios, del Eterno, si nosotros estamos todos en el tiempo, somos todos criaturas? Por ello se entiende que había una fuerte oposición, en parte contra esta palabra. Los nestorianos decían: se puede hablar de *Christotókos*, sí, pero de *Theotókos* no: *Theós*, Dios, está por encima de todos los acontecimientos de la historia. Pero el Concilio decidió esto, y precisamente así puso a la luz la aventura de Dios, la grandeza de cuanto hizo por nosotros. Dios no permaneció en sí mismo: salió de sí mismo, se unió de tal forma, tan radicalmente con este hombre, Jesús, que este hombre Jesús es Dios, y si hablamos de Él, podemos siempre también hablar de Dios. No nació solamente un hombre que tenía que ver con Dios, sino que en Él nació Dios sobre la tierra. Dios salió de sí mismo. Pero

podemos también decir lo contrario: Dios nos atrajo a sí mismo, de modo que ya no estamos fuera de Dios, sino que estamos en su intimidad, en la intimidad del mismo Dios.

La filosofía aristotélica, lo sabemos bien, nos dice que entre Dios y el hombre existe sólo una relación no recíproca. El hombre se remite a Dios, pero Dios, el Eterno, es en sí, no cambia: no puede tener hoy esta relación y mañana esta otra. Está en sí, no tiene relación *ad extra*. Es una palabra muy lógica, pero es una palabra que nos hace desesperar: por tanto, Dios mismo no tiene relación conmigo. Con la encarnación, con la llegada de la *Theotókos*, esto ha cambiado radicalmente, porque Dios nos ha atraído a sí mismo y Dios en sí mismo es relación y nos hace participar de su relación interior. Así estamos en su ser Padre, Hijo y Espíritu Santo, estamos dentro de su ser en relación. Estamos en relación con Él y Él realmente ha creado relación con nosotros. En ese momento, Dios quería nacer de una mujer y ser siempre sí mismo: éste es el gran acontecimiento. Y así podemos entender la profundidad del acto del papa Juan, que confió la cumbre conciliar, sinodal, al misterio central, a la Madre de Dios que fue atraída por el Señor a sí mismo, y así todos nosotros con ella.

El Concilio comenzó con el icono de la *Theotókos*. Al final el papa Pablo VI reconoció a la propia Virgen el título *Mater Ecclesiae*. Y estos dos iconos, que inician y concluyen el Concilio, están intrínsecamente unidos, son, al final, un solo icono, Porque Cristo no nació como un individuo entre los demás. Nació para crearse un cuerpo: nació –como dice Juan en el capítulo 12 de su Evangelio– para atraer a todos hacia sí y en sí. Nació –como dicen las cartas a los Colosenses y a los Efesios– para recapitular todo el mundo, nació como primogénito de muchos hermanos, nació para reunir el cosmos en sí, de forma que Él es la cabeza de un gran Cuerpo. Donde nace Cristo, comienza el movimiento de la recapitulación, comienza el momento de la llamada, de la construcción de su Cuerpo, de la santa Iglesia. La Madre de *Theós*, la Madre de Dios,



*La Virgen del Apocalipsis*, de Miguel Cabrera (1760)

es Madre de la Iglesia, porque es Madre de aquel que vino para reunirnos a todos en su Cuerpo resucitado.

San Lucas nos da a entender esto en el paralelismo entre el primer capítulo de su Evangelio y el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles, que repiten a dos niveles el mismo misterio. En el primer capítulo del Evangelio el Espíritu Santo viene sobre María y así da a luz y nos da al Hijo de Dios. En el primer capítulo de los Hechos de los Apóstoles María está en el centro de los discípulos de Jesús que rezan juntos, implorando la nube del Espíritu Santo. Y así de la Iglesia creyente, con María en el centro, nace la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Este doble nacimiento es el único nacimiento del *Christus totus*, del Cristo que abraza al mundo y a todos nosotros.

Nacimiento en Belén, nacimiento en el Cenáculo. Nacimiento de Jesús niño, nacimiento del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia. Son dos acontecimientos o un único acontecimiento. Pero entre los dos están realmente la Cruz y la Resurrección. Y sólo a través de la Cruz pasa el camino hacia la totalidad del Cristo, hacia su Cuerpo resucitado, hacia la universalización de su ser en la unidad de la Iglesia. Y así, teniendo presente que sólo del grano caído en

la tierra nace después la gran cosecha, del Señor atravesado en la Cruz viene la universalidad de sus discípulos reunidos en este Cuerpo suyo, muerto y resucitado.

Teniendo en cuenta este nexo entre *Theotókos* y *Mater Ecclesiae*, nuestra mirada va hacia el último libro de la Sagrada Escritura, el Apocalipsis, donde, en el capítulo 12, aparece precisamente esta síntesis. La mujer vestida de sol, con doce estrellas sobre la cabeza y la luna bajo sus pies, da a luz. Y da a luz con un grito de dolor, da a luz con gran dolor. Aquí el misterio mariano es el misterio de Belén extendido al misterio cósmico. Cristo nace siempre de nuevo en todas las generaciones y así asume, recoge a la humanidad en sí mismo. Y este nacimiento cósmico se realiza en el grito de la Cruz, en el dolor de la Pasión. Y a este grito de la Cruz pertenece la sangre de los mártires.

Así, en este momento, podemos mirar el segundo salmo de esta Hora Intermedia, el salmo 81, donde se ve una parte de este proceso. Dios está entre los dioses (aún se consideraban en Israel como dioses). En este salmo, en una gran concentración, en una visión profética, se ve la pérdida de poder de esos dioses. Los que parecían dioses no son dioses y pierden el carácter divino, caen a tierra. *Dii estis*

*et moriemini sicut nomine* (cf. Sal 81,6-7): la pérdida de poder, la caída de las divinidades.

Este proceso que se realiza en el largo camino de la fe de Israel, y que se resume aquí en una visión única, es un verdadero proceso de la historia de las religiones: la caída de los dioses. Y así la transformación del mundo, el conocimiento del verdadero Dios, la pérdida de poder de las fuerzas que dominan la tierra, es un proceso de dolor. En la historia de Israel vemos como esta liberación del politeísmo, este reconocimiento –«sólo Él es Dios»– se realiza con muchos dolores, comenzando por el camino de Abraham, el exilio, los Macabeos, hasta Cristo. Y en la historia continúa este proceso de pérdida de poder, del que habla el capítulo 12; habla de la caída de los ángeles, que no son ángeles, no son divinidades sobre la tierra. Y se realiza realmente, precisamente en el tiempo de la Iglesia naciente, donde vemos cómo con la sangre de los mártires pierden el poder las divinidades, comenzando por el divino emperador, de todas estas divinidades. Es la sangre de los mártires, el dolor, el grito de la Madre Iglesia que las hace caer y transforma así el mundo.

Esta caída no es sólo el conocimiento de que éstas no son Dios; es el proceso de transformación del mundo, que cuesta la sangre, cuesta el sufrimiento de los testigos de Cristo. Y, si miramos bien, vemos que este proceso nunca ha terminado. Se realiza en los diversos periodos de la historia de formas siempre nuevas; también hoy, en este momento, en el que Cristo, el único Hijo de Dios, debe nacer para el mundo con la caída de los dioses, con el dolor, el martirio de los testigos. Pensemos en las grandes potencias de la historia de hoy, pensemos en los capitales anónimos que esclavizan al hombre, que ya no son cosa del hombre, sino un poder anónimo al que sirven los hombres, por el que los hombres son atormentados e incluso asesinados. Son un poder destructivo, que amenaza al mundo. Y después el poder de las ideologías terroristas. Aparentemente en nombre de Dios se hace violencia, pero no es Dios: son divinidades falsas que deben ser desenmascaradas, que no son Dios. Y después la droga, este poder que como una bestia voraz extiende las manos sobre todos los lugares de la tierra y destruye: es una divinidad, pero una divinidad falsa, que debe caer. O también la forma de vivir propagada por la opinión pública: hoy se hace así, el matrimonio ya no cuenta, la castidad ya no es una virtud, y así sucesivamente.

Estas ideologías que dominan, que se imponen con fuerza, son divinidades. Y en el dolor de los san-

tos, en el dolor de los creyentes, de la Madre Iglesia de la cual somos parte, deben caer estas divinidades, debe realizarse cuanto dicen las cartas a los Colosenses y a los Efesios: las dominaciones, los poderes, caen y se convierten en súbditos del único Señor Jesucristo. De esta lucha en la que estamos, de esta pérdida de poder de los dioses, de esta caída de los falsos dioses, que caen porque no son divinidades, sino poderes que destruyen el mundo, habla el Apocalipsis en el capítulo 12, también con una imagen misteriosa, para la cual, me parece, hay, con todo, distintas interpretaciones bellas. Se dice que el dragón vomita un gran río de agua contra la mujer que huye para arrastrarla. Y parece inevitable que la mujer sea ahogada en este río. Pero la buena tierra absorbe este río y éste no puede hacer daño. Yo creo que el río es fácilmente interpretable: son estas corrientes que dominan a todos y que quieren hacer desaparecer la fe de la Iglesia, la cual ya no parece tener sitio ante la fuerza de estas corrientes que se imponen como la única racionalidad, como la única forma de vivir. Y la tierra que absorbe estas corrientes es la fe de los sencillos, que no se deja arrastrar por estos ríos y salva a la Madre y al Hijo. Por ello el salmo dice –el primer salmo de la Hora Intermedia– que la fe de los sencillos es la verdadera sabiduría (cf. Sal 118,130). Esta sabiduría verdadera de la fe sencilla, que no se deja devorar por las aguas, es la fuerza de la Iglesia. Y volvemos otra vez al misterio mariano.

Y hay también una última palabra en el salmo 81, «*movebuntur omnia fundamenta terrae*» (Sal 81,5), vacilan los fundamentos de la tierra. Lo vemos hoy, con los problemas climáticos, cómo son amenazados los fundamentos de la tierra, pero son amenazados por nuestro comportamiento. Vacilan los fundamentos externos porque vacilan los fundamentos interiores, los fundamentos morales y religiosos, la fe de la que se sigue el modo recto de vivir. Y sabemos que la fe es el fundamento, y, en definitiva, los fundamentos de la tierra no pueden vacilar si permanece firme la fe, la verdadera sabiduría.

Y también el salmo dice: «Levántate, Señor, y juzga la tierra» (Sal 81,8). Así decimos también nosotros al Señor: «Levántate en este momento, toma la tierra entre tus manos, protege a tu Iglesia, protege a la humanidad, protege a la tierra». Y confiándonos de nuevo a la Madre de Dios, a María, oremos: «Tú, la gran creyente, tú que has abierto la tierra al cielo, ayúdanos, abre hoy también las puertas, para que sea vencedora la verdad, la voluntad de Dios, que es el verdadero bien, la verdadera salvación del mundo». Amén.

# Biografía de John Henry Newman

DANIEL IGLESIAS GRÈZES

## Los primeros años (1801-1833)

**J**OHNSON Henry Newman nació el 21 de febrero de 1801 en el centro de Londres, en el seno de una familia anglicana acomodada. Fue el mayor de seis hermanos. Su padre era un banquero, bastante liberal en materia religiosa. Su madre, de antepasados hugonotes, lo educó desde niño en el gusto por la lectura de la Biblia. Sin embargo, aunque conocía muy bien su Biblia y su catecismo anglicano, hasta los quince años no tuvo convicciones religiosas precisas. De niño y de adolescente era imaginativo y algo supersticioso. Desde 1808 hasta 1816 asistió al colegio privado de Ealing, donde se destacó como alumno brillante. Hacia 1815 pensaba que le gustaría ser virtuoso, pero no religioso, y no veía el sentido de amar a Dios. Por esa época tuvo una crisis de fe producida por la lectura de algunos autores incrédulos del siglo XVIII. Entonces ocurrió el hecho decisivo de su vida: su primera conversión.

En marzo de 1816 el banco del padre de Newman hizo suspensión de pagos y posteriormente cerró, terminando así la prosperidad de la familia Newman. Entretanto John sufrió una grave enfermedad, por lo cual se le permitió permanecer en el colegio durante las vacaciones de verano. También permaneció entonces en el colegio el reverendo Walter Mayers, que fue el instrumento humano para el comienzo de la fe divina en Newman. Más que las palabras y el ejemplo de Mayers, influyeron en Newman los libros calvinistas que él puso en sus manos. El escritor que más le impresionó fue Thomas Scott. Éste, partiendo del deísmo y el unitarismo, después de un largo proceso de búsqueda ardiente de la verdad, llegó al cristianismo en su forma calvinista más moderada. La lectura de sus obras imprimió profundamente en el alma de Newman la fe en las doctrinas de la Santísima Trinidad, la Encarnación y la Redención. Otros dos libros que leyó poco después produjeron en él tendencias contrarias: Milner lo hizo enamorarse de los Padres de la Iglesia, mientras que Newton lo convenció firmemente de que el Papa era el Anticristo predicho por san Pablo y san Juan.

Esta primera conversión introdujo a Newman en la tendencia evangélica dentro del anglicanismo y lo impulsó a estudiar a fondo la religión revelada y a aceptar el ideal de santidad según el Evangelio. Poco después llegó a discernir que era la voluntad de Dios que se mantuviera célibe de por vida.

En octubre de 1817 ingresó en el Trinity College de Oxford. En aquel entonces sólo los anglicanos podían estudiar o enseñar en la Universidad de Oxford. En noviembre de 1817 Newman celebró su primera comunión en la capilla del colegio. En 1820 se graduó como *Bachelor of Arts*. El 12 de abril de 1822 fue elegido «miembro» del Oriel College, centro universitario de Oxford que se hallaba en la cumbre de su fama intelectual.

El 13 de junio de 1824 Newman fue ordenado diácono. Entonces asumió la responsabilidad pastoral sobre las almas, a la que fueron dirigidas todas sus empresas. Poco después fue nombrado coadjutor de una parroquia pobre de Oxford (San Clemente). Por esos tiempos empezaron a desaparecer las doctrinas protestantes de Newman. Durante los años siguientes, Newman fue recuperando lentamente el conjunto casi completo de las verdades de la religión revelada. Edward Hawkins, párroco de Santa María, le enseñó a aceptar la doctrina de la regeneración bautismal y la necesidad de la tradición eclesial para interpretar la Biblia. La lectura de una obra del obispo Butler le enseñó la doctrina de la Iglesia visible, oráculo de la verdad y modelo de santidad, los deberes de la religión exterior y el carácter histórico de la revelación.

En 1826 Newman fue promovido al puesto de tutor oficial en el colegio Oriel. Allí se hizo amigo de Richard Hurrell Froude, por medio del cual entró en contacto con las creencias de la *High Church*, es decir, la tendencia católica dentro del anglicanismo, muy minoritaria en aquel entonces. Gracias a la influencia de Froude, Newman poco a poco se alejó de la Reforma protestante y comenzó a mirar con simpatía a la Iglesia de Roma. Froude también enseñó a Newman a creer en la presencia real de Cristo en la eucaristía, a tener devoción a la Santísima Virgen y a aceptar la doctrina de la sucesión apostólica.

Newman había estudiado a fondo la Sagrada Escritura y sabía de memoria gran parte de la misma. En 1828 empezó a leer las obras de los Padres de la Iglesia, por orden cronológico. Entonces se le abrió el otro gran receptáculo del tesoro de la revelación.

En enero de 1828 Newman fue nombrado párroco de la iglesia universitaria de Santa María. La parroquia abarcaba también la humilde aldea de Littlemore. Newman fue un predicador extraordinario. Sus sermones, sumamente prácticos e intensa-

mente dogmáticos, tuvieron un profundo influjo en muchos estudiantes de la Universidad y posteriormente en un sector importante de la clase dirigente e instruida. De los aproximadamente seiscientos sermones que Newman escribió como anglicano, bastante más de la mitad fueron predicados antes de 1833. Hasta fines de 1832 Newman predicó además varios sermones oficiales en la universidad.

En 1833 publicó su primer libro, titulado *Los arrianos del siglo iv*. Contiene una de las mejores presentaciones en inglés de la doctrina de la Santísima Trinidad.

### El Movimiento de Oxford (1833-1841)

**M**IENTRAS Newman estaba recuperando el credo católico en la Inglaterra protestante, iban en aumento los ataques de los liberales y secularistas contra él mismo y contra la Iglesia de Inglaterra.

Agotado por el exceso de trabajo, Newman se dejó persuadir para acompañar a Hurrell Froude y su padre en un viaje por el sur de Europa. Partieron en diciembre de 1832. Durante este viaje Newman escribió la mayor parte de su poesía (la *Lira apostólica*). En ella se muestra convencido de los graves males que amenazaban a la Iglesia de Inglaterra y de la rigurosa necesidad de reformarla. En abril de 1833 Newman enfermó gravemente en Sicilia, pero confiaba en que no moriría, porque Dios le reservaba una tarea en Inglaterra. Regresó a casa de su madre el martes 9 de julio de 1833. Al domingo siguiente John Keble predicó desde el púlpito de Santa María el «sermón de los jueces» sobre la apostasía nacional, que Newman consideró como el comienzo del Movimiento de Oxford.

El pequeño grupo de seguidores de la *High Church* se movilizó rápidamente. Su primer objetivo era defender la libertad de la Iglesia respecto al Estado, basándola en el origen apostólico de la autoridad eclesiástica. Newman propuso a Keble y a Froude asociarse para publicar folletos. Keble y Froude lo apoyaron. Estos «folletos de actualidad» (*Tracts for the Times*) eran breves artículos en defensa de la independencia de la Iglesia. Al final del año habían aparecido veinte *tracts*, once de los cuales escritos por Newman. En los últimos días de 1833 se unió al movimiento el prestigioso doctor Pusey. Pronto los *tracts* se vendieron en grandes cantidades. Newman dedicó gran parte de sus energías al movimiento que estaba en marcha. Asistía a reuniones y asambleas de todo tipo, cenas y veladas, y mantenía abundante correspondencia.

En marzo de 1834 Newman publicó el primer volumen de sus *Sermones parroquiales*, una selec-

ción de sermones predicados en Santa María. Entonces su nombre comenzó a sonar más allá de los círculos de Oxford. Entre los años 1834 y 1843 publicó en total ocho volúmenes de *Sermones parroquiales y comunes*.

Newman mantuvo durante toda su vida una firme adhesión a los que él mismo señaló como sus dos primeros principios: el dogma y el sistema sacramental. Por el contrario, su tercer principio, la oposición a la Iglesia de Roma, se fue diluyendo gradualmente, hasta que renunció a él completamente en 1845. Al ir recuperando el ciclo completo de las verdades cristianas, Newman dio la impresión de estar difundiendo la doctrina de la Iglesia de Roma. Por eso fue acusado de «papismo», la acusación más nociva que podía formularse en la Inglaterra de esa época. Teniendo esto en cuenta, Newman dedicó tres *tracts* a la cuestión de la Iglesia romana. En ellos sostuvo que la Iglesia anglicana estaba situada en la *Via media* entre los reformadores protestantes y los seguidores de Roma, que la única Iglesia visible se había dividido en tres ramas, la griega, la romana y la anglicana, y que la verdad revelada debía hallarse íntegra antes de la división, en la doctrina de la antigüedad. El propio Newman señalaba la grave dificultad de su teoría: hasta entonces la *Via media* sólo había existido en el papel, pero nunca había sido puesta en práctica.

Hurrell Froude murió el 28 de febrero de 1836. Newman y Keble publicaron en 1838 los *Retazos de Richard Hurrell Froude*, extractos de sus diarios personales y sus cartas. Newman creía que los papeles de Froude mostraban que las opiniones católicas estaban inseparablemente vinculadas con las nociones más elevadas de santificación interior, de una vida y un corazón renovados. El protestantismo inglés se escandalizó y endureció su oposición a los «tractarianos».

En 1839 Newman presintió por primera vez que después de todo la Iglesia de Roma podía tener razón en su controversia con la Iglesia anglicana. Al estudiar las historias de los monofisitas y los donatistas entrevió que la Iglesia de Roma era igual a la Iglesia de los Padres. Sin embargo ese pensamiento se desvaneció y sus antiguas convicciones permanecieron como antes.

En 1840 Newman publicó *La Iglesia de los Padres*, compilación de artículos anteriores, en los que intentaba presentar la atmósfera, sentimientos y costumbres de la Iglesia primitiva. De 1838 a 1841 dirigió la revista mensual *British Critic* y la convirtió en un órgano eficaz del movimiento tractariano.

Entretanto muchos tractarianos comenzaron a inclinarse hacia Roma. Para mantenerlos dentro de la Iglesia anglicana, mostrándoles que era genuinamente católica, Newman escribió el *Tract 90*. Éste,

el último y más famoso de los *Tracts for the Times*, fue publicado el 27 de febrero de 1841. Su objetivo era demostrar que los «Treinta y nueve artículos» anglicanos podían ser interpretados de modo que fuesen compatibles con la doctrina católica. La reacción protestante fue muy fuerte. En Oxford la junta de directores de colegios condenó a Newman por desleal. Newman fue objeto de mucha maledicencia por parte de los liberales de Oxford y de la tendencia evangélica en general.

Durante el verano de 1841, cuando Newman se encontraba en Littlemore traduciendo los tratados de san Atanasio contra Arrio, la historia de los arrianos se le apareció bajo una nueva luz: los arrianos eran como los protestantes, los semiarrianos seguían la *Via Media* como los anglicanos y de nuevo Roma era ahora lo que fue entonces. Poco después vino sobre Newman un segundo golpe. Uno tras otro los obispos anglicanos comenzaron a acusarlo y a rechazar el *Tract 90*; y continuaron haciéndolo durante los siguientes tres años. En octubre de 1841 un tercer golpe sacudió la fe de Newman en la Iglesia anglicana: la creación de un obispado anglicano en Jerusalén, con jurisdicción sobre las congregaciones luteranas y calvinistas. En noviembre de ese año Newman redactó una protesta solemne contra dicha medida y la envió al arzobispo de Canterbury y a su propio obispo.

### La conversión al catolicismo (1841-1845)

A fines de 1841 Newman decidió vivir retirado en Littlemore. Así evitaría actuar como líder de un sector opuesto a los obispos, y en una atmósfera de oración y penitencia podría reflexionar sobre los problemas que le preocupaban. Puesto que se requería la firma de los «Treinta y nueve artículos» a todos los que ocupaban un cargo en la Iglesia de Inglaterra, y su interpretación de los mismos había sido rechazada, se proponía reducirse gradualmente a la forma de vida laical.

En octubre de 1842 se quedó definitivamente en Littlemore, acompañado por discípulos o visitantes durante períodos más o menos largos. El sistema de vida allí era libre, pero resultó una especie de punto de partida de la vida religiosa regular dentro de la Iglesia anglicana. Newman dedicaba cada día cuatro horas y media a la oración y nueve al estudio y el trabajo de traducción.

La mayor dificultad que encontraba Newman en el catolicismo era el culto tributado a la Virgen María y a los santos. La lectura de los sermones de san Alfonso M.<sup>a</sup> de Liguorio, uno de los libros que le regaló el doctor Russell (un amigo católico), le ayudó a comenzar a superar esa dificultad. Poco después

el estudio de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola le mostró que la Iglesia católica no permite que entre el alma y su Creador se interponga nada. En todas las cosas entre el hombre y Dios se trata de un cara a cara, del *solus cum solo*.

A fines de 1842 Newman dedicó su atención al tema del desarrollo de la doctrina cristiana. Percibía que todas las ideas cristianas (la Sagrada Eucaristía, la Santísima Virgen, etc.) habían crecido con el transcurso del tiempo, manteniéndose sin embargo la unidad de la doctrina católica. Las «añadiduras romanas» podían ser vistas como desarrollos originados por una realización intensa y penetrante del depósito divino de la fe.

En febrero de 1843 Newman se retractó formalmente de todas las cosas duras que había dicho contra la Iglesia de Roma. En septiembre de ese año predicó su último sermón como anglicano y presentó renuncia a su puesto eclesiástico. Sentía un intenso dolor por la angustia que su itinerario espiritual producía en sus muchos amigos anglicanos.

La virtual condenación del *Tract 90* había iniciado lo que después se transformó en una gran oleada de conversiones a la Iglesia católica. Convertirse al catolicismo en la Inglaterra de mediados del siglo XIX tenía consecuencias sociales muy graves. Los católicos sufrían fuertes discriminaciones y tenían sus derechos civiles recortados. La misma Iglesia católica, tal como existía en concreto, le parecía a Newman poco atractiva. Sólo le empujó a ella un estado de certeza inquebrantable.

A comienzos de 1845 Newman comenzó a escribir su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina*. Si al final de su labor sus convicciones favorables a la Iglesia de Roma permanecían, debería actuar conforme a ellas. Trabajó firmemente hasta octubre. Según fue avanzando, sus dificultades se aclaraban. Antes de terminar el libro quedó convencido de que la Iglesia romana era idéntica a la Iglesia de la antigüedad. Por consiguiente, resolvió entrar en la Iglesia católica y el libro quedó inconcluso.

Abandonar el anglicanismo fue extremadamente doloroso para Newman. Implicaba dejar las cosas que amaba, romper con la mayoría de sus amigos e incluso con su propia familia. Pusey continuó escribiéndole, pero Keble, Church y muchos otros se mantuvieron alejados de Newman durante veinte años.

### En la Iglesia católica (1845-1890)

NEWMAN fue recibido en la Iglesia católica por el padre Domingo Barberi, pasionista italiano, en Littlemore, el 9 de octubre de 1845. Dos amigos de Newman entraron en la Iglesia cató-

*El padre pasionista beato Domenico Barberi recibe a Newman en la Iglesia católica (Littlemore, parroquia de Santa Ana y del Beato Domenico).*



lica junto con él, un número considerable lo había precedido, y en los años siguientes varios centenares de hombres instruidos y relacionados con la Universidad siguieron su ejemplo.

Al hacerse católico, Newman no sintió ningún cambio en su espíritu, salvo la paz y la felicidad que lo acompañaron desde entonces. No obstante, poco después experimentó un gran cambio en su manera de ver a la Iglesia anglicana: al mirarla desde fuera, la vio espontáneamente como una mera institución nacional, aunque nunca la despreció (cf. *Apologia pro vita sua*, 257-259).

Después de su conversión al catolicismo, Newman empezó una segunda vida. Respondiendo a un llamamiento del cardenal Wiseman, el 23 de febrero de 1846 dejó Oxford y se estableció en Oscott, en las afueras de Birmingham. No volvió a ver su querida universidad durante treinta y dos años. En Oscott reunió a algunos de los convertidos que habían vivido con él en Littlemore y en septiembre partió para Roma junto a uno de ellos, Ambrose Saint John.

En Roma estudiaron teología en el colegio de la congregación *Propaganda Fide*. Por ese entonces Newman tuvo que clarificar su vocación y la del pequeño grupo que le seguía. Reflexionó sobre su entrada en diversas órdenes religiosas, pero finalmente se decidió por el Oratorio de San Felipe Neri. En la Roma del siglo XVI san Felipe no fundó una nueva orden religiosa, sino un grupo de sacerdotes seculares que vivían en común sin emitir votos y con el único vínculo de la caridad fraterna. Newman sintió enseguida el atractivo de san Felipe, que le recordaba a Keble por muchas razones.

El papa Pío IX dio a Newman autoridad para establecer oratorios en Inglaterra y para ello le permitió adaptar la regla de san Felipe. Newman, des-

pués de estudiar intensivamente la historia de san Felipe y su instituto, se dedicó a realizar fielmente la idea de san Felipe en circunstancias muy distintas.

El Oratorio fue el marco en que se desarrolló el resto de la larga vida de Newman. Como ha sucedido muy a menudo con los fundadores, por él le vinieron algunas de sus pruebas más duras. Aunque esperaba fundar muchos oratorios, Newman sólo consiguió fundar dos: el primero en Birmingham (en 1848) y el segundo en Londres (en 1849).

Mientras servía a los pobres de Birmingham, Newman escribió y predicó su primer volumen de sermones católicos, *Discursos de misión a asambleas interconfesionales* (publicado en 1849). En el verano de 1850 pronunció una serie de conferencias en el Oratorio de Londres, que fueron publicadas bajo el título *Ciertas dificultades que perciben los anglicanos en la doctrina católica*.

En octubre de 1850 la instauración de una jerarquía territorial católica en Inglaterra hizo estallar una furiosa agitación protestante contra esa supuesta «agresión papal». Newman impulsó un plan para que se dieran conferencias a cargo de laicos en las ciudades grandes, en defensa de esa medida eclesial. El propio Newman colaboró en Birmingham, escribiendo una de sus mejores obras, las *Conferencias sobre la situación actual de los católicos en Inglaterra*. Como consecuencia de esas conferencias, Newman fue demandado por difamación por el ex dominico Giacinto Achilli, que había cometido delitos de seducción de mujeres y cautivaba a sus auditorios ingleses con relatos de las corrupciones de Roma y las crueldades de la Inquisición. Los jueces y el jurado se dejaron llevar por sus prejuicios protestantes, por lo cual Newman fue declarado culpable de difamación y multado con cien libras. A los

ojos del pueblo inglés su prestigio quedó bastante rebajado.

En medio de estos desvelos, los obispos irlandeses pidieron a Newman que fundara una universidad católica en Dublín. Era una gran oportunidad para servir a la educación superior del laicado, objetivo de gran importancia para Newman. En 1852 Newman pronunció diez discursos en Dublín sobre la naturaleza y objetivo de la educación universitaria, los cuales fueron publicados como primera parte de su obra *Idea de una universidad*. Newman sostenía que apartar la teología de las universidades era menoscabar la plenitud e invalidar el crédito de todo aquello que se enseñaba en ellas. Sin embargo la nueva universidad debía tener autonomía. Su objetivo (la educación liberal) no quedaba modificado por ser católica.

Newman inauguró la universidad el 3 de noviembre de 1854, con un equipo de profesores de primera categoría y un puñado de estudiantes. La desconfianza que el arzobispo de Dublín (Cullen) sentía hacia Newman obstaculizó mucho la labor de este último, quien finalmente renunció al rectorado en noviembre de 1858.

En mayo de 1859 Newman fundó la escuela del Oratorio. Su ejemplo y competencia elevó el nivel de las demás escuelas católicas del país. A petición de los obispos ingleses, Newman trabajó mucho para preparar una nueva traducción de la Biblia, pero los obispos abandonaron el proyecto más tarde. También en 1859 Newman, a petición del obispo de Birmingham (Ullathorne) y del cardenal Wiseman, aceptó asumir la dirección del *Rambler*, revista literaria que defendía la causa católica.

Una serie de contratiempos llevaron a Newman a no escribir nada durante cinco años (de 1859 a 1864). Todo lo movía a quedarse callado. Entonces, de modo inesperado, recuperó su capacidad de acción. Charles Kingsley, un novelista famoso, introdujo sin necesidad en una reseña bibliográfica una calumnia contra la veracidad del padre Newman y el clero católico. Muchos ingleses creían que Newman había dirigido un movimiento católico secreto para socavar a la Iglesia de Inglaterra cuando aún era miembro de la misma. Ahora Newman tenía la oportunidad de defenderse de esta acusación. El resultado fue la *Apologia pro vita sua*, que apareció en fragmentos semanales de abril a junio de 1864. Newman expuso sin reservas los motivos profundos de su vida al escrutinio de los demás. La franqueza de su relato hizo mella en los ingleses, que en general quedaron convencidos de su integridad.

En 1866 Newman publicó su *Carta a Pusey* con motivo de su *Eirenicon*, donde distinguía el catolicismo del extremismo, que consistía en la exageración de la infalibilidad papal y otras doctrinas cató-

licas. Antes del Concilio Vaticano I se sugirió desde Roma que Newman podía ser consultor de una de las comisiones preparatorias, pero Newman declinó el ofrecimiento. La forma final de la definición dogmática de la infalibilidad papal fue aceptada por casi todos los católicos. En 1874 el primer ministro Gladstone sostuvo que, después de la definición de 1870, los católicos ya no podían ser ciudadanos leales. Newman respondió con su *Carta dirigida al duque de Norfolk con motivo de la reciente reconvencción del señor Gladstone*, analizando en forma brillante la autoridad de la conciencia y los límites de la soberanía y la obediencia.

A principios de 1870 Newman publicó su obra filosófica principal, el *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, en el que había trabajado durante veinte años. El objetivo del libro es doble: en la primera parte demuestra que se puede creer lo que no se puede comprender. En la segunda parte demuestra que se puede creer lo que no se puede probar estrictamente. Newman muestra cómo, a partir de nuestro sentido de la obligación moral, podemos llegar a prestar un asentimiento firme a la realidad de Dios como presencia viviente y personal, no como una simple noción intelectual.

De 1868 a 1877 Newman reeditó casi todos sus escritos anglicanos, con algunas notas de corrección.

En mayo de 1875 murió Ambrose Saint John, el fiel amigo de Newman y el único que le quedaba en el Oratorio de los que habían estado con él desde los tiempos de Littlemore. La pena de Newman fue muy intensa.

Hasta el final de su vida Newman estuvo rodeado por amigos íntimos, entre los cuales había muchos seculares (incluso familias enteras). Newman consideraba su inmensa correspondencia como una de sus principales tareas pastorales. Se conservan unas veinte mil cartas de las muchas que escribió.

Cuando la vida de Newman parecía casi terminada, le llegó el reconocimiento oficial. En diciembre de 1877 el Trinity College de Oxford lo nombró su primer miembro honorario. Volvió al colegio en febrero de 1878, su primera visita a Oxford desde 1846. En el mismo mes murió el papa Pío IX y fue elegido papa León XIII. Un año después Newman fue nombrado cardenal, aunque por un privilegio extraordinario se permitió al cardenal Newman permanecer en su Oratorio de Birmingham.

Los últimos once años de la vida de Newman transcurrieron relativamente en paz, con su comunidad en auge, su escuela, sus numerosas visitas y su correspondencia. Murió el 11 de agosto de 1890. Newman pidió que en su lápida esculpieran las siguientes palabras: *Ex umbris et imaginibus in veritatem* («De las sombras e imágenes hasta la verdad»).

# «Fuimos creados para conocer la verdad»

## *Discurso de Su Santidad Benedicto XVI durante la celebración de la vigilia de oración por la beatificación del cardenal*

*John Henry Newman*

Londres, 18 de septiembre de 2010

### *Hermanos y hermanas en Cristo:*

Ésta es una noche de alegría, de gozo espiritual inmenso para todos nosotros. Nos hemos reunido aquí en esta vigilia de oración para preparar la misa de mañana, durante la cual un gran hijo de esta nación, el cardenal John Henry Newman, será declarado beato. Cuántas personas han anhelado este momento, en Inglaterra y en todo el mundo. También es una gran alegría para mí, personalmente, compartir con vosotros esta experiencia. Como sabéis, durante mucho tiempo, Newman ha ejercido una importante influencia en mi vida y pensamiento, como también en otras muchas personas más allá de estas islas. El drama de la vida de Newman nos invita a examinar nuestras vidas, para verlas en el amplio horizonte del plan de Dios y crecer en comunión con la Iglesia de todo tiempo y lugar: la Iglesia de los apóstoles, la Iglesia de los mártires, la Iglesia de los santos, la Iglesia que Newman amaba y a cuya misión dedicó toda su vida.

Agradezco al arzobispo Peter Smith sus amables palabras de bienvenida en vuestro nombre, y me complace vivamente ver a tantos jóvenes presentes en esta vigilia. Esta tarde, en el contexto de nuestra oración común, me gustaría reflexionar con vosotros sobre algunos aspectos de la vida de Newman, que considero muy relevantes para nuestra vida como creyentes y para la vida de la Iglesia de hoy.

Permitidme empezar recordando que Newman, por su propia cuenta, trazó el curso de toda su vida a la luz de una poderosa experiencia de conversión que tuvo siendo joven. Fue una experiencia inmediata de la verdad de la Palabra de Dios, de la realidad objetiva de la revelación cristiana tal y como se recibió en la Iglesia. Esta experiencia, a la vez religiosa e intelectual, inspiraría su vocación a ser ministro del Evangelio, su discernimiento de la fuente de la enseñanza autorizada en la Iglesia de Dios y su celo por la renovación de la vida eclesial en fidelidad a la tradición apostólica. Al final de su vida, Newman describe el trabajo de su vida como una lucha contra la creciente tendencia a percibir la religión como un asunto puramente privado y subjetivo, una cuestión de opinión personal. He aquí la pri-

mera lección que podemos aprender de su vida: en nuestros días, cuando un relativismo intelectual y moral amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad, Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres a imagen y semejanza de Dios, fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas. En una palabra, estamos destinados a conocer a Cristo, que es «el camino, y la verdad, y la vida» (Jn 14,6).

La vida de Newman nos enseña también que la pasión por la verdad, la honestidad intelectual y la auténtica conversión son costosas. No podemos guardar para nosotros mismos la verdad que nos hace libres; hay que dar testimonio de ella, que pide ser escuchada, y al final su poder de convicción proviene de sí misma y no de la elocuencia humana o de los argumentos que la expongan. No lejos de aquí, en Tyburn, un gran número de hermanos y hermanas nuestros murieron por la fe. Su testimonio de fidelidad hasta el final fue más poderoso que las palabras inspiradas que muchos de ellos pronunciaron antes de entregar todo al Señor. En nuestro tiempo, el precio que hay que pagar por la fidelidad al Evangelio ya no es ser ahorcado, descoyuntado y descuartizado, pero a menudo implica ser excluido, ridiculizado o parodiado. Y, sin embargo, la Iglesia no puede sustraerse a la misión de anunciar a Cristo y su Evangelio como verdad salvadora, fuente de nuestra felicidad definitiva como individuos y fundamento de una sociedad justa y humana.

Por último, Newman nos enseña que si hemos aceptado la verdad de Cristo y nos hemos comprometido con él, no puede haber separación entre lo que creemos y lo que vivimos. Cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras deben buscar la gloria de Dios y la extensión de su Reino. Newman comprendió esto, y fue el gran valedor de la misión profética de los laicos cristianos. Vio claramente que lo que hacemos no es tanto aceptar la verdad en un acto puramente intelectual, sino abrazarla en una dinámica espiritual que penetra hasta la esencia de nuestro ser. Verdad que se transmite no sólo por la enseñanza formal, por importante que ésta sea, sino

también por el testimonio de una vida íntegra, fiel y santa; y los que viven en y por la verdad instintivamente reconocen lo que es falso y, precisamente como falso, perjudicial para la belleza y la bondad que acompañan el esplendor de la verdad, *veritatis splendor*.

La primera lectura de esta noche es la magnífica oración en la que san Pablo pide que comprendamos «lo que trasciende toda filosofía: el amor cristiano» (Ef 3,14-21). El apóstol desea que Cristo habite en nuestros corazones por la fe (cf. Ef 3,17) y que podamos comprender con todos los santos «lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo» de ese amor. Por la fe, llegamos a ver la palabra de Dios como lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro sendero (cf. Sal 119,105). Newman, igual que innumerables santos que le precedieron en el camino del discipulado cristiano, enseñó que la «bondadosa luz» de la fe nos lleva a comprender la verdad sobre nosotros mismos, nuestra dignidad como hijos de Dios y el destino sublime que nos espera en el cielo. Al permitir que brille la luz de la fe en nuestros corazones, y permaneciendo en esa luz a través de nuestra unión cotidiana con el Señor en la oración y la participación en la vida que brota de los sacramentos de la Iglesia, llegamos a ser luz para los que nos rodean; ejercemos nuestra «misión profética»; con frecuencia, sin saberlo siquiera, atraemos a la gente un poco más cerca del Señor y su verdad. Sin la vida de oración, sin la transformación interior que se lleva a cabo a través de la gracia de los sacramentos, no podemos, en palabras de Newman, «irradiar a Cristo»; nos convertimos en otros «platillos que aturden» (1 Cor 13,1) en un mundo lleno de creciente ruido y confusión, lleno de falsos caminos que sólo conducen a angustias y espejismos.

En una de las meditaciones más queridas del Cardenal se dice: «Dios me ha creado para una misión concreta. Me ha confiado una tarea que no ha encomendado a otro» (*Meditaciones sobre la doctrina cristiana*). Aquí vemos el agudo realismo cristiano de Newman, el punto en que fe y vida inevitablemente se cruzan. La fe busca dar frutos en la transformación de nuestro mundo a través del poder del Espíritu Santo, que actúa en la vida y obra de los creyentes. Nadie que contemple con realismo nuestro mundo de hoy podría pensar que los cristianos pueden permitirse el lujo de continuar como si no pasara nada, haciendo caso omiso de la profunda crisis de fe que impregna nuestra sociedad, o confiando sencillamente en que el patrimonio de valores transmitido durante siglos de cristianismo seguirá inspirando y configurando el futuro de nuestra sociedad. Sabemos que en tiempos de crisis y turbación Dios ha suscitado grandes santos y profetas para la renovación de la Iglesia y la sociedad cristiana;

confiamos en su Providencia y pedimos que nos guíe constantemente. Pero cada uno de nosotros, de acuerdo con su estado de vida, está llamado a trabajar por el progreso del Reino de Dios, infundiendo en la vida temporal los valores del Evangelio. Cada uno de nosotros tiene una misión, cada uno de nosotros está llamado a cambiar el mundo, a trabajar por una cultura de la vida, una cultura forjada por el amor y el respeto a la dignidad de cada persona humana. Como el Señor nos dice en el Evangelio que acabamos de escuchar, nuestra luz debe alumbrar a todos, para que, viendo nuestras buenas obras, den gloria a nuestro Padre, que está en el cielo (cf. Mt 5,16).

Deseo ahora dirigir una palabra especial a los numerosos jóvenes presentes. Queridos jóvenes amigos: sólo Jesús conoce la «misión concreta» que piensa para vosotros. Dejad que su voz resuene en lo más profundo de vuestro corazón: incluso ahora mismo, su corazón está hablando a vuestro corazón. Cristo necesita familias para recordar al mundo la dignidad del amor humano y la belleza de la vida familiar. Necesita hombres y mujeres que dediquen su vida a la noble labor de educar, atendiendo a los jóvenes y formándolos en el camino del Evangelio. Necesita a quienes consagrarán su vida a la búsqueda de la caridad perfecta, siguiéndole en castidad, pobreza y obediencia y sirviéndole en sus hermanos y hermanas más pequeños. Necesita el gran amor de la vida religiosa contemplativa, que sostiene el testimonio y la actividad de la Iglesia con su oración constante. Y necesita sacerdotes, buenos y santos sacerdotes, hombres dispuestos a dar su vida por sus ovejas. Preguntadle al Señor lo que desea de vosotros. Pedidle la generosidad de decir sí. No tengáis miedo a entregaros completamente a Jesús. Él os dará la gracia que necesitáis para acoger su llamada. Permitidme terminar estas pocas palabras invitándoos vivamente a acompañarme el próximo año en Madrid en la Jornada Mundial de la Juventud. Siempre es una magnífica ocasión para crecer en el amor a Cristo y animaros a una gozosa vida de fe junto a miles de jóvenes. Espero ver a muchos de vosotros allí.

Y ahora, queridos amigos, sigamos con nuestra vigilia de oración para preparar nuestro encuentro con Cristo, presente entre nosotros en el Santísimo Sacramento del Altar. Juntos, en el silencio de nuestra adoración en común, abramos nuestras mentes y corazones a su presencia, a su amor y al poder convincente de su verdad. Démosle gracias especialmente por el testimonio perenne de la verdad, ofrecido por el cardenal John Henry Newman. Confiando en sus oraciones, pidamos al Señor que ilumine nuestro camino y el camino de toda la sociedad británica, con la luz amable de su verdad, su amor y su paz. Amén.

## «El corazón habla al corazón»

### *Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la misa de la beatificación de John Henry Newman*

Birmingham, domingo 19 de septiembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Nos encontramos aquí en Birmingham en un día realmente feliz. En primer lugar, porque es el día del Señor, el Domingo, el día en que el Señor Jesucristo resucitó de entre los muertos y cambió para siempre el curso de la historia humana, ofreciendo nueva vida y esperanza a todos los que viven en la oscuridad y en sombras de muerte. Es la razón por

la que los cristianos de todo el mundo se reúnen en este día para alabar y dar gracias a Dios por las maravillas que ha hecho por nosotros. Este domingo en particular representa también un momento significativo en la vida de la nación británica, al ser el día elegido para conmemorar el setenta aniversario de la Batalla de Inglaterra. Para mí, que estuve entre quienes vivieron y sufrieron los oscuros días del régimen nazi en Alemania, es profundamente conmovedor estar con vosotros en esta ocasión, y poder recordar a tantos conciudadanos vuestros que sacrificaron sus vidas, resistiendo con tesón a las fuerzas de esta ideología demoníaca. Pienso en particular en la vecina Coventry, que sufrió durísimos bombardeos, con nu-

merosas víctimas en noviembre de 1940. Setenta años después recordamos con vergüenza y horror el espantoso precio de muerte y destrucción que la guerra trae consigo, y renovamos nuestra determinación de trabajar por la paz y la reconciliación, donde quiera que amenace un conflicto. Pero existe otra razón, más alegre, por la cual este día es especial para Gran Bretaña, para el centro de Inglaterra, para Birmingham. Éste es el día en que formalmente el cardenal John Henry Newman ha sido elevado a los altares y declarado beato.

Agradezco al arzobispo Bernard Longley su ama-

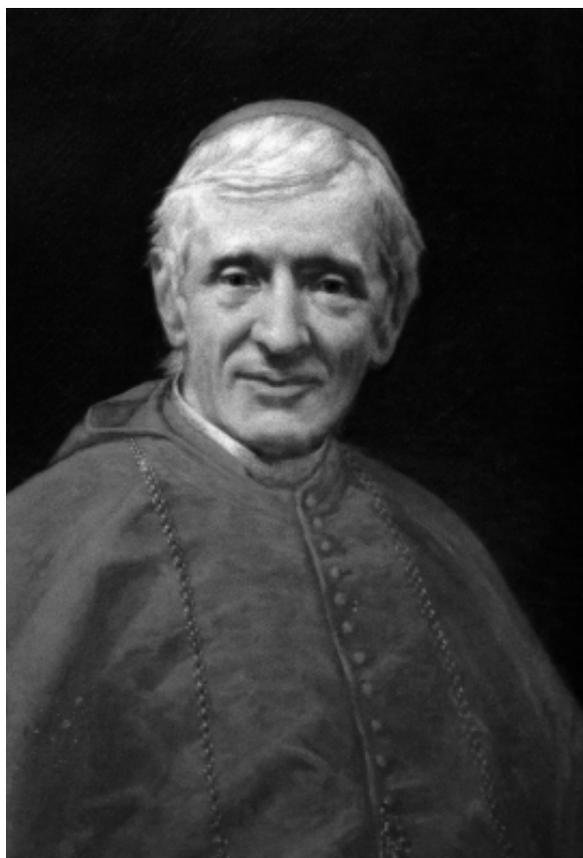
ble acogida al comenzar la misa en esta mañana. Agradezco a cuantos habéis trabajado tan duramente durante tantos años en la promoción de la causa del cardenal Newman, incluyendo a los Padres del Oratorio de Birmingham y a los miembros de la familia espiritual *Das Werk*. Y os saludo a todos los que habéis venido desde diversas partes de Gran Bretaña, Irlanda y otros puntos más lejanos; gracias por

vuestra presencia en esta celebración, en la que alabamos y damos gloria a Dios por las virtudes heroicas de este santo inglés.

Inglaterra tiene una larga tradición de santos mártires, cuyo valiente testimonio ha sostenido e inspirado a la comunidad católica local durante siglos. Es justo y conveniente reconocer hoy la santidad de un confesor, un hijo de esta nación que, si bien no fue llamado a derramar la sangre por el Señor, jamás se cansó de dar un testimonio elocuente de Él a lo largo de una vida entregada al ministerio sacerdotal, y especialmente a predicar, enseñar y escribir. Es digno de formar parte de la larga hilera de santos y eruditos de estas islas, san Beda, santa Hilda, san

Aelred, el beato Duns Scoto, por nombrar sólo a algunos. En el beato John Newman, esta tradición de delicada erudición, profunda sabiduría humana y amor intenso por el Señor ha dado grandes frutos, como signo de la presencia constante del Espíritu Santo en el corazón del Pueblo de Dios, suscitando copiosos dones de santidad.

El lema del cardenal Newman, *cor ad cor loquitur*, «el corazón habla al corazón», nos da la perspectiva de su comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como el deseo profundo del corazón humano de entrar en



comunidad íntima con el Corazón de Dios. Nos recuerda que la fidelidad a la oración nos va transformando gradualmente a semejanza de Dios. Como escribió en uno de sus muchos hermosos sermones, «el hábito de oración, la práctica de buscar a Dios y el mundo invisible en cada momento, en cada lugar, en cada emergencia... os digo que la oración tiene lo que se puede llamar un efecto natural en el alma, espiritualizándola y elevándola. Un hombre ya no es lo que era antes; gradualmente... se ve imbuido de una serie de ideas nuevas, y se ve impregnado de principios diferentes» (*Sermones parroquiales y comunes*, IV, 230-231). El Evangelio de hoy afirma que nadie puede servir a dos señores (cf. Lc 16,13), y el beato John Henry, en sus enseñanzas sobre la oración, aclara cómo el fiel cristiano toma partido por servir a su único y verdadero Maestro, que pide sólo para sí nuestra devoción incondicional (cf. Mt 23,10). Newman nos ayuda a entender en qué consiste esto para nuestra vida cotidiana: nos dice que nuestro divino Maestro nos ha asignado una tarea específica a cada uno de nosotros, un «servicio concreto», confiado de manera única a cada persona concreta: «Tengo mi misión», escribe, «soy un eslabón en una cadena, un vínculo de unión entre personas. No me ha creado para la nada. Haré el bien, haré su trabajo; seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en el lugar que me es propio... si lo hago, me mantendré en sus mandamientos y le serviré a Él en mis quehaceres» (*Meditación y devoción*, 301-2).

El servicio concreto al que fue llamado el beato John Henry incluía la aplicación entusiasta de su inteligencia y su prolífica pluma a muchas de las más urgentes «cuestiones del día». Sus intuiciones sobre la relación entre fe y razón, sobre el lugar vital de la religión revelada en la sociedad civilizada, y sobre la necesidad de una educación esmerada y amplia fueron de gran importancia, no sólo para la Inglaterra victoriana. Hoy también siguen inspirando e iluminando a muchos en todo el mundo. Me gustaría rendir especial homenaje a su visión de la educación, que ha hecho tanto por formar el *ethos* que es la fuerza motriz de las escuelas y facultades católicas actuales. Firmemente contrario a cualquier enfoque reductivo o utilitarista, buscó lograr unas condiciones educativas en las que se unificara el esfuerzo intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso. El proyecto de fundar una universidad católica en Irlanda le brindó la oportunidad de desarrollar sus ideas al respecto, y la colección de discursos que publicó con el título de la *Idea de una Universidad* sostiene un ideal mediante el cual todos los que están inmersos en la formación académica pueden seguir aprendiendo. Más aún, qué mejor meta pueden fijarse los profesores de religión

que la famosa llamada del beato John Henry por unos laicos inteligentes y bien formados: «Quiero un laicado que no sea arrogante ni imprudente a la hora de hablar, ni alborotador, sino hombres que conozcan bien su religión, que profundicen en ella, que sepan bien dónde están, que sepan qué tienen y qué no tienen, que conozcan su credo a tal punto que puedan dar cuentas de él, que conozcan tan bien la historia que puedan defenderla» (*La situación actual de los católicos en Inglaterra*, IX, 390). Hoy, cuando el autor de estas palabras ha sido elevado a los altares, pido para que, a través de su intercesión y ejemplo, todos los que trabajan en el campo de la enseñanza y de la catequesis se inspiren con mayor ardor en la visión tan clara que él nos dejó.

Aunque la extensa producción literaria sobre su vida y obras ha prestado comprensiblemente mayor atención al legado intelectual de John Henry Newman, en esta ocasión prefiero concluir con una breve reflexión sobre su vida sacerdotal, como pastor de almas. Su visión del ministerio pastoral bajo el prisma de la calidez y la humanidad está expresado de manera maravillosa en otro de sus famosos sermones: «Si vuestros sacerdotes fueran ángeles, hermanos míos, ellos no podrían compartir con vosotros el dolor, sintonizar con vosotros, no podrían haber tenido compasión de vosotros, sentir ternura por vosotros y ser indulgentes con vosotros, como nosotros podemos; ellos no podrían ser ni modelos ni guías, y no te habrían llevado de tu hombre viejo a la vida nueva, como ellos, que vienen de entre nosotros («Hombres, no ángeles: los sacerdotes del Evangelio», *Discursos a las congregaciones mixtas*, 3). Él vivió profundamente esta visión tan humana del ministerio sacerdotal en sus desvelos pastoral por el pueblo de Birmingham, durante los años dedicados al Oratorio que él mismo fundó, visitando a los enfermos y a los pobres, consolando al triste, o atendiendo a los encarcelados. No sorprende que a su muerte, tantos miles de personas se agolparan en las calles mientras su cuerpo era trasladado al lugar de su sepultura, a no más de media milla de aquí. Ciento veinte años después, una gran multitud se ha congregado de nuevo para celebrar el solemne reconocimiento eclesial de la excepcional santidad de este padre de almas tan amado. Qué mejor que expresar nuestra alegría de este momento que dirigiéndonos a nuestro Padre del cielo con sincera gratitud, rezando con las mismas palabras que el beato John Henry Newman puso en labios del coro celestial de los ángeles:

«Sea alabado el Santísimo en el cielo,  
sea alabado en el abismo;  
en todas sus palabras el más maravilloso,  
el más seguro en todos sus caminos».  
(*El sueño de Gerontius*)

# El Movimiento de Oxford

GERARDO MANRESA PRESAS

## La Universidad de Oxford

**D**URANTE el siglo XVIII el racionalismo y el positivismo provocado por los descubrimientos científicos hicieron que el liberalismo fuera moldeando toda la vida social inglesa. La Iglesia Anglicana, dominada por el régimen político, arrastraba una vida lánguida e insegura, sin argumento ni fuerza para resistir ante la acometida de las nuevas ideas. A principios del siglo XIX se advierte además una ofensiva liberal para eliminar sus privilegios de la vida pública del país.

La Universidad de Oxford, establecida en el siglo XII, recibió con disgusto y resistencia la reforma religiosa de Enrique VIII, iniciada en 1534, y la separación de Roma. Se plegó a ella por un mero motivo de instinto de subsistencia. Fue erigida, junto con Cambridge en corporación pública y a partir de entonces adquirió una firme tendencia confesional anglicana que duraría hasta 1871. Todo el personal directivo y docente, así como el alumnado, de la Universidad estaba obligado estatutariamente a suscribir, en la toma de sus cargos o en su ingreso en los Colleges, los *Treinta y nueve artículos* doctrinales de la Comunión eclesiástica inglesa.

Era de hecho el lugar donde se formaban los ministros y dignatarios de la Iglesia anglicana. Aunque era una Universidad para *gentlemen*, tenía un carácter fuertemente clerical.

La Universidad de Oxford se regía desde 1634 por los estatutos del arzobispo William Laud, alumno de Oxford y, más tarde, rector de la misma, que ocupó la sede primada inglesa desde 1633 a 1641.

Laud intentó implantar en Oxford el mismo estilo tradicional que se propuso implantar en la Iglesia inglesa. Pretendía purificar el cuerpo eclesiástico nacional de adhesiones calvinistas y luteranas, sin disminuir por ello su idiosincrasia y tonos anti-romanos. Laud pretendía que las bases *católicas* del anglicanismo, en su doctrina y en su ritual, se hicieran más patentes. A pesar de la revolución de Cromwell y las siguientes de la familia Orange, Oxford conservará un ambiente preponderantemente conservador (*tory*), se mostrará celoso de sus prácticas y costumbres religiosas, por ejemplo, sermones, Sagrada Comunión obligatoria en los *colleges*, juramentos confesionales, etc., y mantendrá la enseñanza en manos de profesores miembros practicantes de la Iglesia de Inglaterra.

En todo momento la Universidad se distinguirá por su beligerancia contra los proyectos de emancipación católica, que se empezaron a discutir a finales del siglo XVIII. Pero, al mismo tiempo, que modera su carácter *anglocatólico* (*High Church*), quiere distinguirse por mantener una ortodoxia normal, sin fanatismos ni salidas de tono. Se separa igualmente de la incredulidad que de los excesos. Se expulsó de sus aulas, en 1768, a seis estudiantes metodistas con convicciones y prácticas excesivas, y en 1822 a Shelley, por un manifiesto literario ateo. El fervor eclesiástico y las lealtades protestantes se estimaban en gran virtud, pero el celo religioso, el ardor espiritual y el proselitismo eran considerados un exceso y no cabían dentro de la Universidad.<sup>1</sup>

## Inicios del Movimiento

**E**N esta situación, en que por un lado, el liberalismo se ha hecho dueño de la Iglesia anglicana, y por otro, que la fe de su pueblo se tambalea, se inicia en Oxford una ofensiva contra el liberalismo, que atenaza y corrompe el dogma anglicano, los *Treinta y nueve artículos*, y que permitirá al mismo tiempo abrir las puertas o dejar de perseguir a los católicos ingleses fieles a Roma.

En 1828 son abolidas, por el gabinete tory del duque de Wellington, siendo ministro Peel, representante de la Universidad de Oxford, las discriminatorias *Test y Corporation Acts*, que regían desde 1673 y 1661, respectivamente por las que se prohibía a los católicos ser elegibles para la Cámara de los Comunes. Ello enerva a algunos miembros de la Universidad de Oxford contra Peel, impidiendo su reelección.

En el año 1833 el gabinete *whig*, presidido por Lord Grey, consigue la promulgación de la *Irish Church Temporalities Act*, por el que se abolían diez sede episcopales anglicanas en Irlanda y los injustos diezmos obligatorios que los católicos pagaban para sostener las sedes episcopales anglicanas. Esta iniciativa, dirigida por el poder civil contra el *Establishment* eclesiástico oficial por quienes debían pro-

1. La universidad de Londres, creada en 1836, fue la primera universidad laica de Inglaterra, para los que por motivos religiosos no pudieran estudiar en Oxford o Cambridge, las cuales sólo admitían alumnos anglicanos.

tegerlo, causó verdadero dolor en los anglicanos fervorosos, pues dejaba la vida religiosa en manos del poder civil.

Lógicamente ello llevó a muchos anglicanos de la *High Church*, o anglocatólicos, a una reacción, pues tenían una gran fe, aunque de carácter protestante, en Jesucristo y la Iglesia, y veían, con espanto, el ritmo creciente que tomaba el liberalismo religioso en la Iglesia de Inglaterra.

Cuando se discutió esta ley, *Irish Church temporality Bill*, «el atroz y sacrílego Bill irlandés» para los anglicanos, se conmovió toda la opinión pública anglicana de Inglaterra. En plena discusión un sermón titulado *National Apostasy*, predicado por John Keble en Oxford, el día 14 de julio de 1833, fue considerado como una de las manifestaciones más destacadas de esta conmoción religiosa. Sería tenido después como el inicio del Movimiento de Oxford. El sermón se basa en el texto bíblico del libro de Samuel, 1 Sam 12,23: *Por mi parte, lejos de mí pecar contra Yavé dejando de suplicar por vosotros y de enseñaros el camino bueno y recto*. El orador acusa al poder público del abandono de la Iglesia establecida que se dispone a perpetrar y lo compara con el pueblo de Israel que prefiriendo la monarquía, abandona a Samuel, repudia a Dios y se desvincula de la Alianza y de la especial presencia de Yavé entre el pueblo.

Pocos días después se reúnen en una rectoría de Oxford, clérigos afines a las ideas de Keble para confeccionar unos principios básicos que todos los presentes se comprometen a defender y enseñar.<sup>2</sup> Dos de ellos eran *fellows* –tutores– del Oriel College, Keeble y Froude. En esta primera reunión no estuvo presente Newman, también *fellow* del mismo *college*, que acababa de llegar de un viaje por el Mediterráneo.

La cuestión más característica de los primeros miembros del Movimiento de Oxford fue la construcción de una *Vía Media* entre el catolicismo y el protestantismo.

Tras varias reuniones se consideró la posibilidad de crear una asociación, pero Newman se opuso pues no consideraba conveniente organizar tan pronto una asociación para encauzar un movimiento y además Newman no estaba en total sintonía con los reunidos, salvo con Froude; así escribe a Keble que quiere dejar pasar un tiempo «que las cosas se mantengan tranquilas por uno o dos años, de modo que podamos determinar nuestra posición exacta, obtener y estudiar precedentes y conocer bien nuestro deber».

2. Entre las personas que se reunieron los más representativos eran: Arthur Perceval, Hurrell Froude, William Palmer y Hugh Rose.

## Aparición de los *Tractos*

**P**ERO mientras Newman, por su cuenta, inició la composición y distribución de *Tractos*. Los *tractos* eran, entre los evangelistas, «panfletos» para la difusión de opiniones, puntos de vista e información sobre asuntos religiosos. Pero los editados por Newman eran de una calidad muy superior, tanto en su redacción como en su presentación externa. En ellos se presentaban los puntos del programa que se había convenido en las reuniones y así se diseminaban en todas direcciones sus ideas. Por eso se llamó al Movimiento de Oxford, también, *Movimiento tractariano*. Newman los tituló *Tracts for the Times*.

Poco a poco fueron apareciendo más *Tractos*, escritos, no ya por Newman sino por diversos participantes del movimiento, como eran John Keble, Browden, Froude, Thomas Keble, Menzies, Palmer, Harrison y Pusey. Pusey era un clérigo muy conocido, pero no era del Movimiento, de tal forma que a todo el grupo se le llamó los *puseístas*. A final del año 1833 habían aparecido 19 *tractos*. Los *tractarianos* no se interesaban en temas de Iglesia-Estado, política eclesiástica, obispados y beneficios en sí, sino únicamente en tanto en cuanto fueran representativos del carácter interno de la Iglesia. Les inquietaba la renovación de la Iglesia, y la de sus miembros, por dentro; querían una reforma, una vuelta a los ideales anglo-católicos del siglo xvii.

El entusiasmo que causó en los fieles anglicanos estos escritos fue muy grande y, en principio, también parecía que lo mismo sucedía en la Iglesia Anglicana, pues sus obispos, en su mayoría, los aceptaban. Hasta 1838 muchos hombres del grupo evangélico del ala moderada habían conseguido olvidar diferencias doctrinales con los *tractarianos* y colaboraban con ellos en la lucha común contra el liberalismo y en defensa del *establishment*.

Durante varios años la influencia de Newman y el grupo tractariano, ha producido resultados irreversibles en muchos ambientes y personas, pero con la aparición de la obra póstuma de Froude, *Remains*, en 1838, editada por Keble y por Newman parece que dicha influencia empieza a disminuir. Para ambos esta obra simbolizaba el evangelio tractariano, precisamente en su tendencia a separar tímidos y audaces y a escandalizar hipócritas. Concebían su mensaje como un anuncio de la Verdad religiosa, más que de pacificación, de preceptos redentores más que de un camino fácil. Muchos lectores se alarmaron ante las revelaciones que traducían un sentir de su tendencia católica y desprecio radical de la Reforma protestante, pero los *Remains* manifestaban el talante espiritual de los hombres del Movimiento. Ahora se les empieza a acusar de papistas.

Con esta publicación se ha producido una escalada católica en el anuncio e intensidad de los puntos de vista religiosos y teológicos y, también, dentro de las filas del movimiento alguno se siente sorprendido. Las críticas episcopales y el malestar en las filas del Movimiento se aúnan para hacer estallar una crisis en torno a los *tractos*. Algunos piden su supresión, pero tras un forcejeo interno arbitrado por Keble, se decide su continuación aunque con una revisión de los escritos. Así se inicia, a finales de 1838, un nuevo capítulo en la historia del Movimiento con la aparición de un nuevo grupo.<sup>3</sup> Se trata de personas, cuyo camino parecía llevarles hacia Roma. Se habían planteado la delicada pregunta de si la Iglesia anglicana era en realidad una verdadera Iglesia y una parte real de la única Iglesia católica fundada por Jesucristo. Son todos discípulos de Newman.

### Crisis en el Movimiento de Oxford

A partir de 1840 Newman junto con Keble están situados en el centro del Movimiento, su prestigio y autoridad confieren todavía unidad al mismo y son la zona intermedia entre este nuevo grupo que apunta a Roma y los leales anglicanos, como Pusey, Keble y incluso él mismo hasta este momento, que nunca han contemplado esta meta, porque concebían su tarea como una mejora del anglicanismo a partir de principios católicos. Newman está viviendo un tiempo de perplejidades y malestar interior, con sus dudas interiores y presiones exteriores y cada vez se siente más incómodo en Oxford. 1840 es el año de la intensificación de la rama progresiva del Movimiento. Ambas ramas se vigilan y se disponen a la acción.

En esta situación, apareció el *Tracto 90*, en febrero de 1841. Este tracto quería poner de manifiesto que los *39 Artículos* de la Iglesia anglicana, flexibles en sus términos, incompletos en sus formulaciones y ambiguos en su sentido, exigían una interpretación autorizada, y esta exégesis debía estar hecha de acuerdo con el sentir tradicional de la Iglesia católica. Aunque no era la primera vez que alguien osaba proponer esta interpretación de los *39 Artículos*, pero hacía muchos años que los artículos de la Iglesia anglicana únicamente se habían comentado en la dirección luterana o calvinista. Por lo tanto, el *Tracto 90* no tenía precedentes.

Dicho *Tracto 90* atrajo todas las atenciones del país; en la Cámara de los Comunes se habló del mismo como deslealtad de la universidad de Oxford a

la Iglesia inglesa. Todos los periódicos lo comentaron largamente. Todos los *tractarianos* del primer grupo, principalmente Keble, Pusey y Palmer recibieron con agrado dicho tracto. Nadie del grupo esperaba tanta resonancia por el escrito.

Pronto se iniciaron las reacciones contra esta forma de entender la fe del anglicanismo, el vicescanciller, los presidentes de los *colleges* y los *proctors* condenan el Tracto como contrario al espíritu y a la letra de los estatutos de la Universidad, que exigía adhesión a los *39 Artículos*, en su sentido original. Poco después Newman debe justificarse delante del obispo de Oxford, que había condenado ciertas partes del escrito. El obispo le prohíbe continuar estos tractos porque venían a «turbar la paz y tranquilidad de la Iglesia», ordena a la que Newman se somete. También la mayor parte, por no decir todos, los obispos anglicanos reaccionan contra este *Tracto 90* acusándolo de alterar la paz de la Iglesia y Newman tiene que justificarse ante ellos, consiguiendo que no lo condenaran ni fuera retirado el *tracto*.

Aunque Pusey elabora una defensa matizada del escrito según la cual muchos teólogos anglicanos han expresado ya estas ideas en diversas ocasiones, las consecuencias de las reacciones de los obispos al *Tracto 90* fue la marginación de la dirección moderada del Movimiento, dando predominancia a partir de ahora a la tendencia romana en el mismo. Newman, por contra, se siente seguro en el terreno doctrinal que presenta el *tracto* y está convencido que ello le permite reafirmar su identidad anglicana. Este es el pensamiento momentáneo de Newman que durará poco tiempo.

### Las tres principales ideas del Movimiento según Newman: la Vía Media

TRES SON los puntos principales, dice Newman en su *Apologia pro vita sua*,<sup>4</sup> que va a combatir.

#### 1.- Lucha contra el liberalismo

«El primero era el principio del dogma. Mi batalla era contra el liberalismo, y por liberalismo entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias. He aquí el primer punto en el que yo estaba de acuerdo.» (...) «El principio capital del movimiento me es hoy día tan caro como me lo fuera siempre.

3. Los principales son Faber, Ward, Oakekey, Dalgairns y Morris.

4. *John H. Newman, Apologia pro vita sua*, Colección el Buey Mudo, Ciudadela libros, 2009, págs. de 78 a 83.

He cambiado muchas cosas, pero ahí no. Desde los quince años ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra, no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla. Sería como el amor filial sin la realidad de un padre o la devoción sin la realidad de un ser supremo. Aún en el tiempo en que estuve bajo la influencia del doctor Whately no tuve la tentación de ser menos celoso de los grandes dogmas de la fe, y en varios momentos hube de oponerme a ciertas tendencias de su pensamiento que me parecían que los oscurecían. Tal era el principio fundamental del movimiento en 1833».

## 2.- La Iglesia con sus sacramentos y sus ritos

«En segundo lugar, yo tenía confianza en la verdad de cierta enseñanza religiosa definida sobre los cimientos del dogma, a saber: que hay una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son los canales de la gracia invisible. Yo pensaba que esta era la doctrina de la Escritura, de la Iglesia primitiva, de la Iglesia anglicana». (...) «En 1834 y años después puse esta doctrina eclesiástica sobre una base más amplia, después de haber leído, por una parte a Laud, Bramhall, a Stillingfleet y a los teólogos anglicanos, y de haber proseguido, por otra, el estudio de los Padres». (...) Sobre la existencia de la Iglesia visible, en el *Tract II* yo argumentaba especialmente por la Escritura, es decir, por los Hechos de los Apóstoles y las Cartas. Respecto a los sacramentos y ritos sacramentales, me atenía al *Prayer Book*; citaba el oficio o rito de la ordenación, en que el obispo dice: «Recibid al Espíritu Santo»; el de la visita a los enfermos que enseña la confesión y la comunión; el del bautismo, en que el sacerdote habla del niño después del bautismo como regenerado; el catecismo, según el cual la comunión consiste en recibir «real y verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo»; el rito de la conminación, en la que se nos dice «que hagamos obras de penitencia»; las colectas, epístolas y evangelios, el calendario y las rúbricas, partes del *Prayer Book* en que hallamos las fiestas de los apóstoles, noticias de algunos otros santos y días de ayuno y abstinencia».

«Además por lo que respecta al sistema episcopal, yo lo fundaba sobre las cartas de san Ignacio de Antioquía, que lo inculcan de varias maneras». «Yo quería seguir a la letra este principio».

## 3.- La Iglesia de Roma y sus errores dominantes

«En cuanto al tercer punto que sostenía en 1833, pero al que he renunciado completamente y he piso-

teado ulteriormente, mi opinión sobre la Iglesia de Roma.

«De joven pensaba que el Papa era el Anticristo. Desde el momento que conocí a Froude, aflojó más y más mi violencia en este punto. Sucesivamente, y sin que pueda precisar el orden y las fechas de mis palabras, hablé de la Iglesia de Roma como ligada a la «causa del Anticristo», como «uno de los muchos anticristos» predichos por san Juan o como Iglesia que tenía en sí misma algo «verdaderamente anticristiano» o «no cristiano» (...)

«Además, por lo menos durante la época de los *tractos*, pensaba que la esencia de su pecado consistía en los honores que rendía a la bienaventurada Virgen María y a los santos, y cuanto más crecía mi devoción a los santos y a Nuestra Señora, más me enfadaban las prácticas de Roma, como si estas gloriosas criaturas sintieran gravemente la indebida veneración de que eran objeto».

Después de expresar su admiración de ver, en su viaje al Mediterráneo, la afluencia y devoción de los fieles a la Santísima Virgen y los santos, en Palermo, en donde «aprendí a fomentar sentimientos de amor para con ella; pero mi razón no estaba aún afectada en absoluto», dice:

«El conflicto entre mi razón y mi sentimiento lo expresé en uno de los primeros *tractos*, publicados en 1834: «Considerando los altos dones y la sólidas reivindicaciones de la Iglesia de Roma, y sus méritos a nuestra admiración, reverencia, amor y gratitud, ¿cómo podríamos resistirla, como lo hacemos, cómo podríamos impedir derretirnos de ternura y correr a su comunión, si no fuera por las palabras de la verdad misma que nos manda preferirla al mundo entero? *El que ama más a su padre y a su madre que a mí, no es digno de mí.*» (...) Mi sentimiento era semejante al de alguien que ante un tribunal de justicia se ve forzado a declarar contra un amigo».

## Los frutos del Movimiento: las conversiones

A partir de la crisis que tuvo el Movimiento con la oposición de los obispos anglicanos, algunos de los *tractarianos* empezaron a comprender que dentro del anglicanismo sería imposible una *Vía Media*, mejor dicho que no había *Vía Media* y se iniciaron las conversiones a la Iglesia de Roma. El mismo Newman reconoció que antes del *Tract 90* apenas había habido conversiones al catolicismo; a partir de ahora se sucederán. Él tardó aún cuatro años en convertirse, pues en el año 1841 aún ni le había pasado por la cabeza el hacerlo, aunque ya había tenido sus primeras dudas sobre la viabilidad de su *Vía Media*, pues la búsqueda de

la Verdad, como san Agustín, fue la característica principal de su vida.

Tras la revolución que produjo el *Tract 90*, Newman se retiró de Littlemore a Maryvale para «huir del mundanal ruido» pero entre todo este barullo un sacerdote irlandés católico, Charles Russell, le escribe, en el mes de julio, una carta muy amable en la que le decía: «el espíritu amable y no pretencioso que impregna todos sus escritos me lleva a esperar que las siguientes observaciones, aunque vienen de un humilde sacerdote católico irlandés, no le parecerán ofensivas, ni entrometidas». Y a continuación expresaba su malestar por algunas interpretaciones incorrectas que, respecto a las doctrinas y costumbres católicas había encontrado en el *Tract 90*. Ceñía sin embargo su cuestionario al tema eucarístico y se refería a la idea de Newman acerca de la transustanciación enseñada por la Iglesia romana, según la cual, decía Newman, el cuerpo de Cristo no era entregado, recibido y comido de un modo espiritual sino carnal o físicamente triturado con los dientes. Explicaba Russell: «La entera exposición de este artículo es desarrollada a partir de la idea de que nuestro concepto de *transustanciación* tiene un carácter grosero y repulsivo, y que pensamos que el adorable cuerpo de Nuestro Señor en la Eucaristía es de naturaleza terrena y carnal».

Parece que esta y otras observaciones de Russell hicieron mella en Newman y fueron origen de una

excelente comunicación. Al rememorar estos sucesos Newman no dudó en escribir del sacerdote irlandés: «Él tiene, quizás, más que ver en mi conversión que muchos otros». En el mes de junio Russell le visitó y pasearon por la Universidad sin hablar nada de religión, se limitó Russell en dejarle algunos libros, entre ellos los *Sermones* de san Alfonso M<sup>o</sup> de Ligorio, que tanto ayudó a Newman a comprender algunos temas de la religión católica: «Al ojearlos quedé atónito. Eran muy diferentes de lo que yo imaginaba. Había poco en ellos que yo pudiera criticar».<sup>5</sup>

Los frutos del Movimiento no acabaron con su vida, sino que se alargaron muchos años más: recordemos la conversión de Rober H. Benson, hijo del arzobispo de Canterbury, Gilbert K. Chesterton y muchos otros, que vivieron del espíritu de este Movimiento, y sin duda se puede decir que lo que está pasando actualmente en la Iglesia anglicana, que grupos de la *Hich Church, Forward in Faith*, que no admiten el neoliberalismo y el espíritu mundano de la Iglesia anglicana actual y están solicitando su entrada en la Iglesia de Roma, inspiran su actitud y han tomado como guía al nuevo beato de la Iglesia católica, John Henry Newman.

5. José Morales Marín, *Newman*, Madrid, Rialp, 1990, pág. 110.

## «Que la vida de fe sea la fuerza impulsora de toda actividad escolar»

Como sabéis, la tarea de un maestro no es sencillamente comunicar información o proporcionar capacitación en unas habilidades orientadas al beneficio económico de la sociedad; la educación no es y nunca debe considerarse como algo meramente utilitario. Se trata de la formación de la persona humana, preparándola para vivir en plenitud. En una palabra, se trata de impartir sabiduría. Y la verdadera sabiduría es inseparable del conocimiento del Creador, porque «en sus manos estamos nosotros y nuestras palabras y toda la prudencia y destreza de nuestras obras» (Sab 7,16).

[...]

... la presencia de los religiosos en las escuelas católicas es un signo que recuerda intensamente el tan discutido carácter católico que debe permear todos los aspectos de la vida escolar. Esto va más allá de la evidente exigencia de que el contenido de la enseñanza concuerde siempre con la doctrina de la Iglesia. Se trata de que la vida de fe sea la fuerza impulsora de toda actividad escolar, para que la misión de la Iglesia se desarrolle con eficacia, y los jóvenes puedan descubrir la alegría de participar en «el ser para los demás», propio de Cristo (cf. *Spe Salvi*, 28).

Benedicto XVI: Universidad de Santa Maria en Twickenham  
(17 de septiembre de 2010)

# «Apologia pro vita sua»: el camino hacia la Verdad

JORGE SOLEY CLIMENT

**P**ROBABLEMENTE, la obra más conocida del nuevo beato John Henry Newman sea *Apologia pro vita sua*, y se ha convertido en un clásico dentro de un género, el autobiográfico, que iniciara san Agustín con sus *Confesiones*, obra que guarda muchos paralelismos con ésta de Newman. En realidad, no se trata de una biografía al uso, sino más bien, tal y como el propio autor confiesa, de una «historia de mis ideas religiosas», motivada por la necesidad de defenderse de las acusaciones de traición y falsedad que recibió tras su entrada en la Iglesia católica. Escribía el autor que «no tengo una historia romántica que contar; si las he escrito [estas páginas] es porque considero mi deber decir las cosas tal como pasaron». Se trata, pues, de una historia en la que las interioridades, los pensamientos y los sentimientos de Newman acaparan el primer plano por encima de los sucesos exteriores, opción muy arriesgada pero que en el caso de una persona y un itinerario como los de Newman nos han dejado una apasionante biografía.

Inicia Newman su recorrido por su infancia, donde destaca uno de los rasgos claves para comprender su largo camino hasta Roma: cómo Dios se fue valiendo de múltiples e incluso enfrentadas personas y opiniones, algunas abiertamente erróneas, para llevarle hasta la Verdad. John Henry Newman fue un niño de natural religioso, convencido de la existencia de un mundo inmaterial, aunque dado a fantasear acerca de los ángeles y, como él mismo confiesa, muy supersticioso. Al llegar a la adolescencia, las malas lecturas (Paine, Hume, Voltaire) le hicieron dudar de la inmortalidad del alma y pusieron en riesgo su fe. Pero a sus quince años, en el otoño de 1861, Dios se valdrá del reverendo Walter Mayers para poner en las manos del adolescente Newman una serie de obras calvinistas que tuvieron el efecto de fijar «en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que, por la misericordia de Dios,



nunca se han borrado ni oscurecido». La divina Providencia iba sembrando en el alma de Newman, permitiendo que arraigase lo verdadero («de las máximas calvinistas, la única que echó raíces en mi espíritu fue la certidumbre del cielo y el infierno, del favor y la cólera divina, de la existencia de justificados y no justificados»), mientras el error recibido desaparecía. Así, otro de los efectos de estas lecturas calvinistas fue el convencimiento de «que la conversión interior de que tenía conciencia perduraría en la vida futura, y que yo estaba escogido para la vida eterna. [...] La mantuve hasta la edad de veintiún años, en que gradualmente se fue desvaneciendo». Newman abrazaba de este modo la verdadera doctrina del dogma dejando de lado el error calvinista de la predestinación.

La siguiente persona que puso Dios en su camino fue Thomas Scott, de quien escribe que «humanamente hablando, le debo casi mi alma». Tal fue su influencia que el retrato que encontramos de Scott es, leído con la perspectiva que nos concede el tiempo, un retrato fiel de algunos de los rasgos más destacados del propio Newman: «su audaz despreocupación del qué dirán y su vigorosa independencia de ideas. Scott seguía a la verdad dondequiera que lo llevara, comenzando por el unitarismo y acabando en una fe celosa de la Santísima Trinidad». Esta misma actitud será vivida por Newman con radicalidad y coherencia, como no podía ser de otro modo en quien escribe: «durante años yo aprovechaba casi como proverbios lo que consideraba ser la quintaesencia de su doctrina: la santidad antes que la paz».

Newman siguió dando forma a sus ideas teológicas de un modo peculiar, encontrando y sujetando firmemente aquellos retazos de verdad que iba encontrando mezcladas en los muchos errores que se le presentaban. Gracias a la obra del arzobispo de Canterbury, Sumner, se convenció de la regeneración bautismal, abandonando los últimos

residuos de calvinismo; en Hawkins descubriría la doctrina de la tradición y en el reverendo William James la doctrina de la sucesión apostólica. De este modo, a través de las verdades católicas que perviven en autores heterodoxos, la divina Providencia le guiaba hacia la Verdad final, aunque el camino aún era largo y algunos prejuicios, en especial el antiromano, fueron difíciles de dejar de lado. Si la lectura de la *Historia de la Iglesia* de Milner le hizo enamorarse con facilidad de san Agustín y san Ambrosio, la lectura de Newton sobre las profecías hizo que quedara «firmemente convencido de que el Papa era el anticristo predicho por Daniel, san Pablo y san Juan».

En este camino siempre acompañaron a Newman los Padres de la Iglesia y las disputas en que se vieron envueltos y en las que descubría paralelos con la situación que le tocaba a él vivir. Newman se lanzó a estudiar a los Padres con un rigor y seriedad que resulta difícil de imaginar por quienes vivimos en una época de estudios superficiales. No es este el estilo de Newman, quien en las vacaciones mayores de 1828 toma la determinación de «leer cronológicamente a los Padres de la Iglesia, empezando por Ignacio y Justino». Pensando que «la Iglesia en Inglaterra estaba sustancialmente fundada en los Padres», Newman se volcó en «divulgar en la más plena medida sus enseñanzas y escritos», sin sospechar que este camino le llevaría hasta la Iglesia católica que, por aquel entonces, aún miraba con desdén.

Precisamente para cambiar su percepción de la Iglesia católica fue determinante la influencia de Hurrell Froude, un anglocatólico, «gran *tory* de la estampa de los caballeros», quien le enseñó a «mirar con admiración a la Iglesia de Roma y a aborrecer en el mismo grado la Reforma protestante». Además, a la relación con Froude debe Newman dos de los puntales de su credo: la devoción a la Virgen y la creencia en la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Junto con Froude, John Keble fue el otro gran impulsor de los inicios del Movimiento de Oxford, al que tan pronto se sumaría Newman y del que sería su alma e inspirador. De Keble escribe Newman que gracias a él aprendió la doctrina de los sacramentos y la noción de «comunión de los santos». Pero por encima de todo, el Movimiento de Oxford nacía para combatir la infección de liberalismo que se estaba extendiendo por la Iglesia anglicana. En efecto, Newman «sentía espanto ante el porvenir de su Iglesia» porque juzgaba, atinada y proféticamente, como podemos afirmar a la vista de lo sucedido en nuestros tiempos, «que si el liberalismo llegaba a asentar su pie dentro de ella, su victoria era segura». Además, se daba la aparente paradoja de que,

por su peculiar naturaleza sometida al poder secular, con la llegada del gobierno *whig* y lo que supuso en la manera de repartir los favores eclesiásticos, «las ideas liberales se introducirían por autoridad en el país». Dominada por los principios protestantes, la Iglesia anglicana se le presentaba como impotente para enfrentarse a los embates del liberalismo. Por ello se decidió a impulsar, con todas sus fuerzas, «una nueva reforma».

El instrumento de esta reforma serán los *Tracts for the times*, una serie de escritos que fueron abordando distintas cuestiones teológicas a partir de los tres principios que en aquella época Newman tenía como fundamento solidísimo:

1. «El primero era el principio del dogma. Mi batalla era contra el liberalismo, y por liberalismo entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias».

2. «Que hay una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son los canales de la gracia invisible».

3. «Que el Papa era el anticristo».

Este tercer punto, no sin una larga tradición en el protestantismo, fue sucesivamente suavizado, bajo la influencia antes citada de Froude, hasta llegar, en palabras del propio Newman, a ser pisoteado. Así, pasó de considerar «que la Iglesia de Roma se había ligado a la causa del anticristo en el concilio de Trento» a «comprender que el Concilio de Trento fue el gran giro de la historia de la Roma cristiana» y sentirse «tan libre como gozoso de hablar en su alabanza». Esta evolución no pasó inadvertida y pronto Newman fue acusado de papismo, a lo que respondía: «Cierto, parece que vamos derechos al papismo; pero seguid adelante y llegaréis a una profunda sima del camino que hace imposible toda efectiva aproximación». En esta época, en 1837, Newman escribe su *Ensayo sobre la justificación*, «que estaba dirigido contra la afirmación de Lutero de que la justificación por la sola fe era la doctrina cardinal del cristianismo y que en este punto no había diferencia real entre Roma y el anglicanismo». Se equivocaba, tanto en las diferencias entre anglicanos y católicos como en que no había riesgo de papismo, seguro como estaba de que los Padres de la Iglesia eran la base de la Iglesia de Inglaterra, pero el Señor se valía de esas falsas pretensiones para llevarle al puerto de Roma.

Los *Tracts* alcanzaron gran difusión y popularidad, algo a lo que no fue ajeno el modo de argumentación rigurosa pero que nunca rehuía la polémica de Newman. Bastará citar un par de párrafos para hacernos una idea de a lo que nos estamos refiriendo: «Por grande que fuera la calamidad para el país, no pudiéramos desearles a los obispos término más afortunado de su carrera que el despojo de sus bienes y el martirio», o «Los heresiarcas deben ser tra-

tados sin misericordia, hacen el oficio del tentador y, por lo que atañe a sus errores, deben ser tratados por la autoridad competente como demonios encarnados. Perdonarlos es falsa y peligrosa compasión. Es poner en peligro las almas de millares y falta de caridad para con ellos mismos». La llegada del doctor Pusey, hombre erudito y sobrio, al ya entonces llamado *Movimiento tractariano* aportó una «mayor seriedad, más cuidado y más sentido de la responsabilidad en los tratados».

El Movimiento de Oxford, y Newman en particular, alcanzaron un notable apogeo en 1839, provocando enormes tensiones que causarían el choque cada vez más inevitable con la Iglesia anglicana. Los enemigos del Movimiento escribían alarmados: «Estas doctrinas han hecho ya espantosos progresos. Una de las mayores iglesias de Brighton se llena para oír las, lo mismo que la iglesia de Leeds. Hay pocas ciudades de importancia a las que no hayan llegado. Son defendidas en los periódicos y en la prensa en general. Se han infiltrado incluso en la Cámara de los Comunes». Y un obispo escribía en una pastoral: «Está tomando cada día aspecto más serio y alarmante. Bajo la pretensión especiosa de respeto a la antigüedad y a los modelos primitivos, se están minando los comienzos de la iglesia protestante por hombres que habitan dentro de sus muros». Pero la ruptura, y el escándalo, llegaría con el Tract 90, obra de Newman, en el que se intentaba hacer una lectura católica de los treinta y nueve artículos que profesa la Iglesia anglicana, intentando demostrar que sólo se oponían a los «errores dominantes de Roma», pero que no se oponían a la doctrina católica. El tratado «fue acogido con una súbita tormenta de indignación en todo el país», las desautorizaciones y condenas se multiplicaron, incluyendo tanto a su obispo como a los cargos de Oxford; las consecuencias para Newman no se hicieron esperar: «mi puesto en el Movimiento estaba acabado, la confianza pública se había desvanecido y yo me quedaba sin empleo». Pero incluso en estos durísimos momentos, Newman es consciente de que la divina Providencia le guía y le cuida: «Me di cuenta de que una dulce providencia me había sacado de una posición imposible para el futuro», aunque a veces se valga de un «golpe que echaría de mi imaginación todos los términos medios y componendas para siempre».

Se abre así, por la fuerza de las circunstancias, una nueva etapa en el peregrinar de John Henry Newman, ahora recluido en Littlemore, y en la que no se buscará ya retorcer la interpretación para dar a luz una Vía Media soñada, sino en la que la guía será construir desde cimientos sólidos, lo que le acercaría más a Roma: «Si bien el fin del Movimiento era oponernos al liberalismo del día, yo me percaté

cabalmente no ser esto posible por meras negociaciones. Era menester para nosotros tener una teoría positiva sobre la Iglesia, levantada sobre bases sólidas. Esto me llevó a estudiar los grandes teólogos anglicanos, y entonces me di de pronto cuenta, naturalmente, de que no era posible formar teoría alguna sin cruzarse con la doctrina de la Iglesia de Roma».

Unas de las páginas más impresionantes de la *Apología* son aquellas que dedica a su estudio de los monofisitas y en las que su sinceridad y honestidad se traslucen con una luz especialmente intensa. La cuestión ya había sido estudiada por Newman con anterioridad y había provocado «por vez primera la duda de que el anglicanismo fuera sostenible». Pero ahora la duda dejará paso primero a la alarma y después a la conclusión, terrible para quien hablaba del anglicanismo como de su casa, «a la que me ligaban tantos vínculos, tan fuertes como dulces», de que, en efecto, la verdad estaba de parte de la Iglesia de Roma. Así describe este golpe el propio Newman: «¡Yo era un monofisita! La Iglesia de la Vía Media estaba en la misma situación que la comunión oriental; Roma estaba donde está ahora y los protestantes eran los eutiquianos». Y sigue: «Era difícil averiguar cómo los eutiquianos y los monofisitas eran herejes si no lo eran también los protestantes y anglicanos; difícil hallar argumentos contra los padres de Trento que no fueran también contra los padres de Calcedonia; difícil de condenar a los papas del siglo XVI sin condenar a los del siglo V». Y para remachar esta evidencia, Newman fue a parar, a través de un amigo, con la siguiente sentencia de san Agustín, que hasta entonces le había pasado desapercibida: El juicio de la Iglesia universal es seguro. «Por estas grandes palabras —escribe Newman— del antiguo Padre, la teoría de la Vía Media quedaba hecha polvo».

Estas reflexiones volvieron a la mente de Newman al estudiar, en el verano de 1841, a los arrianos. Una vez más la divina Providencia hablaba alto y fuerte, pues como él mismo confiesa, «yo no lo busqué; estaba leyendo y escribiendo en lo que era mi campo de estudio, lejos de la controversia del día; pero vi claramente que en la historia del arrianismo, los arrianos puros eran los protestantes, los semiarrianos, los anglicanos, y que Roma era ahora lo que fue entonces». Los ataques generalizados ya entre los anglicanos contra Newman y el Movimiento de Oxford y la erección del obispado anglicano de Jerusalén (sobre la que escribió que fue un tercer golpe que sacudió su fe en la Iglesia anglicana, pues «esta Iglesia no sólo prohibía toda simpatía o toda relación con la Iglesia de Roma, sino que estaba tramando una interconfesión con la Prusia protestante y con la herejía de los

orientales») convirtieron a Newman en un huérfano espiritual, incapaz ya de considerar el anglicanismo como su hogar pero aún sin las suficientes fuerzas para dar el paso y entrar en comunión con Roma. Así, solicita en 1843 su reducción al estado laical, no viéndose capaz de «ir a Roma mientras pensara como pensaba acerca de las devociones a la Santísima Virgen y a los santos».

Para superar estas últimas objeciones refiere Newman que fue clave su estudio de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, que le impactaron al encontrar en ellos al alma sola frente a Dios, el *solus cum solo* que él intentaba vivir. También la ayudaron en esta tarea los libritos de devociones populares a un penique que el doctor Russell le envió y que le hicieron comprender lo errado de sus prejuicios: «al repararlos me quedé sorprendido de cuán distintos eran de cómo yo me los había imaginado, de lo poco que había en ellos sobre lo que pudiera poner objeciones reales». Los últimos obstáculos eran removidos y ya no existían objeciones de peso para no dar el paso a la Iglesia católica romana. Así, en febrero de 1843 hizo «una retractación formal de todas las cosas duras que había dicho contra la Iglesia de Roma» y en septiembre del mismo año renunciaba a su «beneficio de Santa María, Littlemore inclusive». Newman había llegado a esta certidumbre: «mi profunda e invariable convicción de que nuestra Iglesia es cismática y mi salvación depende de mi unión a la Iglesia de Roma». Curiosamente, lo que más le frenó a Newman para dar este paso final fue el temor, luego confirmado, de que su marcha significaría el triunfo del liberalismo en el seno de la confesión anglicana. Y es que Newman era muy

consciente de que «no hay más que dos alternativas: el camino de Roma y el camino del ateísmo. El anglicanismo es la estación a medio camino, de un lado, y el liberalismo la estación a medio camino del otro».

Cuando empieza a trabajar en su *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina*, sus últimas dificultades se iban aclarando, «de manera que dejé de hablar de los *católicos romanos* y los llamé con audacia los *católicos*. Antes de terminar resolví entrar en la Iglesia católica». Resulta bonito leer, en la obra que estamos glosando, cómo el Newman inmerso en múltiples polémicas teológicas encuentra la paz y el sosiego al entrar en comunión con Roma, no antes, pues esta paz, el que todo encaje, no es completamente previo a su paso final, sino consecuencia del mismo. Escuchemos del propio Newman los efectos de su entrada en la Iglesia católica que ahora, con toda su autoridad, lo ha declarado beato: «Desde el momento que me hice católico he estado en perfecta paz y contento, nunca he tenido una duda. Fue como un llegar al puerto tras una borrasca. Tampoco me ha supuesto turbación alguna la aceptación de los artículos adicionales que no se encuentran en el credo anglicano. Algunos los creía ya, pero ninguno de ellos ha sido para mí una prueba. Al ser recibido en la Iglesia católica hice profesión de ellos con la mayor facilidad. Hay quienes dicen que la doctrina de la transustanciación es difícil de creer; yo no la creí hasta que fui católico. No tuve dificultad en creerla apenas creí que la Iglesia católica romana es el oráculo de Dios y ella ha declarado que esta doctrina pertenece a la revelación originaria».

## Oración al Sagrado Corazón compuesta por el beato John Henry Newman

Oh, sacratísimo y amorosísimo Corazón de Jesús, tú te ocultas en la Sagrada Eucaristía y sales aún para nosotros. Yo te adoro con todo mi amor y sobrecogimiento, con mi más ferviente amor, con mi más callada y resuelta voluntad.

Oh, mi Dios, que has aceptado sufrir para que te pueda recibir, para que pueda comerte y beberte, y por unos momentos vivir dentro de mí, haz que mi corazón lata con tu Corazón.

Purifícalo de todo lo terrenal, de todo lo que es orgullo y sensualidad, de todo lo que es despiadado y cruel, de toda perversidad, de todo desorden, de todo pecado.

Así pues, llénalo de ti; que ni los acontecimientos del día ni las circunstancias del tiempo puedan alterarlo, sino que en tu amor y en tu temor pueda tener paz. Amén.

(JOHN HENRY NEWMAN, *Meditations and devotions*)

# Autoridad y conciencia en la «Carta al duque de Norfolk»

BALBINA POLAVIEJA

## En el siglo del liberalismo

**L**A *Carta al duque de Norfolk*,<sup>1</sup> publicada en 1874, es la respuesta de Newman a un comentario del ex primer ministro liberal William Gladstone contra el dogma de la infalibilidad del Papa y otros decretos del concilio Vaticano I.

Para el político inglés, la infalibilidad del Papa y su jurisdicción universal significan la pérdida de la libertad intelectual y moral de los creyentes. Como consecuencia, los católicos no pueden ser súbditos del Estado dignos de confianza, puesto que existe una potencia extranjera con poder sobre sus conciencias. Ante estas acusaciones, Newman sale en defensa de los católicos ingleses entre los que se cuenta, desarrollando su particular visión del problema.

Cuando se escribe esta obra, el contexto en que se encuentran los católicos ingleses es de una gran hostilidad por parte de la opinión pública, hasta el punto de que «en Inglaterra, no hace falta retórica alguna para acometer a un desventurado católico: cualquier ocasión es propicia».<sup>2</sup> El contexto europeo no es más favorable para la Iglesia: «Desde el punto de vista humano, el Papa se encuentra a merced de sus enemigos, prisionero en su propio palacio.»<sup>3</sup> Es el siglo del liberalismo.

En esta situación, el anciano obispo trata de hacer comprensibles a sus compatriotas los decretos del concilio, demostrando que el Papa no sólo no coarta la libertad de conciencia, sino que es su principal garante. Con este propósito, explica el sentido de su autoridad, de la infalibilidad, y desarrolla la doctrina sobre la conciencia rectamente entendida. Estos dos temas –la autoridad del Papa y la concepción católica de la conciencia– son los ejes fundamentales de la obra, a los que nos ceñiremos en este artículo, dejando a un lado otras cuestiones que podrían señalarse.

## La autoridad del Papa es la autoridad de la Iglesia

**P**OR qué hay que obedecer al Papa? Newman aprende como uno de los principios del Movimiento de Oxford que la Iglesia es una creación divina, «no de los hombres, ni hecha por el hombre, sino por Jesucristo»,<sup>4</sup> es el Arca de la Salvación, el Oráculo de la Verdad, la Esposa de Cristo; posee un mensaje para todos los hombres de cualquier lugar y tiene derecho a su amor y obediencia.

Pues bien, esta obra de origen divino que los miembros del Movimiento de Oxford reconocían en la Iglesia primitiva, es la actual Iglesia de Roma cuya cabeza es el Papa. «Las prerrogativas que tenía la Iglesia bajo el Poder romano son las que reclama ahora, y las que nunca podrá abandonar; reclama esos derechos no por haberlos recibido de un Imperio muerto sino por ser herencia directa de su Señor Divino y resultado legítimo de ese legado.»<sup>5</sup>

Para Newman, el Papa es el heredero directo de la jerarquía ecuménica del siglo IV, y solamente en él y en su entorno se encuentran los derechos, prerrogativas y deberes que identificamos con el Reino que Cristo inauguró. Continúa diciendo: «Que el Parlamento nos trate con toda la dureza que quiera; no creeríamos en la Iglesia si no creyésemos en su cabeza visible. Es así; el tiempo ha cumplido la profecía y la promesa: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo”».<sup>6</sup>

La Iglesia, y el Papa como su cabeza, en virtud de su origen y misión divinos, tienen un atributo que no depende de su situación temporal o de su posición respecto al mundo: la Soberanía. «Lo mismo que Dios tiene soberanía, aunque pueda ser desobedecido o rechazado, así también la tiene su Vicario en la tierra.»<sup>7</sup> Por eso, la autoridad del Papa es la autoridad de la Iglesia. Con toda razón señala Newman que cuando desde el poder civil se mani-

1. Newman, J. H.: *Carta al duque de Norfolk*, Madrid, Rialp, 2005.

2. Idem, p. 33.

3. Idem, p. 57.

4. Idem, pp. 44 – 45.

5. Idem, p. 51.

6. Idem, p. 51.

7. Idem, p. 59.

fiesta aversión hacia el Papa, el motivo de la aversión no es la existencia de un Papa sino de una Iglesia. Esta reflexión ayuda a entender lo que ocurre en nuestros días: el odio a la Iglesia que se esconde detrás de los continuos ataques mediáticos a la figura del Papa.

Newman, observando los primeros siglos de la Iglesia y el nacimiento de la Cristiandad, va aún más lejos, al afirmar: «Si la Iglesia es independiente del Estado, en tanto que es la Mensajera de Dios, el Estado, con sus altos funcionarios y su población, al acercarse a su comunión y creencias, obviamente debe cambiar su hostilidad por sumisión. No hay término medio; o se niega su origen divino, o hay que humillarse ante ella —en cuanto abarca el ámbito de la religión, reino no pequeño».<sup>8</sup>

La pretensión de Mr. Gladstone, presente en tantos políticos a lo largo de la historia, especialmente en la Inglaterra anglicana, no es otra que la someter todo, incluso la religión, al Estado. Cuando desde el poder político se reprocha a los cristianos de someter su conciencia a otro —al Papa y, en definitiva, a Dios—, lo que se lamenta es que no sometan su conciencia al Estado. Pero, como señala Newman, si algo ha caracterizado a los cristianos desde el principio, es su libertad respecto al poder civil, al no reconocerlo como autoridad última sobre la tierra. De ahí la proliferación de mártires en los primeros siglos. Porque aunque los cristianos deben obedecer a las autoridades y ser leales a su patria, tienen siempre presente que «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.»

## La infalibilidad

EN relación con la autoridad del Papa está la cuestión de la infalibilidad. La definición de este dogma en el Concilio Vaticano I fue objeto de una intensa polémica, en la cual participó el cardenal Newman. El objeto de debate no era la doctrina, que contaba con el favor general, sino la oportunidad de la promulgación. Si antes de la misma Newman manifestó sus reservas, después de la definición no tuvo inconveniente en posicionarse claramente en plena comunión con la Iglesia: «Las protestas de unos ochenta o noventa en contra del sentimiento de una vastísima mayoría, no se dirigieron contra la verdad de la doctrina que allí se definió, sino contra el hecho o lo oportuno de su definición. En lo que a mí atañe, no me parece inoportuna la declaración, pues los tiempos y las estaciones sólo Dios los conoce, y la persecución puede ser tan oportuna

—aunque no sea tan agradable— como la paz; ni, al aceptar como dogma lo que siempre tuve como hecho cierto, podría hacer violencia a cualquiera de mis opiniones o conclusiones teológicas».<sup>9</sup>

Ante el escándalo de los protestantes y de muchos católicos, Newman explica en la *Carta al duque de Norfolk* el contenido de la definición. En la bula *Pastor aeternus* se declara que «el Papa goza de la misma infalibilidad que la Iglesia.» ¿En qué consiste la infalibilidad? La infalibilidad del Magisterio significa que el Maestro está libre de error en lo que enseña.

Cuando Nuestro Señor iba a irse de la tierra, dio a sus Apóstoles el gran encargo de enseñar a los que se convirtieron a guardar «todas las cosas que os he enseñado». Y añadió: «Mirad que estaré con vosotros siempre, hasta el fin del mundo». Se les impuso el deber de enseñar las palabras de su Maestro, un deber que no podrían cumplir con fidelidad a no ser con el auxilio del mismo Cristo, de ahí la promesa de estar con ellos para que pudieran llevarlo a cabo, más allá de la desaparición de los Apóstoles, «hasta la consumación del mundo.» Por tanto, la doctrina de la infalibilidad es fruto de la progresiva indagación a lo largo de los siglos en el sentido de los textos de la Escritura.

A nivel práctico, Newman ofrece algunos criterios para saber qué enseñanzas son infalibles: «Por “enseñanza de la Iglesia” se entiende no la enseñanza de tal o cual obispo sino sus voces unánimes, y un Concilio es la forma que la Iglesia debe adoptar para que todos los hombres reconozcan que ella está enseñando algo en un punto concreto. De igual manera, el Papa debe presentarse ante nosotros de una forma o con un gesto especial para que entendamos que está ejerciendo su poder y oficio de enseñar. Esa forma se llama *ex cathedra*. (...) El Papa habla *ex cathedra* o infaliblemente cuando habla: 1º Como Maestro universal; 2º, en nombre y con la autoridad de los Apóstoles; 3º, sobre algún asunto de fe y costumbres; 4º, con la intención de obligar a los miembros de la Iglesia a aceptar y creer en su decisión.»<sup>10</sup>

Es importante tener en cuenta también que «puesto que el proceso de definir la verdad es humano, está sujeto a error; lo que la Providencia ha garantizado es sólo que no habrá error en el paso final, en la definición o dogma resultante».<sup>11</sup>

Cuando lo que el Papa enseña es un precepto moral, para que sea infalible debe estar tomado de la ley moral, es decir, «debe referirse a cosas buenas o malas en sí mismas» (el Papa no puede enseñar nada

8. Idem, p. 46.

9. Idem, pp. 40-41.

10. Idem, pp. 106-107.

11. Idem, p. 107.

contrario a la ley moral). Además, debe referirse a aspectos necesarios para nuestra salvación y debe dirigirse a todo el mundo.

Por último, Newman recuerda que la infalibilidad se manifiesta de dos maneras: declaraciones explícitas de verdades y condenas de proposiciones heréticas, próximas a la herejía o erróneas.

Ante el hecho de la declaración, Newman es particularmente sensible a la falta de delicadeza que percibe en algunos sectores de la Iglesia que a su parecer utilizan la definición como arma arrojada. Proveniente del anglicanismo, Newman siente compasión por las conciencias débiles que puedan resentirse como consecuencia de esas actitudes. No obstante, no deja de recordar que «ser buen católico implica tener una generosa lealtad hacia la autoridad eclesiástica y aceptar la enseñanza con lo que se llama *pietas fidei*». <sup>12</sup>

### La conciencia, mensajera de Dios

**E**N su concepción de la conciencia, Newman se apoya en san Agustín y santo Tomás. Dios Creador implantó la ley divina en la inteligencia de las criaturas racionales; la ley natural es una impresión de la luz divina en nosotros, una participación de la ley eterna en la criatura racional. La conciencia es la ley natural en tanto que aprehendida por la mente de cada hombre, y por tanto, en palabras de Newman, «la conciencia es la voz de Dios<sup>13</sup> (...) el más genuino Vicario de Cristo.»<sup>14</sup> De ahí la grave obligación de obedecer a la conciencia.

Este planteamiento católico se opone radicalmente a la idea moderna de que la conciencia es creación del hombre. Actualmente, «cuando los hombres invocan los derechos de la conciencia, no quieren decir para nada los derechos del Creador ni los deberes de la criatura para con Él. Lo que quieren decir es el derecho de pensar, escribir, hablar y actuar de acuerdo con su juicio, su temple o su capricho, sin pensamiento alguno de Dios en absoluto.»<sup>15</sup> La libertad de conciencia para el hombre moderno es la autonomía absoluta de la voluntad individual. Como hemos visto, no tiene nada que ver con su auténtico sentido, el sentido que defiende Newman y que enseña la Iglesia católica:

«En lo más profundo de su conciencia el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, llamán-

dole siempre a amar y a hacer el bien y a evitar el mal [...]. El hombre tiene una ley inscrita por Dios en su corazón [...]. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella» (GS 16).

El cardenal Ratzinger en el discurso pronunciado el 28 de abril de 1990<sup>16</sup> con ocasión del centenario de la muerte del gran cardenal inglés, se refirió a la influencia que esta doctrina tuvo en su propia formación intelectual:

«La doctrina de Newman sobre la conciencia se convirtió para nosotros en el fundamento de aquel personalismo teológico que nos atrajo a todos con su encanto. Nuestra imagen del hombre, así como nuestra concepción de la Iglesia, se vieron marcadas por este punto de partida. Habíamos experimentado la pretensión de un partido totalitario que se consideraba la plenitud de la historia y que negaba la conciencia del individuo. Hermann Goering había dicho de su jefe: «¡Yo no tengo ninguna conciencia! Mi conciencia es Adolf Hitler». La inmensa ruina del hombre que derivó de esto, estaba ante nuestros ojos.

Por eso, para nosotros era un hecho liberador y esencial saber que el «nosotros» de la Iglesia no se basaba en la eliminación de la conciencia sino que sólo podía desarrollarse a partir de la conciencia. Precisamente porque Newman explicaba la existencia del hombre a partir de la conciencia, es decir, en la relación entre Dios y el alma, era también claro que este personalismo no representaba ninguna concesión al individualismo y que el vínculo con la conciencia no significaba ninguna concesión a la arbitrariedad; más aún, que se trataba precisamente de lo contrario.»

### ¿Cuándo pueden entrar en conflicto la conciencia y la autoridad del Papa?

**P**ARA Newman, dado que la conciencia «es el juicio práctico mediante el cual juzgamos lo que aquí y ahora debe hacerse por ser bueno o evitarse por ser malo», no puede entrar en colisión con la Infalibilidad de la Iglesia o del Papa, que siempre se refiere a verdades de tipo general y a la condena de errores concretos. La conciencia sólo puede entrar en conflicto con la autoridad del Papa cuando éste legisla o da órdenes particulares, pero un Papa no es infalible en sus leyes ni en sus órdenes ni en

12. Idem, p. 109.

13. Idem, p. 73.

14. Idem, p. 74.

15. Idem, p. 75.

16. Cardenal Ratzinger: Discurso pronunciado el 28 de abril de 1990 con ocasión del centenario de la muerte de Newman. Disponible en <http://www.zenit.org/articulo-36507?l=spanish>

sus actos de Estado, ni en su administración, ni en su actuación política. Por tanto, la conciencia nunca es incompatible con la infalibilidad, sino en todo caso, puede entrar en conflicto con una orden particular de un Papa.<sup>17</sup>

¿Existe el derecho a oponerse a la suprema, aunque no infalible, autoridad del Papa, en estos casos? «A menos que una persona sea capaz de decirse a sí misma en la presencia de Dios que no puede, que no debe obedecer el mandato del Papa, está obligada a obedecerlo, y cometería un gran pecado si lo desobedeciera. *Prima facie* es deber suyo ineludible, incluso desde un sentido de la lealtad, creer que el Papa está en lo cierto y actuar en consecuencia.»<sup>18</sup>

El Papa nunca puede hablar o actuar contra la conciencia, porque «su función misma consiste en formular, conservar y hacer cumplir las verdades que el Legislador Divino ha sembrado en nuestra misma naturaleza, ayudando a quienes sienten la insuficiencia de la luz natural».<sup>19</sup> Aunque todos los hombres tienen inscrita la ley natural, el pecado original dificulta su correcta interpretación y debilita la conciencia del bien y del mal. Por eso, la Revelación complementa la naturaleza, aunque es distinta y va más allá de ella. Un ejemplo concreto en el que se puede entender esto fácilmente es en el tema del matrimonio.

El matrimonio es indisoluble por naturaleza, pero cuando el Señor condena el divorcio, los judíos se escandalizan, ya que Moisés lo había permitido. «Por la dureza de vuestro corazón permitió Moisés que repudiara a vuestras mujeres, pero al principio no era así.» (Mt 19,8) *Al principio*, significa que Nuestro Señor restaura algo que estaba en la ley natural, pero que se había olvidado o corrompido, y además va a elevarlo por la gracia a la condición de sacramento, a un orden sobrenatural. El Papa, cuya misión procede de la Revelación, no tiene poder sobre la naturaleza, sino que debe defenderla y ayudar a los hombres a interpretarla bien. En el discurso citado, el cardenal Ratzinger lo expresó con estas palabras:

«De Newman aprendimos a comprender el primado del Papa: la libertad de conciencia no se identifica, de hecho, con el de derecho de «dispensarse de la conciencia, de ignorar al Legislador y Juez, y de ser independientes de los deberes invisibles». De este modo, la conciencia, en su significado auténtico, es el verdadero fundamento de la autoridad del Papa. De hecho, su fuerza viene de la Revelación, que completa la conciencia natural iluminada de ma-

nera sólo incompleta, y «su *raison d'être* es la de ser el campeón de la ley moral y de la conciencia».

## Abrazar la verdad

EL camino del cardenal Newman fue un camino de fidelidad a la conciencia y de obediencia a la verdad. Como recordó el Santo Padre Benedicto XVI en la vigilia de oración para la beatificación el pasado 18 de septiembre,<sup>20</sup> el mismo «Newman describe el trabajo de su vida como una lucha contra la creciente tendencia a percibir la religión como un asunto puramente privado y subjetivo, una cuestión de opinión personal. He aquí la primera lección que podemos aprender de su vida: en nuestros días, cuando un relativismo intelectual y moral amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad, Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres a imagen y semejanza de Dios, fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas. En una palabra, estamos destinados a conocer a Cristo, que es «el camino, y la verdad, y la vida» (Jn 14,6)».

La búsqueda de la verdad en Newman fue una tarea intelectual y moral, en el que la conciencia, la «voz de Dios», jugó un papel protagonista. Tanto su trabajo intelectual como su misión sacerdotal estuvieron orientadas a seguir la llamada de Jesucristo y a servir a la Iglesia, aun a costa de muchos sacrificios. Por eso la Iglesia al beatificarlo lo propone como modelo y nos invita a vivir como él. «Newman nos enseña que si hemos aceptado la verdad de Cristo y nos hemos comprometido con él, no puede haber separación entre lo que creemos y lo que vivimos. Cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras deben buscar la gloria de Dios y la extensión de su Reino. Newman comprendió esto, y fue el gran valedor de la misión profética de los laicos cristianos. Vio claramente que lo que hacemos no es tanto aceptar la verdad en un acto puramente intelectual, sino abrazarla en una dinámica espiritual que penetra hasta la esencia de nuestro ser. Verdad que se transmite no sólo por la enseñanza formal, por importante que ésta sea, sino también por el testimonio de una vida íntegra, fiel y santa; y los que viven en y por la verdad instintivamente reconocen lo que es falso y, precisamente como falso, perjudicial para la belleza y la bondad que acompañan el esplendor de la verdad, *veritatis splendor*.»

17. Newman, J. H.: *Op. cit.*, pp. 79 – 80.

18. Idem, p. 81.

19. Idem, p. 77.

20. Benedicto XVI en la vigilia de oración para la beatificación del cardenal Newman, 18 de septiembre de 2010. Disponible en <http://www.zenit.org/articulo-36607?l=spanish>

## El cardenal Newman habla a los jóvenes sobre el Rosario\*

[...] hoy celebramos la fiesta del Santo Rosario, y me propongo deciros lo que pienso sobre este gran tema. Ya sabéis cómo esta devoción se inició; cómo, en momentos en que la herejía estaba muy extendida y había llamado en su ayuda a multitud de sofismas, que tan poderosamente cooperan con la infidelidad en contra de la religión, Dios inspiró a santo Domingo el instituir y difundir esta devoción. Parece tan simple y fácil, pero ya sabéis que Dios escoge las cosas pequeñas del mundo para humillar a los grandes. Por supuesto que fue en primer lugar para los pobres y sencillos, pero no para ellos solamente, pues todos los que han practicado esta devoción saben que hay en ella una suave dulzura que no se encuentra en ninguna otra cosa. Es difícil conocer a Dios por nuestro propio poder, porque Él es inabarcable. Para empezar, Él es invisible y por lo tanto inabarcable. Podemos de algún modo conocerle, pues incluso entre los paganos hubo algunos que habían aprendido muchas verdades acerca de Él; pero incluso ellos tuvieron dificultades para conformar sus vidas al conocimiento que tenían de Él. Y así, en su misericordia, nos ha dado una revelación de sí mismo al venir entre nosotros, para ser uno de nosotros, con todas las relaciones y las cualidades de la humanidad, para así rescatarnos. Bajó de los cielos y habitó entre nosotros, y murió por nosotros. Todas estas cosas están en el Credo, que contiene las principales cosas que Él nos ha revelado acerca de sí mismo. Ahora bien, el gran poder del Rosario se encuentra en esto, que hace del Credo una oración; por supuesto que el Credo ya es en cierto sentido una oración y un gran acto de homenaje a Dios, pero el Rosario nos da las grandes verdades de su vida y muerte para que las meditemos, y las lleva más cerca de nuestros corazones. Y así contemplamos todos los grandes misterios de su vida y su nacimiento en el pesebre, y lo mismo los misterios de su sufrimiento y su vida glorificada. Pero incluso los cristianos, con todo su conocimiento de Dios, tienen por lo general más respeto que amor hacia Él, y la virtud peculiar del Rosario está en la forma especial en la que contempla estos misterios, porque con todos los pensamientos sobre Él se mezclan todos nuestros pensamientos sobre su Madre, y en las relaciones entre la Madre y el Hijo se nos pone ante nosotros la Sagrada Familia, el hogar en el que Dios vivía. Ahora bien, la familia es, hasta considerada humanamente, una cosa sagrada, ¿cuánto más la familia unida por lazos sobrenaturales, y, sobre todo, aquella en la que Dios habitó con su Santísima Madre? Esto es lo que más me gustaría que recordarais en los años

futuros. Pues todos vosotros tenéis que salir al mundo y salir al mundo significa salir de casa, y, queridos niños, vosotros no sabéis lo que es el mundo hoy en día. Vosotros miráis con ilusión el momento en que saldréis al mundo y os parece muy brillante y lleno de promesas. No es malo que esperéis con ilusión ese momento, pero la mayoría de los hombres que conocen el mundo saben que es un mundo repleto de grandes problemas y desilusiones, e incluso de miseria. Si resulta así para vosotros, buscad un hogar en la Sagrada Familia que contempláis a través de los misterios del Rosario. Los niños en edad escolar conocen la diferencia entre la escuela y el hogar. A menudo escuchan a los mayores decir que la época más feliz de su vida fue la que pasaron en la escuela; pero cuando iban a la escuela tenían una época aún más feliz, que era cuando volvían a sus hogares; esto muestra que hay un bien en el hogar que no se puede encontrar en otros lugares. Así que incluso si el mundo real resultara ser todo lo que ahora esperáis de él, si os proporciona todo lo que podríais desear, aun así deberíais tener en la Sagrada Familia un hogar con una santidad y una dulzura como no se puede encontrar en otros lugares. Esto es, queridos niños, lo que os pido con toda la seriedad posible. Os pido que al salir al mundo, como pronto haréis, hagáis de la Sagrada Familia vuestro hogar, al que podáis volver después de todo el dolor del mundo y encontrar allí consuelo, compensación y un refugio. Y esto lo digo, no como si fuera a hablar con vosotros otra vez, no como si yo tuviera por mí mismo alguna autoridad sobre vosotros, sino con la autoridad del Santo Padre, cuyo representante soy, y con la esperanza de que en el futuro se recordará que he estado entre vosotros y os dije esto. Y cuando hablo de la Sagrada Familia no me refiero a Nuestro Señor y Nuestra Señora solamente, sino también a san José; porque como no podemos separar a Nuestro Señor de su Madre, del mismo modo no podemos separar a san José de ambos, pues ¿quién sino él era su protector en todas las escenas de la vida temprana de Nuestro Señor? Y con José debemos incluir a santa Isabel y a san Juan, de quienes pensamos naturalmente que son parte de la Sagrada Familia. Que vosotros, queridos jóvenes, encuentréis a lo largo de vuestra vida un hogar en la Sagrada Familia, la casa de Nuestro Señor y su Santísima Madre, de san José, de santa Isabel y de san Juan.

\*Predicado en Oscott College, el domingo 5 de octubre de 1879. *Sayings of cardinal Newman*, Editor anónimo, London, Burns & Oates, Ltd, New York: Catholic Publication Society Co., pp. 44-46.

# El «syllabus» de Newman

(De *Apologia pro vita sua*)

**T**ERMINO esta nota sobre el liberalismo de Oxford y sobre el partido antagonista del mismo, consignando algunas opiniones que, como miembro de ese partido y de acuerdo con la *High Church*, denuncié y abjuré completamente

Todas estas proposiciones, y otras más, me han sido familiares treinta años ha como partes de los principios del liberalismo. A ninguna de ellas me adherí antes de comenzar a escribir, a excepción de la 12, acaso también la 11 y parcialmente la 1; posteriormente escribí contra la mayor parte de ellas en una parte u otra de mis obras anglicanas.

Si es menester referirme a una obra que no es simplemente mía, sino de la escuela tractariana, que contiene una protesta semejante, mentaría la *Lyra apostolica*. Este libro, que, *per accidens*, ha quedado sin mentar en mi narración, si no es incidentalmente, fue coleccionado de páginas de *British Magazine*, en que aparecieron originariamente sus te-

mas, y publicado separada e inmediatamente después de la muerte de Hurrell Froude en 1836. Sus firmas a,b,c,d,e,f (están escritas en griego), indican, respectivamente, como autores: el señor Bowden, el señor Hurrell Froude, el señor Keble, el señor Newman, el señor Robert Wilberforce y el señor Isaac Williams.

Hay un poema sobre «Liberalismo» que comienza: «No podéis dividir por la mitad el evangelio de la gracia de Dios», y excluye el liberalismo como lo acabo de escribir. Otro poema habla de «la edad por venir» y define desde su propio punto de vista la postura y perspectiva del liberalismo.

Huelga decir que esta nota es principalmente histórica. Haría falta una disertación aparte para explicar con algún pormenor hasta qué punto sostuvo el partido liberal de 1830-1840 las 18 tesis que yo le he atribuido, y hasta qué punto y en qué sentido me opondría ahora a ellas.

1. Ninguna creencia religiosa es importante, a menos que la razón demuestre que lo es.

*De donde se sigue, por ejemplo, que la doctrina del símbolo atanasiano no merece ser objeto de fe, a no ser que tienda a convertir al alma; ni debe, por el mismo caso, insistirse sobre la doctrina de la re-dención si no convierte al alma.*

2. Nadie puede creer lo que no entiende.

*De donde se sigue, por ejemplo, que no hay misterios en la verdadera religión.*

3. Ninguna doctrina teológica es otra cosa que una opinión sostenida por grupos de hombres.

*De donde se sigue, por ejemplo, que ningún credo es necesario para la salvación.*

4. Es deshonoroso para un hombre hacer un acto de fe sobre algo que no le ha sido efectivamente demostrado.

*De donde se sigue, por ejemplo, que la mayoría de los hombres no deben creer de manera absoluta la autoridad divina de la Biblia.*

5. Es inmoral en un hombre creer más de lo que espontáneamente acepta como congénito con su naturaleza moral e intelectual.

*De donde se sigue, por ejemplo, que un sujeto dado no está obligado a creer en las penas eternas.*

6. Ninguna doctrina o precepto revelado puede oponerse razonablemente a las conclusiones científicas.

*De donde se sigue, por ejemplo, que la economía política puede echar por el suelo las declaraciones de nuestro Señor sobre pobreza y riqueza, o que un sistema de ética puede enseñar que la más alta condición corporal es de ordinario esencial para el más alto estado de espíritu.*

7. El cristianismo ha sido necesariamente modificado por el crecimiento de la civilización y las exigencias de los tiempos.

*De donde se sigue, por ejemplo, que el sacerdocio católico, necesario en la Edad Media, puede suprimirse actualmente.*

8. Hay un sistema de religión más sencillo y verdadero que el cristianismo tal como ha sido aceptado siempre.

*De donde se sigue, por ejemplo, que el cristianismo ha sido el «grano de trigo», muerto durante mil ochocientos años, que por fin dará fruto, y que el mahometanismo es la religión de los hombres, y el cristianismo actual la religión de las mujeres.*

9. Existe el derecho al juicio privado, es decir, no existe sobre la tierra autoridad competente para

impedir la libertad de los individuos en razonar y juzgar por sí mismos sobre la Biblia y su contenido, tal como les pluguiere.

*De donde se sigue, por ejemplo, que las Iglesias establecidas que exigen aceptación de sus dogmas son anticristianas.*

10. Hay derechos de conciencia tales que cualquiera puede legítimamente pretender enseñar lo falso y malo en materias religiosas, sociales y morales con tal de que, en su conciencia privada, le parezca absolutamente verdadero y recto.

*De donde se sigue, por ejemplo, que puede haber derecho a predicar y practicar la fornicación y la poligamia.*

11. No hay nada que se parezca a una conciencia nacional o del Estado.

*De donde se sigue, por ejemplo, que ningún juicio puede caer sobre una nación pecadora e infiel.*

12. El poder civil no tiene deber positivo, en un estado normal de cosas, de mantener la verdad religiosa.

*De donde se sigue que la blasfemia y la infracción del domingo no son legítimamente punibles por la ley.*

13. La utilidad y conveniencia son la medida del deber político.

*De donde se sigue que ningún castigo puede infligirse por razón de que Dios lo mande, por ejem-*

*plo: «Quien derramare la sangre de un hombre, morirá a mano de hombre».*

14. El poder civil puede disponer, sin cometer sacrilegio, de los bienes de la Iglesia.

*De donde se sigue, por ejemplo, que Enrique VIII no pecó en su despojo.*

15. El poder civil tiene derecho a la jurisdicción y administración eclesiástica.

*De donde se sigue, por ejemplo, que el Parlamento puede imponer artículos de fe a la Iglesia o suprimir diócesis.*

16. Es lícito levantarse en armas contra los príncipes legítimos.

*De donde se sigue, por ejemplo, que los puritanos en el siglo xvii y los franceses en el xviii son justificables en su rebelión y revolución, respectivamente.*

17. El pueblo es la fuente legítima del poder.

*De donde se sigue que el sufragio universal es uno de los derechos naturales del hombre.*

18. La virtud es hija de la ciencia, y el vicio, hijo de la ignorancia.

*De donde se sigue, por ejemplo, que la educación, los periódicos, los viajes en tren, la ventilación, la higiene de la calle y las artes útiles a la vida, cuando llegan a su perfección, sirven para hacer a una población moral y feliz.*

## La batalla contra el liberalismo



Mi batalla era contra el liberalismo; y por liberalismo entiendo el principio antidogmático y sus consecuencias... Desde los quince años, el dogma ha sido el principio fundamental de mi religión. No conozco otra; no puedo hacerme a la idea de otra especie de religión; la religión como mero sentimiento es para mí un sueño y una burla. Sería como haber amor filial sin la realidad de un padre, o devoción sin la realidad de un ser supremo...

JOHN HENRY NEWMAN:  
*Apología pro vita sua*

# Fe y razón en Newman

LAURA INDART

**E**L cardenal Newman ha sido un regalo de Dios para la Iglesia y para todos los hombres. Él mismo sentía que Dios llama a cada persona para una misión diferente a la de los demás y por eso cada uno de nosotros ha de entregarse a esa llamada divina. Y Dios quiso para él que con su ejemplo de vida fuera luz para muchos cristianos.

En la época en la que vivió Newman (1801-1890) la sociedad se hallaba disgregada entre corrientes racionalistas y fideístas. Por diferentes circunstancias, como la filosofía reinante entre otras, las certezas que tenía la sociedad parecían derrumbarse. La única salida que encontraban muchos para mantener viva su fe era mantenerse en una actitud fideísta, rechazando buscar una racionalidad de la fe y desligándose de la historia y del mundo. El racionalismo, por el contrario, en su ansia de autosuficiencia, produjo la separación entre la autoridad y la razón, y entre ésta y la trascendencia, fundamento de toda autoridad.

En palabras de Juan Pablo II, en ese mundo, Newman llegó finalmente a una notable síntesis entre fe y razón, que eran para él «como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad». Esta labor no era fácil en el panorama social que rodeaba al beato, pero él mantuvo siempre una actitud de búsqueda sincera de la verdad, que le llevó no sólo y principalmente a su conversión al catolicismo, sino a lograr esta síntesis de la que hablamos.

Newman realizó uno de los mejores análisis sobre el acto de fe y su carácter razonable. Y lo hizo desde su propia vida pues, siendo como era él un intelectual, al convertirse al catolicismo no podía menos que dedicarse a pensar y repensar la relación entre la fe y la razón. Se puede decir que ya tenía fe cuando era anglicano y por eso no hizo falta que se convirtiera al catolicismo para que comenzara a estudiar esta relación, pero esto no sería cierto. Según Newman, solo el catolicismo tiene una noción verdadera de la fe.

En el libro *Discursos sobre la fe*, Newman dedica varios discursos muy iluminadores a la cuestión de la razón y la fe. Para comenzar, explica una diferencia fundamental entre *decir* y *ver*. Por el pecado, perdimos la unidad de cuerpo y alma en la que Dios nos había creado. Una de las consecuencias de esto fue la «ceguera espiritual». Pero Cristo nos devuelve la gracia y por ello, si bien antes de estar en gra-

cia los hombres pueden conocer las cosas, razonar sobre ellas, incluso obtener conclusiones verdaderas, sin embargo viviendo en gracia el hombre puede ver las realidades espirituales. Cuando Pedro confesó que Jesús era el Hijo de Dios Vivo sin que Jesús se lo hubiera dicho, fue porque Dios se lo hizo ver.

Muchos se preguntarán por qué si podemos conocer bien muchas cosas del orden natural gracias a nuestra razón, en el plano de las verdades religiosas tenemos que admitir que no las conocemos plenamente. La respuesta de Newman es clara: aunque uno tenga ojos para ver –o tenga la razón para conocer– si no hay luz –o si no hay gracia– no puede ver. Sin la gracia podremos pensar sobre Dios, conocerlo como Causa Primera, pero no podremos conocerle, no podremos verle, ni vivir una vida de Amor con Él. ¿Por qué? Por la herida del pecado original y porque las realidades sobrenaturales superan las naturales. Para iluminarnos sobre esto, el cardenal pone el ejemplo de un ciego: con sus otros sentidos, puede tocar, oler, escuchar. De tal modo que, si le preguntamos sobre algo, él puede hablarnos bien sobre ello, darnos datos, porque tiene mucha información al respecto. Pero, en realidad, no ve: habla sólo desde la razón, de tal modo que si comete el mínimo fallo en lo que dice, cualquiera advertirá que no era verdadero conocimiento el que tenía.

Puede suceder que una persona saque conclusiones de alto nivel teológico sin tener fe, simplemente desde un silogismo racional. Por ejemplo, podrá saber que el pecado desagrade a Dios profundamente puesto que Jesús sufrió por culpa del pecado; podrá incluso explicar toda la fe católica. Aunque parezca que la razón está en este caso al servicio de la fe, en realidad no hay tal fe, hay conclusiones racionales, partiendo de datos conocidos de la Revelación que cualquiera puede conocer. Así lo resume Newman: «La gracia cree; la razón opina. La gracia engendra certeza; la razón permanece indecisa».

Según el beato Newman, la mayoría de los católicos no tienen verdadera fe; por eso, su actitud hacia ciertos artículos del Credo se reduce a una opinión: los aceptan porque les convencen pero no porque son venidos de Dios y haya que creerlos sin dudar. Por eso mismo, muchos dicen que es más perfecto mantener siempre un estado de duda, como si fuera señal de salud religiosa al significar que uno permanece siempre en la búsqueda de la verdad. Y

no es así. Cuando uno cree, no hay lugar para la duda. Y cuando duda, no está creyendo.

Newman explica el hecho de tener fe de un modo muy sencillo: uno tiene fe porque tiene la disposición interior para tenerla. En una frase que puede parecer paradójica dice «Los hombres no se hacen católicos sencillamente porque no tienen fe». Aquí Newman caracteriza la fe como un hábito, un modo de ser, por el que podemos aceptar el contenido de la fe, por el que estamos dispuestos a aceptar la revelación de Dios. Y, en opinión de Newman, casi nadie en su país en el momento en que escribe sus discursos tiene este hábito, esta virtud.

En la vida ordinaria, creemos en las palabras de alguien tras ponerlas a prueba, ver si son coherentes, y les damos un mayor o menor grado de aceptación según lo que nos parezca. Pero con la fe en Dios no pasa lo mismo. Dios no puede engañarse ni engañarnos; por tanto, si creemos en Él, no hay dudas al respecto ni ponemos a prueba sus palabras. Es decir, no creemos más o menos porque haya más razonamientos convincentes ni una demostración matemática de lo creído, sino que creemos, porque Dios ha hablado y es veraz.

Los que escuchaban a los Apóstoles les creían por eso, porque sabían que Dios hablaba por ellos, no porque al analizar sus palabras les convenciera su argumentación. Lo que hacían los creyentes era someter su intelecto a lo que escuchaban y no ponían objeciones a lo que decían los Apóstoles. Aceptaban además toda la Revelación, no una parte. No lo examinaban y escogían según su juicio lo más convincente porque, si era Dios quien hablaba por ellos, había que aceptarlo todo. Y si no era Dios entonces no había nada que creer.

Los protestantes saben perfectamente que el concepto católico de fe es muy diferente al suyo, pues no se llega a la fe por razonamientos sino sencillamente por fe; por un don de Dios que no se somete a prueba. Por eso, cuando se producen conversiones de protestantes a católicos y la persona convertida muestra una certeza serena e indiscutible, porque sabe cómo es el concepto católico sobre la fe —absoluto—, muchos católicos se asustan y lo rechazan por considerarlo una especie de fanatismo y fruto de un mal proceso de conversión. Como si mostrarse firme en la fe no fuera bueno. Newman protesta contra esto: «¿Fue confianza o duda, celo o frialdad, decisión o irresolución, lo que distinguió a los mártires en los tiempos primeros de la Iglesia? La religión de Cristo no se propagó mediante argumentos filosóficos, sino por impulso de la fe y el amor. Mirad a los primeros mártires. Eran muchachos, doncellas, soldados y esclavos corrientes; una multitud de gente joven y tozuda, que habría vivido para hacerse prudente, de no haberse empeñado primero en morir;

eran cristianos que rasgaban manifiestos imperiales, desafiaban a sus jueces, no descansaban hasta encontrarse en la jaula de un león, y si eran expulsados de una ciudad comenzaban a predicar en otra. Esto decía el mundo ciego sobre aquellos que contemplaban al Dios invisible».

Muchas personas no pueden creer que otros tengan fe porque ellos son incapaces de tenerla. Creen que los que se dicen creyentes, en realidad están convencidos por la mayor o menor utilidad de lo que profesan, pero no pueden aceptar que tengan una fe absoluta e inamovible. Es quizás el miedo ante las amenazas de condenación lo que hace que los católicos tomemos como un pesado fardo el dogma de la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Si la fe en tiempo de los Apóstoles era someter nuestro juicio a lo que decían los Apóstoles con su autoridad venida del mismo Dios, es como tiene que ser ahora. Y si no es así —inamovible, firme—, no es fe católica.

Los protestantes no tienen fe según su significado original. Porque tener fe significa no poner en duda lo creído y esto, en el mundo protestante, es señal de vivir mal la religión, es señal de debilidad, de una sumisión humillante. Newman afirma que cuando alguien tiene fe, no cambia de opinión. Esta noción de fe lo único que provoca a un protestante es burla, pues lo importante es el juicio privado y no lo que diga un Papa o un Concilio. Pero en realidad a estas personas les falta fe, la disposición de creer.

En palabras de Newman: «De hecho no la tenéis. El grueso de la nación no la tiene. Reconocedlo, y confesad luego que éste es el motivo por el que no sois católicos. No sois católicos porque no tenéis fe. ¿Por qué los ciegos no ven el sol? Porque no tienen ojos. Es igualmente vano discursar sobre la belleza y santidad de la doctrina y culto católicos cuando no se tiene fe para aceptarlos como divinos».

Para tener fe, no hay que alimentar dudas contra ella. No es mejor tener la posibilidad de dudar de una verdad revelada por Dios, no es un bien poder dudar de la Encarnación del Hijo de Dios. Si dudo, no creo, no tengo fe en el sentido verdadero de la palabra.

La fe no va contra la lógica humana, es un acto intelectual en el que el hombre afirma lo que cree y lo afirma con todo su ser. Es afirmar algo sin dudar. Y en esto queda comprometida la razón, pero también la imaginación, los sentimientos y todo el ser personal. Y el amor que tiene el creyente y el Amor de Dios con el que se sabe amado es el que hace que la fe se mantenga íntegra, puesto que si Dios se entregó por nosotros, ¿cómo puede uno desear la posibilidad de dudar de Él?

Además, como todo procede de Dios y va hacia Dios, nada de lo que un creyente cree supone un

ataque a su racionalidad; más bien al contrario: encuentra paz y descanso en la consideración de las verdades divinas. Es la fuente de la paz interior, de la libertad, de la alegría...

Esto no anula la inteligencia del hombre, puesto que lo que está afirmando Newman no es que prestemos un asentimiento de tal modo que reneguemos de nuestra naturaleza racional: no, y no hay que tener miedo de buscar la verdad puesto que, bien buscada, la razón iluminada por la fe siempre nos llevará a Dios y a su Iglesia. Muchos cristianos tienen miedo de la razón y no hay nada más contrario a lo que Dios desea: puesto que todo en el hombre está al servicio de la verdad y ninguna verdad conocida por la razón puede contradecir lo conocido por la fe.

Antes de recibir la fe, era normal que se preguntaran por el contenido de lo que escuchaban, que intentaran ver si eran milagros o no lo que los Apóstoles hacían, pero no sería bueno retrasar el asentimiento de fe por querer probar todo esto.

Y cuando ya hay fe, es bueno preguntarse sobre lo creído, investigar, buscar formas de explicarlo y de profundizar en ello, de presentar a los demás la misma verdad conocida.

El acto de fe supera a la razón. Aunque una persona considere racionalmente los contenidos de la fe y los vea coherentes, no por ello se hace creyente. Porque los argumentos racionales mueven a la inteligencia, pero la voluntad no es movida irremediablemente por ellos. Es un don de Dios que se acepta en la voluntad principalmente. Por supuesto que también en la inteligencia, puesto que no la fuerza, sino al contrario, le abre nuevos horizontes y la eleva a un conocimiento mayor. Y un creyente que encuentra un argumento más a favor de su fe, no cree a partir de entonces en virtud de sus argumentos, sino que cree simplemente por el don de la fe, regalo de Dios hacia él. La certeza que adquiere un creyente por la fe está a un nivel superior al de los argumentos que han podido inducirle a creer.

El mundo no es capaz de aceptar esto, de tener fe, porque supera a su corto razonamiento y no pue-

de admitir algo que vaya más allá de lo que conocemos por nuestra razón: es, en resumidas cuentas, el orgullo del hombre autosuficiente que se hace a sí mismo y no quiere tener nada recibido ni nada que esté por encima de él.

No hay en los escritos de Newman ni el más mínimo desprecio de la razón, puesto que él sabe que es sierva de la fe y que la razón es camino para la fe. Razón y fe son dos cosas distintas, pero buenas las dos porque ambas provienen de Dios. La fe usa de la razón para explicar cosas de su ámbito e incluso lo normal es que cuando uno quiere ser fiel a su razón, termine convirtiéndose, porque encuentra la verdad sobre Dios y eso le prepara para recibir la gracia de la conversión. Cuando alguien que no tiene fe católica abre por completo su corazón a la gracia y desea con corazón sincero conocer la verdad, termina tarde o temprano encontrando a Dios.

Pero la fe supera con mucho la razón, es un bien mayor. He aquí un texto que nos da luz para el momento histórico que vivimos en el mundo –y en concreto en España–, y que nosotros, en Schola Cordis Iesu, podemos leer con especial cariño por el tesoro que se nos ha transmitido:

«¿Qué don existe en el mundo igual a éste por su riqueza y singularidad? En este país, donde la herejía se extiende a lo largo y a lo ancho, donde la naturaleza irredenta domina indiscutida, donde la gracia se profana y se desprecia, donde innumerables bautismos perviven únicamente como sello y carácter del alma y la fe es objeto de burla a causa de su misma firmeza, el hecho de encontrarnos en la región de la luz, la casa de la paz y la presencia de los santos, el hecho de tener certeza, consistencia y estabilidad acerca de los temas más elevados y santos del pensamiento humano, el hecho de alentar esperanza ahora en esta vida y luego en el más allá, el hecho de hallarnos en el monte de Cristo, mientras el pobre mundo se confunde y disputa a sus pies, debe asombrarnos y sobrecogernos por la inescrutable gracia de Dios que precisamente a nosotros nos ha traído donde estamos».

El racionalismo es un abuso por parte de la razón. Es un uso humano de la razón para fines que la razón no puede en buena ley pretender ni alcanzar. Racionalizar es, en asuntos de Revelación bíblica, convertir la razón en medida de las doctrinas reveladas y rechazar éstas si entran en colisión con nuestras opiniones y hábitos de pensamientos. El espíritu racionalista es por tanto lo más opuesto a la fe. Pues la fe cristiana es por naturaleza la aceptación, en base a un testimonio superior, de lo que nuestra razón no puede alcanzar dejada a sí misma.

John H. NEWMAN, *Sobre la introducción de los principios racionalistas en la religión*, Tract núm. 73

# La Universidad católica en la mente de Newman

JOSÉ M.<sup>a</sup> ALSINA ROCA

**E**STE pasado 19 de septiembre con singular solemnidad fue beatificado por el papa Benedicto XVI el cardenal Newman y en su homilía se refirió a su labor universitaria como uno de los aspectos relevantes de su vida y de su pensamiento: «Sus intuiciones sobre la relación entre fe y razón, sobre el lugar vital de la religión revelada en la sociedad civilizada, y sobre la necesidad de un educación esmerada y amplia fueron de gran importancia, no sólo para la Inglaterra victoriana. Hoy también siguen inspirando e iluminando a muchos en todo el mundo. Me gustaría rendir especial homenaje a su visión de la educación, que ha hecho tanto por formar el *ethos* que es la fuerza motriz de las escuelas y facultades católicas actuales. Firmemente contrario a cualquier enfoque reductivo o utilitarista, buscó lograr unas condiciones educativas en las que se unificara el esfuerzo intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso. El proyecto de fundar una Universidad Católica en Irlanda le brindó la oportunidad de desarrollar sus ideas al respecto, y la colección de discursos que publicó con el título de *La idea de una Universidad* sostiene un ideal mediante el cual todos los que están inmersos en la formación académica pueden seguir aprendiendo».

De un modo providencial y seguramente en precisión de los acontecimientos, la intención general del Apostolado de la Oración que el Papa le había confiado para este mes de octubre era la de las universidades católicas: «Para que las universidades católicas sean cada vez más lugares donde, gracias a la luz del Evangelio, sea posible experimentar la armónica unidad que hay entre fe y razón».

Esta coincidencia es un motivo más para tener presente algo que parece frecuentemente olvidado o por lo menos relegado en la vida cristiana: me refiero al apostolado de la inteligencia. Vivimos en un mundo en el que la voluntad es solicitada de un modo inconsciente por los políticos, por la economía, por la publicidad y para ello se postula y se alaba la pri-

macía de las emociones y de los sentimientos en la vida cotidiana. Esta ola de irracionalidad también influye en la el modo en que se plantea la vida cristiana. No habría que olvidar una verdad fundamental de catecismo: el único camino que tiene el hombre, en este mundo, para llegar Dios es la fe, que es un acto del entendimiento movido por la voluntad. Cuando no se insiste en ello suficientemente se reduce la fe a un conjunto de experiencias o sentimientos meramente humanos aunque se revistan retóricamente de lenguaje religioso. Por ello es de suma importancia, y así Benedicto XVI lo ha reiterado en múltiples ocasiones, ganar las inteligencias para Cristo. Son en último término las ideas las que conforman la vida de los hombres y en nuestros días en el mundo de estas ideas el gran ausente es Dios.

Como nos recordaba nuestro querido y recordado maestro Francisco Canals en una conversación no mucho tiempo antes de morir, «también la inteligencia hay que ponerla al servicio del Reino de Cristo. Esta ha sido uno de los propósitos de mi tarea apostólica».

La vida de Newman y de un modo especial su labor universitaria, no exenta de dificultades e incomprendiones, junto a la intención del Apostolado de la Oración de este mes de octubre, son una llamada en la Iglesia para que en la oración de los católicos y, si es el caso, también en su tarea profesional, resuenen de modo intenso e insistente las palabras de Cristo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». En nuestros días parece olvidada la Verdad en mayúsculas que es Cristo.

La obra de Newman sobre la naturaleza de la vida universitaria es un ejemplo preciso de cómo se puede concebir una tarea educativa, como es la universitaria, al servicio de un propósito evangelizador de las inteligencias. Procurar la difusión de su lectura es sin duda también una tarea apostólica que puede constituir una eficaz ayuda para realizar esta tarea eclesial de una evidente importancia y urgencia.



# La retractación de Newman vista por Jaime Balmes

«Cuando [Balmes] se determina a hablar de una persona o de un hecho concreto, es que ve en él una inmensa trascendencia. Por ejemplo, él vio las primeras retractaciones de Newman, en que, sin dejar su confesión protestante, se retracta públicamente de las injurias que en sus escritos ha-

«[...] Sabido es que el célebre doctor Pusey, teólogo de Oxford y sabio distinguido, ha dado el nombre a una escuela que, sin condenar decididamente el anglicanismo, le abre sin cesar profundas heridas; así como de otra parte va haciendo, en cierto modo, la apología de la Iglesia católica, sin que ser resuelva a entrar en su seno. Al lado de Pusey, figura un escritor que se ha señalado sobremanera en promover el desarrollo de esas doctrinas que tanto se aproximan al catolicismo; teólogo de la misma Universidad, y ejerciendo con sus escritos poderosa influencia sobre el clero anglicano, se encuentra en excelente posición para servir de instrumento a la Providencia el día que la infinita bondad de Dios se digne conducir de nuevo al redil las ovejas extraviadas.

»Este doctor se llama Newman, y acaba de ofrecer a la Inglaterra y a la Europa un espectáculo tan singular, que nos atreveríamos a decir que carece de ejemplo. En un trabajo que tiene por título *Lira apostólica* había llamado a la Iglesia romana *Iglesia perdida*; en una obra sobre los arrianos había hablado de la *apostasía papal*; en otra titulada *Tract for the Times* declaraba que Roma era *hereje*, que había apostatado en la época del Concilio de Trento, que la *comunió romana se había ligado para siempre con la causa del Anticristo, que había substituido la mentira a la verdad de Dios y que era menester huir de ella como de una peste*. Las expresiones que se acaban de leer no las había soltado el autor en sus más recientes publicaciones, dadas a luz con más conocimiento de causa y con más espíritu de justicia a favor de la verdad. Sin embargo, lo que había dicho en los últimos años a favor del catolicismo no ha sido bastante para apaciguar su conciencia con respecto a lo que se había permitido en anteriores; y así ha creído de su deber borrarlas de sus obras en cuanto le es posible, destruyendo de esta suerte el mal efecto que pudieron causar en el ánimo de los lectores.

»[...] Ved lo que está indicando la célebre Universidad de Oxford, lo que nos está diciendo la escuela de Pusey, lo que nos está revelando la notable retractación del doctor Newman. Las palabras, las ingenuas confesiones del distinguido escritor nos hacen asistir a una conversión sosegada, lenta, en que la Providencia se complace en manifestar la transformación que se va realizando en los espíritus con el auxilio de las luces y la gracia.

*bía inferido a la Iglesia católica. Balmes escribe inmediatamente un largo artículo, rebosante de triunfo, en el que pronostica la total conversión de Newman, y analiza de paso todo el movimiento puseísta, de tanta importancia para Inglaterra y para toda la Iglesia»<sup>1</sup>*

»[...] Y esta resolución del doctor Newman es de tanta importancia cuanto que, atendida la situación de los espíritus en Inglaterra, no podrá menos de acarrearle un diluvio de insultos y sarcasmos por parte de los protestantes, que, vivamente alarmados del progreso del catolicismo en aquel país y de las buenas tendencias que se manifiestan en la escuela puseísta, claman con la mayor violencia contra los males que están amenazando a la Iglesia anglicana.

»[...] Échase de ver la indignación con que se levantarán contra el doctor Newman los sostenedores del anglicanismo y que agotarán el diccionario de injurias de la rencorosa Reforma, para presentarle a los ojos del público con los más negros colores. Pero Dios, cuya gracia le ha dado fuerza bastante para dar en el camino de la verdad un paso tan costoso, se la otorgará también para sufrir con resignación los insultos que se le prodiguen, preparando poco a poco su espíritu para que se decida de una vez a abrazar la fe de esa santa Iglesia a cuyo seno el Señor le está llamando con patentes señales.

»[...] La retractación del doctor Newman nos ofrece un modelo que debieran imitar todos los católicos que habiéndose deslizado en algún error o permitido expresiones malsonantes, han podido escandalizar a los sencillos, poniendo quizás en peligro su fe o disminuyendo el respeto que deben profesar a la Iglesia. Si Newman, todavía protestante, que declara expresamente no ser su ánimo el cambiar de comunión, repueba de una manera pública y solemne las expresiones vertidas contra la Iglesia romana, no porque esté adherido a ella, sino por conceptuar injustos los cargos que le había hecho, y calumniosas las calificaciones con que la había ofendido, ¿con cuánta más razón deberán los verdaderos católicos proceder con mucho cuidado en desfigurar la historia eclesiástica, desencadenándose contra los romanos pontífices y contra la Sede romana o contra el cuerpo del episcopado en general?»<sup>2</sup>

1. Ignacio Casanovas, S.J., *Balmes. La seva vida. El seu temps. Les seves obres*, Barcelona, Balmes, 1932, vol. II, pág. 38.

2. Extractos de «El doctor Newman, el puseísmo y una retractación extraordinaria» en *Obras completas del Dr. D. Jaime Balmes, pbro.*, MCMXXVI, vol. XII, pág. 103.

# Santo Tomás Moro eligió servir primero a Dios

## *Discurso de Su Santidad Benedicto XVI en el Parlamento británico*

Viernes, 17 de septiembre de 2010

*En su reciente viaje al Reino Unido el Papa pronunció un discurso ante los miembros del Parlamento británico, un privilegio que muy pocos extranjeros han disfrutado. En aquel «templo» del liberalismo parlamentario, desde donde en otro tiempo se gobernó a medio mundo, ha sonado la voz del Vicario de Cristo. En el ya secular conflicto entre los deberes para con Dios y los deberes para con el César el ejemplo de santo Tomás Moro interpela a los políticos de todo el mundo. El lenguaje diplomático del Papa no esconde verdades fundamentales sobre la presencia de la religión en la vida pública para una política justa.*

*Señor Orador:*

Gracias por sus palabras de bienvenida en nombre de esta distinguida asamblea. Al dirigirme a ustedes, soy consciente del gran privilegio que se me ha concedido de poder hablar al pueblo británico y a sus representantes en Westminster Hall, un edificio de significación única en la historia civil y política del pueblo de estas islas. Permítanme expresar igualmente mi estima por el Parlamento, presente en este lugar desde hace siglos y que ha tenido una profunda influencia en el desarrollo de los gobiernos democráticos entre las naciones, especialmente en la *Commonwealth* y en el mundo de habla inglesa en general. Vuestra tradición jurídica —«common law»— sirve de base a los sistemas legales de muchos lugares del mundo, y vuestra visión particular de los respectivos derechos y deberes del Estado y de las personas, así como de la separación de poderes, siguen inspirando a muchos en todo el mundo.

Al hablarles en este histórico lugar, pienso en los innumerables hombres y mujeres que durante siglos han participado en los memorables acontecimientos vividos entre estos muros y que han determinado las vidas de muchas generaciones de británicos y de otras muchas personas. En particular, quisiera recordar la figura de santo Tomás Moro, el gran erudito inglés y hombre de Estado, quien es admirado por creyentes y no creyentes por la integridad con la que fue fiel a su conciencia, incluso a costa de contrariar al soberano de quien era un «buen servidor», pues eligió servir primero a Dios. El dilema que afrontó Moro en aquellos tiempos difíciles, la perenne cuestión de la relación entre lo que se debe al César y lo que se debe a Dios, me ofrece la oportunidad de reflexionar brevemente con ustedes sobre el lugar apropiado de las creencias religiosas en el proceso político.

La tradición parlamentaria de este país debe mucho al instinto nacional de moderación, al deseo de alcanzar un genuino equilibrio entre las legítimas reivindicaciones del gobierno y los derechos de quienes están sujetos a él. Mientras se han dado pasos decisivos en muchos momentos de vuestra historia para delimitar el ejercicio del poder, las instituciones políticas de la nación se han podido desarrollar con un notable grado de estabilidad. En este proceso, Gran Bretaña se ha configurado como una democracia pluralista que valora enormemente la libertad de expresión, la libertad de afiliación política y el respeto por el papel de la ley, con un profundo sentido de los derechos y deberes individuales, y de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Si bien con otro lenguaje, la doctrina social de la Iglesia tiene mucho en común con dicha perspectiva, en su preocupación primordial por la protección de la dignidad única de toda persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, y en su énfasis en los deberes de la autoridad civil para la promoción del bien común.

Con todo, las cuestiones fundamentales en juego en la causa de Tomás Moro continúan presentándose hoy en términos que varían según las nuevas condiciones sociales. Cada generación, al tratar de progresar en el bien común, debe plantearse: ¿Qué exigencias pueden imponer los gobiernos a los ciudadanos de manera razonable? Y, ¿qué alcance pueden tener? ¿En nombre de qué autoridad pueden resolverse los dilemas morales? Estas cuestiones nos conducen directamente a la fundamentación ética de la vida civil. Si los principios éticos que sostienen el proceso democrático no se rigen por nada más sólido que el mero consenso social, entonces este proceso se presenta evidentemente frágil. Aquí reside el verdadero desafío para la democracia.

La reciente crisis financiera global ha mostrado claramente la inadecuación de soluciones pragmáticas y a corto plazo relativas a complejos problemas sociales y éticos. Es opinión ampliamente compartida que la falta de una base ética sólida en la actividad económica ha contribuido a agravar las dificultades que ahora están padeciendo millones de personas en todo el mundo. Ya que «toda decisión económica tiene consecuencias de carácter moral» (*Caritas in veritate*, 37), igualmente en el campo político, la dimensión ética de la política tiene consecuencias de tal alcance que ningún gobierno puede permitirse ignorar. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en uno de los logros particularmente notables del Parlamento británico: la abolición del tráfico de esclavos. La campaña que condujo a promulgar este hito legislativo estaba edificada sobre firmes principios éticos, enraizados en la ley natural, y brindó una contribución a la civilización de la cual esta nación puede estar orgullosa.

Así que, el punto central de esta cuestión es el siguiente: ¿Dónde se encuentra la fundamentación ética de las deliberaciones políticas? La tradición católica mantiene que las normas objetivas para una acción justa de gobierno son accesibles a la razón, prescindiendo del contenido de la revelación. En este sentido, el papel de la religión en el debate político no es tanto proporcionar dichas normas, como si no pudieran conocerlas los no creyentes. Menos aún proponer soluciones políticas concretas, algo que está totalmente fuera de la competencia de la religión. Su papel consiste más bien en ayudar a purificar e iluminar la aplicación de la razón al descubrimiento de principios morales objetivos. Este papel «corrector» de la religión respecto a la razón no siempre ha sido bienvenido, en parte debido a expresiones deformadas de la religión, tales como el sectarismo y el fundamentalismo, que pueden ser percibidas como generadoras de serios problemas sociales. Y a su vez, dichas distorsiones de la religión surgen cuando se presta una atención insuficiente al papel purificador y vertebrador de la razón respecto a la religión. Se trata de un proceso en doble sentido. Sin la ayuda correctora de la religión, la razón puede ser también presa de distorsiones, como cuando es manipulada por las ideologías o se aplica de forma parcial en detrimento de la consideración plena de la dignidad de la persona humana. Después de todo, dicho abu-

so de la razón fue lo que provocó la trata de esclavos en primer lugar y otros muchos males sociales, en particular la difusión de las ideologías totalitarias del siglo xx. Por eso deseo indicar que el mundo de la razón y el mundo de la fe —el mundo de la racionalidad secular y el mundo de las creencias religiosas— necesitan uno de otro y no deberían tener miedo de entablar un diálogo profundo y continuo, por el bien de nuestra civilización.

En otras palabras, la religión no es un problema que los legisladores deban solucionar, sino una contribución vital al debate nacional. Desde este punto de vista, no puedo menos que manifestar mi preocupación por la creciente marginación de la religión, especialmente del cristianismo, en algunas partes, incluso en naciones que otorgan un gran énfasis a la tolerancia. Hay algunos que desean que la voz de la religión se silencie, o al menos que se relegue a la esfera meramente privada. Hay quienes esgrimen que la celebración pública de fiestas como la Navidad deberían suprimirse según la discutible convicción de que ésta ofende a los miembros de otras religiones o de ninguna. Y

hay otros que sostienen —paradójicamente con la intención de suprimir la discriminación— que a los cristianos que desempeñan un papel público se les debería pedir a veces que actuaran contra su conciencia. Éstos son signos preocupantes de un fracaso en el aprecio no sólo de los derechos de los creyentes a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa, sino también del legítimo papel de la religión en la vida pública. Quisiera invitar a todos ustedes, por tanto, en sus respectivos campos de influencia, a buscar medios de promoción y fomento del diálogo entre fe y razón en todos los ámbitos de la vida nacional.

Vuestra disposición a actuar así ya está implícita en la invitación sin precedentes que se me ha brindado hoy. Y se ve reflejada en la preocupación en diversos ámbitos en los que vuestro gobierno trabaja con la Santa Sede. En el ámbito de la paz, ha habido conversaciones para la elaboración de un tratado internacional sobre el comercio de armas; respecto a los derechos humanos, la Santa Sede y el Reino Unido se han congratulado por la difusión de la democracia, especialmente en los últimos sesenta y cinco años; en el campo del desarrollo, se ha colaborado en la reducción de la deuda, en el comercio justo y en la ayuda al desarrollo, especialmente a



**Santo Tomás Moro**  
(de un dibujo de Holbein)

través del *International Finance Facility*, del *International Immunization Bond*, y del *Advanced Market Commitment*. Igualmente, la Santa Sede tiene interés en colaborar con el Reino Unido en la búsqueda de nuevas vías de promoción de la responsabilidad medioambiental, en beneficio de todos.

Observo asimismo que el Gobierno actual compromete al Reino Unido a asignar el 0,7 % de la renta nacional a la ayuda al desarrollo hasta el año 2013. En los últimos años, ha sido alentador percibir signos positivos de un crecimiento mundial de la solidaridad hacia los pobres. Sin embargo, para concretar esta solidaridad en acciones eficaces se requieren nuevas ideas que mejoren las condiciones de vida en muchas áreas importantes, tales como la producción de alimentos, el agua potable, la creación de empleo, la educación, el apoyo a las familias, sobre todo emigrantes, y la atención sanitaria básica. Donde hay vidas humanas de por medio, el tiempo es siempre limitado: el mundo ha sido también testigo de los ingentes recursos que los gobiernos pueden emplear en el rescate de instituciones financieras consideradas «demasiado grandes para que fracasen». Desde luego, el desarrollo humano integral de los pueblos del mundo no es menos importante. He aquí una empresa digna de la atención mundial, que es en verdad «demasiado grande para que fracase».

Esta visión general de la cooperación reciente entre el Reino Unido y la Santa Sede muestra cuánto progreso se ha realizado en los años transcurridos desde el establecimiento de relaciones diplomáticas bilaterales, promoviendo en todo el mundo los muchos valores fundamentales que compartimos. Con-

fío y rezo para que esta relación continúe dando frutos y que se refleje en una creciente aceptación de la necesidad de diálogo y de respeto en todos los niveles de la sociedad entre el mundo de la razón y el mundo de la fe. Estoy convencido de que, también dentro de este país, hay muchas áreas en las que la Iglesia y las autoridades públicas pueden trabajar conjuntamente por el bien de los ciudadanos, en consonancia con la histórica costumbre de este Parlamento de invocar la asistencia del Espíritu sobre quienes buscan mejorar las condiciones de toda la humanidad. Para que dicha cooperación sea posible, las entidades religiosas –incluidas las instituciones vinculadas a la Iglesia católica– necesitan tener libertad de actuación conforme a sus propios principios y convicciones específicas basadas en la fe y el magisterio oficial de la Iglesia. Así se garantizarán derechos fundamentales como la libertad religiosa, la libertad de conciencia y la libertad de asociación. Los ángeles que nos contemplan desde el espléndido cielo de este antiguo salón nos recuerdan la larga tradición en la que la democracia parlamentaria británica se ha desarrollado. Nos recuerdan que Dios vela constantemente para guiarnos y protegernos; y, a su vez, nos invitan a reconocer la contribución vital que la religión ha brindado y puede seguir brindando a la vida de la nación.

Señor Orador, le agradezco una vez más la oportunidad que me ha brindado de poder dirigirme brevemente a esta distinguida asamblea. Les aseguro mis mejores deseos y mis oraciones por ustedes y por los fructuosos trabajos de las dos Cámaras de este antiguo Parlamento. Gracias y que Dios les bendiga a todos ustedes.

### *La profesión de fe de santo Tomás Moro*

«Yo, por la gracia de Dios, siempre he sido católico y nunca me he apartado de la comunión y obediencia al Papa, cuya potestad entiendo que es fundada en el derecho divino y que es legítima, loable y necesaria, aunque vosotros temerariamente la habéis querido abrogar y deshacer con vuestra ley. Siete años he estudiado esta materia y revuelto muchos libros para entenderla mejor, y hasta ahora no he hallado autor santo y grave, ni antiguo ni moderno, que diga que en las cosas espirituales y que tocan a Dios, hombre y príncipe temporal pueda ser cabeza y superior de los eclesiásticos, que son los que las han de gobernar; también digo que el decreto que habéis hecho ha sido muy mal hecho porque es contra el juramento que habéis hecho de no hacer jamás cosa contra la Iglesia católica, la cual por toda la Cristianidad es una e indivisible, y no tenéis vosotros solos autoridad para hacer leyes ni decretos ni concilios contra la paz y unión de la Iglesia universal. Esta es mi sentencia, esta es mi fe, en la cual moriré, con el favor de Dios.»

(P. RIBADENEYRA: *Historia del cisma de Inglaterra*. Estas palabras de Moro, pronunciadas ante el tribunal que le juzgaba, le valieron la sentencia de muerte.)

## El lago de Genesaret

RAMÓN GELPÍ SABATER  
www.christusregnat.com

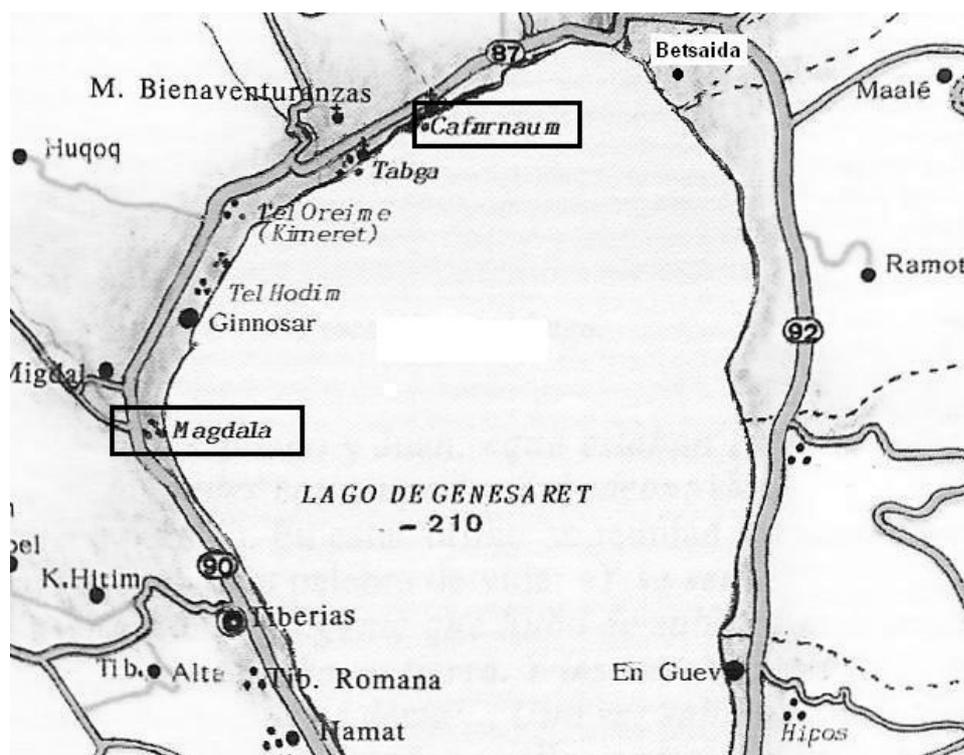
El lago de Genesaret, llamado también de Tiberíades o simplemente «mar de Galilea» constituye un entorno venerable para el lector de las Sagradas Escrituras. A su belleza natural añade un valor espiritual profundo, porque ha sido escenario de los más deliciosos pasajes de la vida de Cristo. También para los peregrinos de Tierra Santa es lugar de dulce contemplación cuando lo visitan.

El lago es navegado por Jesús en numerosas ocasiones, cruzando de una a otra orilla por todo este arco que abarca desde la ciudad de Tiberíades (o Tiberias, según denominación actual) hasta Betsaida. En él pesca con san Pedro, los Zebedeos, etc., andará sobre las aguas, calmará la tempestad, etc. Es difícil transmitir en unas pobres imágenes la carga de sensaciones que experimentan los peregrinos que tienen ocasión de navegar por él, leer alguno de estos pasajes y rezar...

Entre estos episodios mencionados, nada más propio para contemplar a Jesús con los primeros Apóstoles, los pescadores del entorno de Cafarnaúm, que el pasaje de la «pesca milagrosa», que aquí analizaremos en la redacción concordada de los tres sinópticos:

«... Encontrándose Jesús una vez a orillas del lago de Genesaret, la multitud se apretujaba en torno a Él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas a la orilla del lago; los pescadores, que habían bajado de ellas, estaban limpiando las redes. [(Mc 1) Vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, los cuales tenían echadas las redes en el mar, pues eran pescadores]. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejase un poco de la tierra y sentándose, adoctrinaba desde la barca a la multitud. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca. Le respondió Simón: Durante toda la noche hemos trabajado penosamente y no hemos pescado nada, pero confiando en tu palabra, echaré las redes. Hecho esto, pescaron tal cantidad de peces, que las redes se rompían. E hicieron señales a los compañeros de la otra barca, para que vinieran en su ayuda. Acudieron ellos, y de tal modo llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Viendo esto Simón Pedro se echó a los pies de Jesús, diciendo: Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador! Es que el estupor se había apoderado de él y de todos sus compañeros, por la

*La zona recorrida habitualmente por Jesús en su predicación, abarcaba desde Cafarnaúm hasta Tiberíades (o Tiberias en la actualidad) por la orilla occidental. Destacan Magdala y Tabga, en cuya cercanía está el monte de las Bienaventuranzas. Por la orilla oriental se encuentra al nordeste la ciudad de Betsaida, muy citada en los evangelios. Jesús solía ir, a menudo en barca, de Cafarnaúm a Betsaida.*



*Esta imagen nos da una aproximación de lo que narra el Evangelio sobre la tempestad.*



*cantidad de pesca que habían logrado, lo mismo que de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón. Y Jesús dijo a Simón: No temas, en adelante serás pescador de hombres. Y, después de conducir las barcas a tierra, lo abandonaron todo y le siguieron ...» Lc 5, 1-11 (Mt 4, 18-22; Mc 1, 16-22)*

Jesús sube a la barca de san Pedro, para utilizarla como púlpito. Para ello se separa un poco de la orilla, mientras los que le escuchan se distribuyen por ella. Esto se repitirá más adelante, en otros pasajes evangélicos (Mt 13, 1-2; Mc 4,1 y otros), lo que permite suponer que esto fue muy habitual durante la estancia de Jesús en los pueblos del entorno del lago. Pero en este caso, además, una vez finalizada la predicación, le pide a san Pedro que se adentre y eche las redes para pescar. La pesca resulta efectivamente milagrosa, pero para ello ha sido necesario el sometimiento de Pedro, que, contra su criterio de pescador, obedece al Maestro, que promete hacerles pescadores de hombres.

Un detalle digno de ser contemplado: Pedro, cuyo temperamento fogoso es notorio a lo largo de toda la narración evangélica, lo que es descrito por cada uno de los cuatro evangelistas, se humilla ante el Señor, reconociéndose pecador. Esta fogosidad le traicionará en algunas ocasiones, pero Jesús ama sin duda la buena disposición de su espíritu.

Este pasaje de la pesca milagrosa nos sirve a no-

sotros para introducir algunas localizaciones que nos ayuden a situar estos hechos, y otros muchos que se narran en los evangelios.

En las peregrinaciones a Tierra Santa, se suele realizar una travesía que va desde Tabga (ver mapa) donde se venera la confirmación de san Pedro tras la resurrección, hasta la actual Tiberias. No se cruza propiamente el lago, como hacían los apóstoles con embarcaciones insignificantes, pero se puede observar que a pesar de su pequeño tamaño sobre el mapa, este lago da sensación de gran amplitud. Dicen los guías, que efectivamente los vientos que soplan desde el no muy lejano monte Hermón, encrespan a veces olas que parecen insólitas en este lugar, y los sólidos transbordadores actuales, se quedan amarrados en puerto. No es extraño ni fantástico pues, lo que se narrará con ocasión de la tempestad.

El lago de Genesaret, como otros escenarios naturales de Tierra Santa, es uno de estos lugares en el que el paso de los siglos no altera nada. Tal es el caso, por ejemplo, del campo de los pastores en Belén, del monte Tabor, el río Jordán, y otros tantos escenarios de la vida de Jesús. Los Lugares Santos están frecuentemente bajo iglesias o basílicas, destruidas y reconstruidas varias veces; las reliquias están a menudo en excavaciones profundas debidas al terraplenado. No es así en los espacios naturales: son tales como nuestro Señor los vio, y esto es motivo de gran consuelo espiritual para quien los visita.





## Pequeñas lecciones de historia

### El anglicanismo: la pérdida de la fe por la exaltación de la razón

GERARDO MANRESA

LA Iglesia de Inglaterra fue creada por Enrique VIII en 1535. Su separación de Roma no afectó al principio a temas doctrinales, pero tras su muerte, en 1547, en el corto reinado de Eduardo VI, a través del arzobispo de Canterbury, Thomas Crammer († 1556), adquiere un marcado carácter protestante. La Reforma se consolidó, tras un paréntesis durante el reinado de la católica María Tudor, en tiempo y por obra de Isabel I († 1601). Durante el reinado de Eduardo VI se publicó el definitivo *Prayer Book*, que contiene las oraciones oficiales, los ritos para los sacramentos y otras ceremonias de la Iglesia nacional anglicana. En 1563 se formulan los *Treinta y nueve artículos de la religión*, que son promulgados por la Corona. Estos artículos ofrecían la interpretación anglicana de la fe y de los sacramentos. Redactados con ambigüedad, pretendían definir las posiciones dogmáticas de la Iglesia de Inglaterra con relación a las enseñanzas de Roma y a las opiniones religiosas de determinados grupos protestantes, especialmente calvinistas y anabaptistas, muy activos en el país. La separación religiosa de Roma desarrollada por Enrique se funda en la afirmación de la supremacía del Rey sobre la Iglesia, *Act of Supremacy*. No es ya el Romano Pontífice, sino el monarca quien preside de derecho y gobierna de hecho la Iglesia. Los clérigos predicarán la Palabra de Dios y administrarán los sacramentos y las ceremonias, según lo establecido en el *Prayer Book*. La Iglesia dirigida así por el Estado, es verdaderamente una Iglesia nacional. Es un *establishment*, o estructura confesional que pretende ser la conciencia religiosa y moral del país. Todos los que no aceptan este *establishment* son discriminados, principalmente, los católicos y los judíos.

El cuerpo de la comunión anglicana engloba, por ello, en su interior elementos muy dispares. La unidad procede de un acoplamiento artificial conseguido principalmente en virtud del ordenamiento civil, la razón del Estado, y sobre todo de la animosidad hacia Roma, hacia la Iglesia católica.

En tiempo de Isabel I comienza a materializarse una oposición religiosa *puritana* de quienes consideran insuficiente el carácter protestante de la Iglesia de Inglaterra, tanto en doctrina como en los ritos. Son grupos que sin abandonar el anglicanismo, para no salirse del *establishment*, intentan modificarlo desde dentro; interpretan los *Treinta y nueve artículos* en sentido muy similar al de la Reforma luterana y calvinista y propugnan el abandono del régimen episcopal para la Iglesia anglicana, a favor de un presbiterianismo. A principios del siglo XVII se aprecian con claridad ambas opciones

religiosas que conviven en la misma Iglesia. La tendencia tradicional, conservadora en el plano político y social, que profesa una ortodoxia, limitada a los primeros concilios y a los Padres de la Iglesia, recibirá el nombre de *High Church*, y será la más poderosa y resultará mayoritaria por mucho tiempo y se declarará e insistirá siempre en su naturaleza religiosa no protestante. Considerarán a la Iglesia de Inglaterra como una tercera rama de la Iglesia católica apostólica, junto a Roma y la Iglesia oriental. La *High Church* tuvo en el arzobispo William Laud († 1645), consejero e inspirador de la política religiosa de Carlos I Estuardo, el máximo exponente de la opción católica del anglicanismo, es decir, de mantener la doctrina con un carácter católico, pero no unido a la Iglesia de Roma. Podríamos llamarla *anglocatólica*. Era la causa monárquica encarnada por los Estuardo, *Church and King*.

Esta política de Laud, de intentar conseguir la uniformidad religiosa, contribuirá a definir, por contraste, el perfil religioso del puritanismo y determinar su acción pública. El puritanismo está impregnado de teología y enseñanzas calvinistas. Este puritanismo permanecerá alojado en la Iglesia de Inglaterra y mantendrá dentro de ella una visión espiritualista de lo eclesial, una estricta doctrina fundamentalista de la *Sola Scriptura* y de la justificación por la fe, una concepción simbólica de los sacramentos, la negación de la regeneración del Bautismo, reducción del episcopado y aversión a la Iglesia de Roma, tratando al Papa como el Anticristo. Aunque esta tendencia no llegó a predominar en el anglicanismo, ha ejercido mucha influencia sobre el contenido teológico y su estilo espiritual y ha contribuido a difuminar y reducir el sentido católico de los diversos principios doctrinales, conservados en la Iglesia anglicana por la *High Church*.

Tras la guerra civil inglesa (1648), en la que Cromwell ejecutó al arzobispo Laud y al mismo rey Carlos I, ambos de clara tendencia anglocatólica, y tras la Revolución de 1688, en la que se expulsó del trono al católico Jacobo II para colocar en él al estricto protestante Guillermo de Orange, se inician una serie de transformaciones sociales que afectan a todos los ámbitos de la sociedad inglesa. Durante el siglo XVIII, el racionalismo y los descubrimientos científicos arrastraron a la sociedad inglesa a un proceso de incredulidad creciente. Estas tendencias se caracterizan por el deísmo o la simple irreligiosidad encubierta de observancia positivista, nacida en los laboratorios científicos. Nada hay superior a la razón humana. Así se tiende a defender una opción profana para construir la sociedad y formar al hombre.



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## A propósito de un libro de Stephen Hawking

EL pasado mes de septiembre salió a la venta el nuevo y polémico libro del científico británico Stephen Hawking, *The Grand Design*. En él, entre opiniones e hipótesis pobremente fundadas lanza la idea, de gran repercusión periodística, de que las nuevas teorías científicas hacen redundante el papel de un Creador del universo. Según Hawking, el Big Bang, la gran explosión en el origen del mundo, fue consecuencia inevitable de las leyes de la física. «El universo puede crearse a sí mismo de la nada, y lo hace. La creación espontánea es la razón por la que existe algo, en vez de nada, por la que existe el universo, por la que existimos nosotros.» El libro adolece de la ya clásica pretensión de las ciencias físico-matemáticas de encontrar una teoría global que explique definitivamente el origen y las propiedades de la naturaleza, saliéndose una vez más del campo al que su objeto y su método la limitan.

Como recordaba José María Petit en las páginas de esta revista, «aunque primeramente usamos de la vía de la remoción de toda finitud e imperfección en el conocimiento racional de los entes creados para aplicar dichos conceptos a la esencia divina, no se debe menospreciar el conocimiento del mundo que adquirimos a partir del conocimiento de Dios, esto es, cuando juzgamos al mundo como obra *ad extra* de Dios. Fuera de esta perspectiva, por la que vemos el mundo como la obra de Dios, a nuestro conocimiento de la creación le falta siempre la unidad y la finalidad que caracterizan al universo más que ninguna otra cosa. Comprender el mundo es distinto de conocer de modo aislado algún aspecto del mismo. A la ciencia se le escapa la comprensión de la totalidad del universo en su máxima plenitud y ordenación.» Y esto es lo que, en el mejor de los casos, le ha ocurrido al profesor Hawking.

De hecho, continuaba el doctor Petit, «la polémica actual no se centra en la validez de la teoría de la expansión del universo, pues ésta es tesis universalmente aceptada, sino en la posibilidad de conocer el comienzo estricto del mundo, para poder afirmar que realmente el mundo procede de la nada» por un acto exclusivo de Dios trascendente al mundo porque, siguiendo la senda de santo Tomás de Aquino, «las teorías que pretenden que el mundo procede de la

nada por la misma actividad de la nada son completamente absurdas». Y en relación a la razón por la que existe algo, lejos de pensar en la también absurda creación espontánea, debemos considerar la bondad divina participada por semejanza en las criaturas como el motivo y el fin del acto creador de Dios, según expuso magistralmente el padre Orlandis.

## Hacia la Jornada Mundial de la Juventud 2011 en Madrid

EL Vaticano acaba de hacer público el mensaje del papa Benedicto XVI para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará en Madrid en 2011 bajo el lema «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe.»

En él, el Santo Padre recuerda los abundantes frutos que, a raíz de las anteriores jornadas, se han cosechado en la vida de muchos jóvenes y de toda la Iglesia y con profunda alegría anima a los jóvenes a asistir a esta nueva Jornada Mundial de la Juventud en Madrid porque Cristo quiere afianzarlos en la fe por medio de la Iglesia.

La juventud –afirma Benedicto XVI– es la edad en la que se busca una vida más grande. «Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven. ¿Se trata sólo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquier otra cosa es insuficiente. (...) El deseo de la vida más grande es un signo de que Él nos ha creado, de que llevamos su “huella”». Sin embargo, «aunque el conjunto de los valores, que son el fundamento de la sociedad, provenga del Evangelio, se constata una especie de “eclipse de Dios”, una cierta amnesia, más aun, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza». Por este motivo, el Papa exhorta a los jóvenes a intensificar su camino de fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, ya que ellos son el futuro de la sociedad y de la Iglesia porque los jóvenes rejuvenecen y dan un nuevo impulso a la Iglesia. Por ello, las Jornadas Mundiales de la Juventud son una gracia no sólo para ellos, sino para todo el Pueblo de Dios.

Finalmente, el Papa ha querido animar a los jóvenes a prepararse intensamente para la cita de Madrid ya que «la calidad de nuestro encuentro dependerá, sobre todo, de la preparación espiritual, de la oración, de la escucha en común de la Palabra de Dios y del apoyo recíproco», invitando a todos los jóvenes, tanto los que comparten nuestra fe, como los que vacilan, dudan o no creen, a vivir esta experiencia, que puede ser decisiva para la vida: la experiencia del Señor Jesús resucitado y vivo, y de su amor por cada uno de nosotros.

### En torno al diálogo católico-ortodoxo

EL papel del obispo de Roma en la comunión de la Iglesia en el primer milenio» ha sido el argumento de la duodécima sesión plenaria de la Comisión mixta internacional para el diálogo entre la Iglesia ortodoxa y la Iglesia católica, celebrada en Viena del 20 al 27 de septiembre. La comisión ha reanudado el trabajo de redacción de un documento conjunto, que ya había comenzado a elaborarse durante la asamblea plenaria del año pasado celebrada en Pafos, y que constituye el documento de trabajo base sobre el que se irán revisando los diferentes puntos problemáticos. Además, se ha formado una subcomisión para iniciar el estudio de los aspectos teológicos y eclesiológicos del primado en su relación con la sinodalidad.

El metropolitano Juan Zizioulas de Pérgamo, co-presidente ortodoxo de la Comisión, constataba durante el encuentro que «en estos momentos no hay nubes de desconfianza entre nuestras dos Iglesias. Nuestros predecesores, y en especial los responsables de ambas Iglesias, tanto por parte católica como ortodoxa, han preparado el camino para una discusión amigable y fraterna. Tengo que asegurarles que este espíritu ha prevalecido en nuestras discusiones. (...) Y por ello deseo asegurar que si seguimos así, Dios encontrará el camino para superar las dificultades que permanecen, y llevar a la plena comunión a nuestras dos Iglesias, las Iglesias más antiguas, Iglesias que comparten el mismo pasado ecuménico, las mismas tradiciones, el mismo sentido de la Iglesia».

Por su lado, el arzobispo Koch, copresidente católico, tocando la cuestión del primado del obispo de Roma, recordó que Joseph Ratzinger ya había

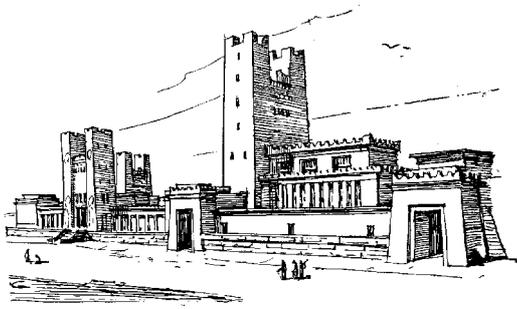
afirmado en una famosa conferencia, pronunciada en Graz, en 1976, que «no podemos esperar más de la Ortodoxia de lo que se vivía en el primer milenio». «Por tanto, la discusión fundamental es sobre cómo estas Iglesias vivían en el primer milenio y cómo podemos encontrar un nuevo camino común hoy. Esta discusión necesita espacios de libertad y paciencia».

### ¿Libertad religiosa en Turquía?

HA hecho falta que pasen noventa y cinco años desde el genocidio armenio para que Turquía permita de nuevo la celebración en su territorio de una misa armenia. La celebración tuvo lugar el pasado mes de septiembre en la iglesia de la Santa Cruz, santuario que durante siete siglos fue una de las cuatro sedes de la Iglesia apostólica armenia, Iglesia separada de Roma tras el concilio de Calcedonia, y congregó alrededor de un millar de fieles. Sin embargo, la asistencia fue muy inferior a la esperada debido a la prohibición del gobierno turco de colocar para la ocasión una cruz en el techo de la iglesia.

La iglesia de la Santa Cruz, situada en la isla de Aktamar, en el lago de Van, al este de Turquía, llevaba cerrada desde el inicio del genocidio armenio en 1915 y se ha convertido en un símbolo de los problemas de Turquía con la minoría armenia y su difícil reconciliación. Desde su saqueo hace casi un siglo, el edificio permaneció en ruinas hasta su restauración en 2007 por el Gobierno turco. La misa ha sido presentada por el Gobierno como un signo de la creciente apertura religiosa en este país de mayoría musulmana y que aspira a entrar en la UE. Según el primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, la apertura a la oración del templo, que podrá realizarse una vez al año, es una muestra de la tolerancia de Turquía a credos diferentes del islam. Sin embargo, la comunidad armenia en Turquía acusa al Gobierno de Erdogan de utilizar la misa como un lavado de imagen de cara al exterior y duda de su sinceridad, como lo muestra el hecho de que el gobierno controle todos los lugares de culto que quedan en el país y no haya permitido que ninguno pase a manos de la Iglesia armenia. Como muestra de desaprobación, ningún representante de la Iglesia armenia acudió a la cita.





## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

### Tensión creciente en torno al proyecto de construcción de una mezquita en la «zona cero» de Manhattan

AUNQUE a estas alturas es difícil que nuestros lectores desconozcan el asunto de la polémica generada por el proyecto de construcción de una mezquita de catorce plantas, cuyo coste se estima en sesenta y cinco millones de dólares, junto al lugar en el que se erguían las Torres Gemelas de Nueva York destruidas por el ataque terrorista del 11-S, recapitularemos los principales datos. En el contexto de la reconstrucción de la zona, un imán musulmán, Feisal Abdul Rauf, conocido por sus declaraciones a favor de Hamas y del régimen iraní, ha comprado gracias a la generosa ayuda procedente del golfo Pérsico un terreno adyacente a la conocida como «zona cero» para construir en ella una mezquita que ha bautizado como *Cordoba House*, un nombre que para nosotros, españoles, está cargado de reminiscencias y que recuerda el periodo en que un pueblo cristiano occidental estuvo sometido al yugo musulmán. Las reacciones contrarias no se han hecho esperar y han alcanzado un grado de virulencia que pocos recordaban en Estados Unidos. Por otra parte, las declaraciones favorables a la construcción de la mezquita del presidente Barack Obama durante una cena de Ramadán junto a representantes de la comunidad islámica (y que luego hubo de matizar, forzado por las numerosas protestas, diciendo que había hablado en general del derecho de los musulmanes a construir lugares de culto y no de esa mezquita en particular) echaron más leña al fuego y han provocado que un número creciente de norteamericanos estén convencidos de que su presidente es un criptomusulmán, acusación tan generalizada que el propio Barack Hussein Obama ha tenido que declarar públicamente que él es un «cristiano por elección» (recordemos que su padre sí era musulmán).

Resulta evidente que los musulmanes en los Estados Unidos tienen derecho a construir mezquitas, como así sucede de forma normal y habitual; esto es algo que nadie discute. Pero al mismo tiempo resulta de sentido común que la construcción de una mezquita junto al lugar en que unos terroristas musul-

manes provocaron una masacre inaudita en nombre del islam es una decisión como mínimo inapropiada. Más allá de discusiones bizantinas sin fin, la construcción de esta mezquita será vista, si finalmente se lleva a cabo, por el mundo musulmán como una victoria y una humillación a Occidente, que no sólo tuvo que soportar el ataque terrorista sino que ahora volvería a mostrar su debilidad congénita al aceptar que el islam se adueñe del terreno adyacente al lugar de la tragedia. Especialmente si tomamos en cuenta que la naturaleza de una mezquita no se limita al ámbito de lo religioso, sino que se extiende al campo político.

Podríamos recordar ahora la decisión de Juan Pablo II de retirar el convento de carmelitas que estaba junto a Auschwitz: aunque la analogía es falsa, pues no hubo responsabilidad católica en el exterminio judío decretado por los nazis ni estos mataron nunca en nombre de la Iglesia (al contrario, en Auschwitz también murieron numerosos católicos como san Maximiliano M<sup>a</sup> Kolbe) y la decisión que finalmente se adoptó se puede discutir, estamos aquí ante un gesto de delicadeza que contrasta con la insistencia musulmana en provocar un conflicto con su negativa a reconsiderar la ubicación de la *Cordoba House*. Como también contrastan los medios de comunicación dominantes, tan críticos y exigentes con la Iglesia, pero que ahora han tomado partido de forma mayoritaria por la iniciativa musulmana.

### Sarkozy expulsa a los gitanos buscando recuperar la popularidad perdida

LA decisión de Sarkozy de expulsar de Francia a miles de gitanos en situación ilegal, en su mayor parte de procedencia rumana, ha provocado numerosas críticas, entre las que no han sido las menores las provenientes de la Comisión Europea. El asunto refleja algunas de las características que conforman la vida política europea.

En primer lugar está la decisión de expulsar a estas personas. No parece muy sensato negar que un Estado tiene derecho a regular sus flujos migratorios y nadie en su sano juicio puede discutir que el Esta-

do debe de hacer cumplir la ley (otra cuestión es por qué se aplica todo el peso de la ley en unas ocasiones y en otras se tolera una ilegalidad ostentosa y patente y si en el cumplimiento de la ley siempre se debe cuidar el trato que se da a las personas a quienes se aplica, que siempre debe de ser acorde a su dignidad intrínseca). No obstante no es difícil percibir la desproporción entre la dureza de las medidas adoptadas y la peligrosidad de los campamentos de rumanos, especialmente si consideramos que en Francia existen numerosos barrios periféricos, las llamadas «banlieues», que concentran a una creciente población musulmana y que son escenarios recurrentes de disturbios que a menudo alcanzan una violencia inusitada, llegando a poner en jaque a las fuerzas del orden público.

Por otro lado, es indudable que el clima en Europa es cada vez más contrario a la población emigrante; en un entorno de crisis económica y ante la constatación del fracaso de todos los esfuerzos para integrar a ciertos colectivos inmigrantes, de modo especial los de religión musulmana, una sociedad hedonista y que hace ya tiempo que está sumida en una crisis demográfica sin precedentes es normal que reaccione con ira y temor ante la nueva situación que se va consolidando en el continente. La reciente entrada de un partido antiinmigración en el parlamento sueco representa un paso más en esta dirección. En este contexto, el presidente francés Nicolás Sarkozy fue elegido para el cargo que ostenta precisamente en base a unas promesas de restablecer el orden y hacer entrar en cintura a los vándalos de esos barrios sin ley que proliferan en Francia. A estas alturas de su mandato presidencial, en horas bajas en cuanto a popularidad y cuan-

do cunde la desilusión entre sus votantes, parece que Sarkozy ha querido dar un golpe de efecto para recuperar su prestigio, y que se trata tan sólo de eso, de una acción efectista con la que distraer a la opinión pública pero que no tendrá mayores consecuencias. En comparación con el verdadero problema, el musulmán, los gitanos rumanos son una víctima poco peligrosa, capaz de generar mucha menos presión internacional que los numerosos inmigrantes clandestinos originarios de África o Asia establecidos en Francia. Por poner un solo ejemplo, los imanes en Francia, siempre rápidos para denunciar las políticas supuestamente antiinmigratorias del gobierno, han guardado un significativo silencio en esta ocasión.

Por otra parte, la reacción desaforada de la Comisión Europea y de los medios de comunicación izquierdistas, acusando a Sarkozy de todos los males posibles, muestran también a unas elites europeas desconectadas de los problemas reales de la gente y en las que el resentimiento contra la civilización cristiana que ha sido su cuna es cada vez más agresivo. Junto a estas salidas de tono, hay que reconocer que algunas notas episcopales, como la del arzobispo de Toulouse, monseñor Le Gall, equiparando la expulsión de los gitanos rumanos con las deportaciones de los judíos durante la segunda guerra mundial, no han sido precisamente acertadas ni prudentes: quizás se haya ganado la simpatía de la izquierda «políticamente correcta» (una simpatía que la experiencia nos avisa que se desvanece a una velocidad de vértigo), pero ha conseguido provocar la ira de la comunidad judía, indignada por la analogía y que ha llegado incluso a la agresión a las puertas del palacio episcopal.

#### INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



##### **Octubre**

*General:* Para que las universidades católicas sean cada vez más lugares donde, gracias a la luz del Evangelio, sea posible experimentar la armónica unidad que hay entre fe y razón.

*Misionera:* Para que la celebración de la Jornada Misionera Mundial sea ocasión para comprender que la tarea de anunciar a Cristo es un servicio necesario e irrenunciable que la Iglesia está llamada a desempeñar en favor de la humanidad.

##### **Noviembre**

*General:* Para que cuantos son víctimas de la droga y de toda forma de adicción encuentren en el poder de Dios Salvador la fuerza para cambiar radicalmente su vida, gracias al apoyo de la comunidad cristiana.

*Misionera:* Para que las Iglesias de América Latina prosigan la misión continental propuesta por sus obispos, insertándola en la tarea misionera universal del Pueblo de Dios.



## LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona  
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

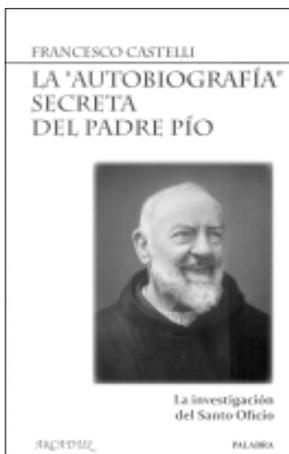
### SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

### *Este mes recomendamos:*



#### **La «autobiografía» secreta del Padre Pío**

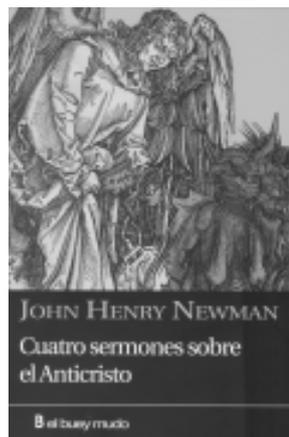
Autor: Francesco Castelli

Editorial: Palabra

320 páginas

Precio: 18,00 €

En junio de 1921, monseñor Rossi pasó ocho días interrogando a todas las personas que convivían o conocían al Padre Pío. El inquisidor elaboró su valoración y la envió a Roma, donde ha permanecido sepultada casi un siglo. Este libro contiene los textos de la investigación. Entre ellos destacan varios relatos autobiográficos del Padre Pío en los que explica cómo recibió los estigmas y vivió otras gracias sobrenaturales concedidas por Dios. Por eso, su interés es extraordinario.



#### **Cuatro sermones sobre el Anticristo**

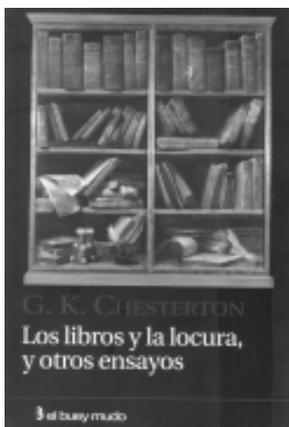
Autor: John Henry Newman

Editorial: El buey mudo

112 páginas

Precio: 11,90 €

«Así como la primera venida del Señor tuvo su precursor, así también lo tendrá la segunda. El primero fue "Alguien más que un profeta", san Juan Bautista; el segundo será más que un enemigo de Cristo, será la misma imagen de Satan, el pavoroso y aborrecible Anticristo. Acerca de él, tal cual las profecías lo describen, me propongo hablar; y al hacerlo me guiaré exclusivamente por los antiguos Padres de la Iglesia». Los sermones fueron predicados en 1835.



#### **Los libros y la locura, y otros ensayos**

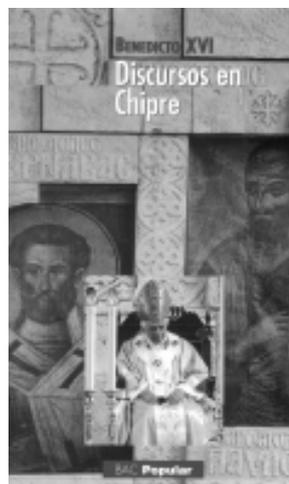
Autor: G.K. Chesterton

Editorial: El buey mudo

176 páginas

Precio: 15,50 €

Los artículos aquí recogidos vieron la luz entre 1901 y 1911, cuando Chesterton iniciaba su viraje hacia el catolicismo. Probablemente sea esta una de las mejores selecciones de artículos y ensayos escritos por Chesterton. Esta vez no se trata de un tema específico, ya sea religioso, económico o moral; esta vez se trata de la vida misma, del profundo sentido que esconden los detalles, de los pequeños placeres como la lectura, los libros, la literatura.



#### **Discursos en Chipre**

Autor: Benedicto XVI

Editorial: BAC

80 páginas

Precio: 5,00 €

Benedicto XVI volvió a escribir del 4 al 6 de junio de 2010 una memorable página en los anales de su pontificado con la visita a la isla de Chipre. Ha sido, además, el primer Papa en viajar a este olvidado rincón del Mediterráneo, Iglesia apostólica, puente entre Oriente y Occidente, bisagra entre Europa, Asia y África, histórica encrucijada de religiones y culturas y, asimismo, concentrado y paradigmático signo de las luces y de las

sombras de esta región.

# CONTRAPORTADA

## El amor de Gaudí por la naturaleza nos acerca a Dios

–¿Por qué puede ser Gaudí un ejemplo para los cristianos?

–Gaudí a través de su amor a la naturaleza, del estudio de sus formas, del orden, y de la belleza, nos lleva a Dios creador. A través de su vida de trabajo intenso, de sacrificio, de humildad; a través de su vida de piedad, y de su amor a la Eucaristía, a la Pasión de Jesucristo y a la Virgen, nos lleva a Dios redentor y santificador. Jun Young Joo, director de la Cámara de Comercio e Industria de Pusan, Corea, escribió una carta con motivo de su conversión al catolicismo en la que decía: «Gaudí está predicando la fe católica al mundo entero a través de su arquitectura».

–Usted es arquitecto. ¿Por qué diría que Gaudí es un arquitecto «genial»?

–Ha sabido descubrir, a través de una detenida, profunda e inteligente observación de la naturaleza, los modelos, las formas, las leyes que el Creador nos ha legado, para, colaborando con Él, construir unos edificios singulares. Además, sirviéndose de los estilos históricos, Gaudí corrige sus fallos, es evolucionador e innovador.

–¿A qué atribuye la preocupación de Gaudí porque sus obras fueran «seductoras» en el sentido de atractivas para todos, profanos y entendidos?

–Gaudí se esforzó para que sus obras fueran bellas, «la belleza es el esplendor de la verdad; sin la verdad no hay arte».

–¿Cómo interpreta usted esa frase impactante de Gaudí: «La originalidad consiste en volver al origen»?

–Puedo dar la contestación del propio Gaudí, que recogió su discípulo Isidre Puig Boada: «La creación continúa incesantemente por mediación de los hombres; el hombre no crea: descubre y parte de ese descubrimiento. Los que buscan las leyes de la naturaleza para formar nuevas obras, colaboran con el creador; los copistas no colaboran. Por eso la originalidad consiste en volver al origen».

–Cuando Gaudí fue encontrado, tras el accidente que le produjo poco después la muerte, llevaba consigo el Evangelio ¿era ésta la principal fuente de su religiosidad?

–Sí, pero no sólo el Evangelio, también los libros de la liturgia, el misal romano, etc. Gaudí decía que «el hombre sin religión era un hombre disminuido espiritualmente, un hombre mutilado». Además, según Gaudí «La vida es amor y el amor es sacrificio. El sacrificio es lo único realmente fructífero». Para poner en práctica este ideal Gaudí practicaba las virtudes, asistía a misa, frecuentaba los sacramentos y rezaba diariamente en la cripta de la Sagrada Familia, antes de empezar a trabajar. Muchas personalidades que Gaudí tuvo oportunidad de conocer contribuyeron a perfilar su religiosidad: el beato Enrique de Ossó, los obispos Grau, Torras y Bages, el jesuita Ignasi Casanovas, el filipense Luis María de Valls, mosén Cinto Verdaguer, Josep Maria Bocabella, Joan Martorell, monseñor Gil Parés, etc.

(Entrevista al arquitecto José Manuel Almuzara, presidente de la Asociación Pro Beatificación Antonio Gaudí. Zenit.org)